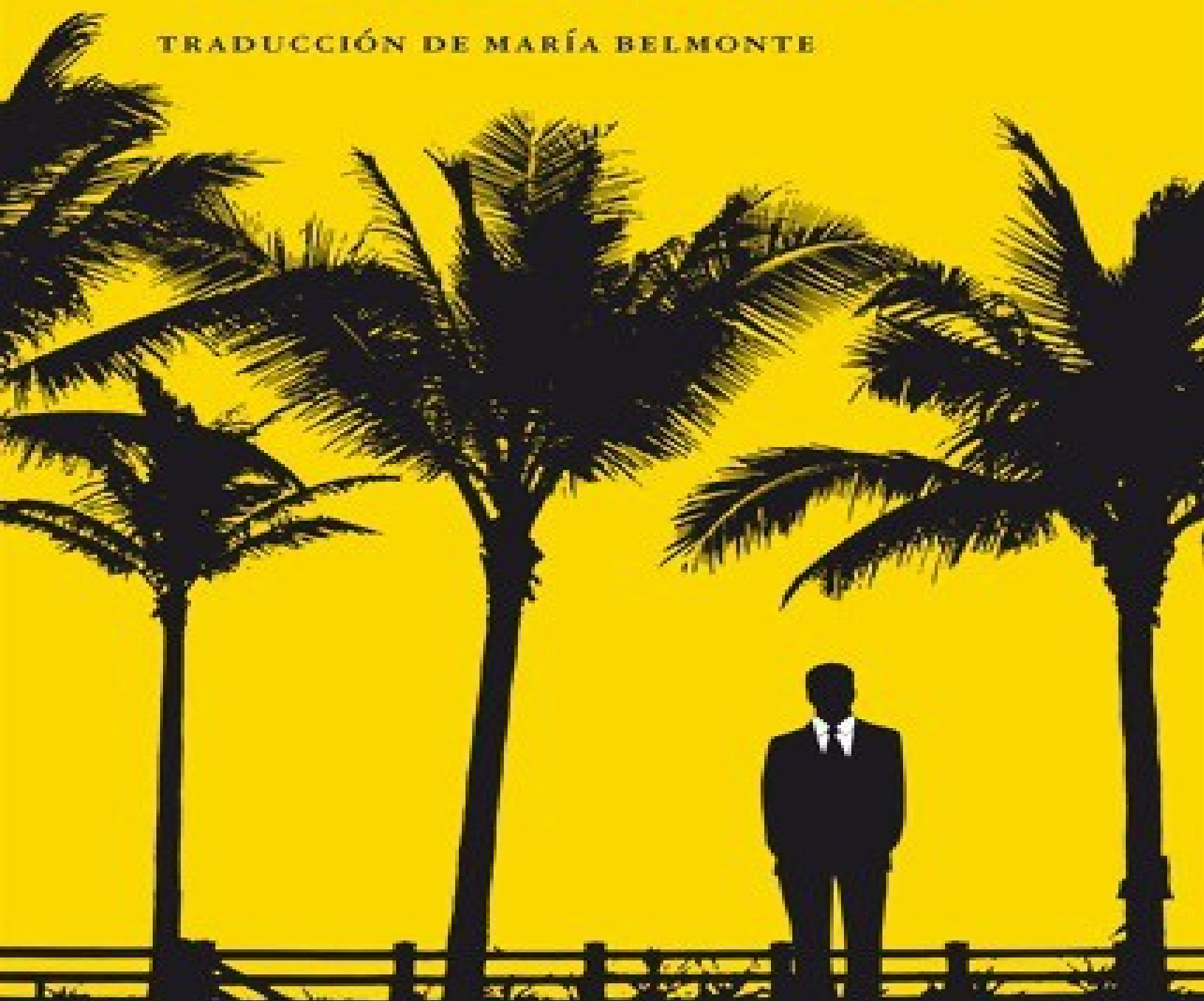


A C A N T I L A D O

Christopher Isherwood Un hombre soltero

TRADUCCIÓN DE MARÍA BELMONTE



UN HOMBRE SOLTERO

CHRISTOPHER ISHERWOOD

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MARÍA BELMONTE



ACANTILADO
BARCELONA 2019

TÍTULO ORIGINAL

A Single Man

Publicado por ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.
Muntaner, 462 – 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1964 by Christopher Isherwood. Todos los derechos reservados
© de la traducción, 2019 by María Belmonte Barrenechea
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17902-10-0

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL

octubre de 2019



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Gore Vidal.

El despertar comienza al decir «soy» y «ahora». Lo que ha despertado permanece tumbado durante un rato mirando fijamente al techo y escudriñando en su interior hasta que reconoce el «yo», y de ahí deduce «yo soy», «yo soy ahora». Después viene el «aquí», que aunque funesto resulta al menos tranquilizador, pues en ese «aquí», en esa mañana, es donde esperaba encontrarse; como se suele decir, «en casa».

Pero «ahora» no señala el mero momento presente, «ahora» es también un cruel recordatorio: un día más que ayer, un año más que el año pasado. Cada «ahora» se etiqueta con su fecha y vuelve obsoletos todos los «ahora» que lo preceden, hasta que, tarde o temprano, quizá, quizá no, con toda certeza llegue.

El miedo atenaza el nervio vago. Un miedo enfermizo a lo que espera, en algún lugar, ahí fuera, justo enfrente.

Pero, entretanto, la corteza cerebral ha ocupado su lugar en la sala de mando con rigurosa disciplina y ha ido comprobando, uno a uno, el funcionamiento de los controles: las piernas se estiran, la zona lumbar se arquea, los dedos se tensan y luego se relajan. Sólo entonces el sistema de intercomunicación central emite la primera orden del día: ¡ARRIBA!

El cuerpo se levanta obediente de la cama—estremeciéndose por las punzadas que la artritis le provoca en los pulgares y la rodilla izquierda, medio mareado por un pílulo espasmódico—y, desnudo, se dirige arrastrando los pies al cuarto de baño, donde vacía la vejiga y se pesa. ¡Todavía algo más de sesenta y ocho kilos, a pesar de todos los esfuerzos en el gimnasio! Luego al espejo.

Lo que ve, más que un rostro, es la encarnación de un conflicto. Lo que se ha hecho a sí mismo en sus cincuenta y ocho años de vida, el desastre en que ha logrado convertirse; lo revelan su mirada apagada e inquieta, su nariz tosca, las comisuras de los labios caídas que dibujan una mueca como si sus propias toxinas hubieran alcanzado el máximo de amargura, las mejillas desprendidas del anclaje de los músculos, el cuello flácido colgando en pequeños pliegues. Tiene el lamentable aspecto de un nadador o un corredor extenuado, y sin embargo ni se plantea detenerse. La criatura que contemplamos seguirá luchando hasta caer. No porque sea heroica, sino porque no concibe otra alternativa.

Con la mirada clavada en el espejo, ve los múltiples rostros que alberga el suyo—el rostro de un niño, el de un muchacho, el de un hombre joven, el de uno no tan joven—, todos aún presentes, conservados como fósiles en capas superpuestas y, al igual que los fósiles, muertos. El mensaje de todos ellos a la criatura muerta en vida es: ¿ves?, nosotros estamos muertos, ¿por qué tener miedo?

La criatura les responde: Pero eso fue algo progresivo, natural. *Yo tengo miedo de que me metan prisa.*

Continúa mirando fijamente. Entreabre los labios. Comienza a respirar por la boca hasta que la corteza cerebral le ordena con impaciencia que se lave, se afeite, se peine. Debe cubrir su cuerpo desnudo. Debe vestirse porque se dispone a salir a la calle, al mundo en que viven los

demás, y deben poder identificarlo. Su comportamiento ha de resultarles aceptable.

Obedientemente se lava, se afeita y se peina; acepta sus responsabilidades para con los demás. Le complace incluso ocupar un lugar entre ellos. Sabe lo que se espera de él.

Conoce su nombre. Le llaman George.

Una vez vestido se ha convertido en él. Ya casi es George, aunque no el George que los demás esperan y están dispuestos a reconocer. Las personas que le telefonan a esta hora de la mañana quedarían asombradas, tal vez incluso alarmadas, si se dieran cuenta de que están hablando con algo no del todo humano. Aunque, claro está, nunca se percatarán de ello: imita a la perfección la voz del George al que ellos conocen. La propia Charlotte cae en el engaño. Sólo en un par de ocasiones ha notado algo extraño y ha preguntado: «Geo..., ¿estás bien?».

Atraviesa la habitación delantera, que llama «el estudio», y baja por la escalera, empujada y estrecha, cuyos escalones giran formando un ángulo recto. Se pueden tocar ambas barandillas con los codos y uno debe agachar la cabeza, aunque sólo mida, como George, un metro ochenta. Es una casa pequeña y bien aprovechada. A menudo se siente protegido por su tamaño reducido. Apenas hay espacio para sentirse solo.

Y sin embargo...

Imaginemos a dos personas que viven juntas, día tras día, año tras año, en este espacio pequeño, cocinando codo con codo en la misma cocina diminuta, rozándose en la angosta escalera, afeitándose frente al mismo espejito: siempre topando, empujándose, chocando sin querer o a propósito, sensual, agresiva, torpe o impacientemente, con rabia o con amor. Imaginemos la estela, profunda e invisible a un tiempo, que han debido dejar tras de sí. La entrada de la cocina es demasiado estrecha. Dos personas apresuradas, cargadas de platos servidos, tienden a tropezarse en un lugar así. Y allí, al pie de la escalera, es donde casi cada mañana George tiene la sensación de encontrarse de pronto ante una abrupta grieta abierta de manera brutal. Como si el camino hubiera desaparecido bajo un derrumbamiento. Allí se detiene en seco y el recuerdo vuelve con la nauseabunda frescura de la primera vez: Jim está muerto. Está muerto.

Se queda muy quieto, en silencio, emitiendo a lo sumo un breve gruñido, a la espera de que el espasmo remita. Luego entra en la cocina. Estos ataques matutinos son demasiado dolorosos para considerarlos sólo desde una perspectiva sentimental. Una vez pasados, se siente aliviado. Nada más. Como si de un molesto calambre se tratara.

Hoy hay más hormigas: avanzan en fila india por el suelo, trepan al fregadero y amenazan con entrar en el armario donde guarda la mermelada y la miel. Pertinaz, las aniquila con insecticida, y mientras lo hace cobra conciencia de sí mismo. Un ser viejo, obstinado y malévolo imponiendo su voluntad sobre unos insectos tan ejemplares y dignos de admiración. La vida destruyendo la vida ante un público compuesto de objetos—ollas y sartenes, cuchillos y tenedores, latas y botellas—que no forman parte del reino de la evolución. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Es acaso una especie de enemigo cósmico, un architirano que intenta negar nuestra existencia enfrentándonos a nuestros aliados naturales, víctimas como nosotros de su tiranía? Pero para cuando George ha terminado de pensar todo esto, las hormigas ya están muertas, las ha recogido con un trapo húmedo y las ha arrojado al fregadero.

Se prepara unos huevos escalfados con beicon, tostadas y café, y se los toma sentado a la mesa de la cocina. Y mientras lo hace en su cabeza suena una y otra vez la canción infantil que su niñera

le enseñó en Inglaterra, hace ya tantos años: «*Las tostadas con huevos escalfados son un manjar...*». (Aún la recuerda nítidamente, tenía el cabello cano y unos ojos brillantes de ratoncillo, era pequeña y regordeta; entraba en el cuarto de los niños con la bandeja del desayuno, jadeante aún tras subir tantas escaleras. Solía protestar por lo empinadas que eran y las llamaba «La Montaña de Madera», una de las frases mágicas de su niñez). «*Las tostadas con huevos escalfados son un manjar, | cuando las pruebas no querrás una, sino un par*».

¡Ay, la ternura desgarradoramente efímera de los placeres infantiles! El señorito George saborea los huevos. La niñera lo observa y sonríe complacida porque todo está en orden en su pequeño, adorable y condenado mundo.

Desayunar con Jim solía ser uno de los momentos más especiales del día. Era entonces, mientras bebían la segunda o tercera taza de café, cuando mantenían las mejores conversaciones. Hablaban de cuanto se les ocurría, incluso de la muerte, por supuesto, y de si había algo después, y en ese caso, qué era exactamente lo que pervivía. Hablaban incluso de las ventajas y las desventajas de una muerte instantánea o de saber que uno va a morir. Pero, por mucho que se esfuerce, George no logra recordar qué opinaba Jim al respecto. Es difícil tomarse en serio estas cuestiones. Suenan muy académicas.

Supongamos por un momento que los muertos vuelven a visitar a los vivos. Que algo a lo que podríamos llamar Jim regresara para ver cómo se las arregla George. ¿Merecería en realidad la pena? ¿No sería, en el mejor de los casos, comparable a la breve visita de un observador extranjero, a quien se permite echar un vistazo desde el vasto ámbito de su libertad para ver de lejos, a través de un cristal, la figura solitaria sentada a una mesita en una habitación estrecha, comiendo triste y desgánadamente sus huevos escalfados, un prisionero de por vida?

La sala de estar es oscura y de techo bajo; estanterías repletas de libros recubren la pared frente a las ventanas. Los libros no han hecho a George más noble, más sabio ni mejor persona. Simplemente le gusta escuchar sus voces, una u otra según su estado de ánimo. Abusa de ellos sin reparo—pese a que en público los menciona con reverencia—para conciliar el sueño, para olvidar el movimiento de las agujas del reloj, para aliviar los espasmos pilóricos, para que lo rescaten de la melancolía con sus chismes, para activar los reflejos condicionados del colon.

Toma uno, y Ruskin le dice:

... cuando ibais a la escuela os gustaban las pistolas de juguete, y los rifles; en cuanto a los cañones Armstrong, no son más que versiones mejoradas de ellos. Pero lo peor es que lo que para vosotros, de niños, era un juego, era otra cosa muy distinta para los gorriones; y lo que hoy tomáis como un juego, tampoco lo es para los pajarillos de la nación. Y en cuanto al águila negra, si no me equivoco, no parecéis muy dispuestos a disparar contra ella.

Qué insoportable el viejo Ruskin, siempre en posesión de la verdad, tan chiflado, malhumorado y patilludo, sermoneando a los ingleses: hoy es el compañero perfecto para pasar cinco minutos en el retrete. George comienza a notar aquella agradable premura en el vientre y, libro en mano, sube a paso ligero la escalera camino del baño.

Sentado en la taza del váter, mira por la ventana. (Al otro lado de la calle le pueden ver la cabeza y los hombros, pero no lo que está haciendo). Es una cálida y gris mañana de invierno en California; el cielo está bajo y plomizo por la niebla del Pacífico. Abajo, en la orilla, cielo y mar se funden en un gris suave y triste. Las palmeras se yerguen inmóviles y las hojas de las adelfas destilan humedad.

La calle se llama Camphor Tree Lane. Es posible que en otros tiempos crecieran alcanforeros en esta zona; ahora no hay ni uno. Aunque lo más probable es que el nombre lo eligieran por su carácter pintoresco los primeros en huir del deprimente centro de Los Ángeles y de la abarrotada y snob Pasadena, que se establecieron aquí y fundaron la colonia al principio de los años veinte. Calificaban de casitas de campo los bungalós estucados y las cabañas de madera en las que vivían, a las que ponían nombres bonitos como Fo'c'sle y Hi Nuff. Llamaban a las calles «senderos» o «caminos» en consonancia con el ambiente selvático que pretendían crear. Soñaban con fundar un pueblo inglés subtropical con aires de Montmartre, un lugar tranquilo donde poder pintar un poco, escribir otro poco y beber mucho más. Se consideraban individualistas de retaguardia resistiéndose desesperadamente a la llegada del siglo XX. Se pasaban el día dando gracias por haber escapado del descorazonador mercantilismo de la ciudad. Eran vulgares, alegres e insolentemente bohemios; sentían una curiosidad insaciable por lo que hacían sus vecinos y eran inmensamente tolerantes. Cuando se peleaban, por lo menos lo hacían con puños, botellas y muebles, nunca con abogados. La gran mayoría tuvo la suerte de morir antes del Gran Cambio.

El Cambio comenzó a finales de los años cuarenta, cuando los veteranos de la Segunda Guerra Mundial regresaron del este con sus recién estrenadas esposas, en busca de nuevos y mejores lugares para reproducirse en el soleado sur, esa última y nostálgica imagen del hogar captada antes de embarcar rumbo al Pacífico. Y qué mejor lugar para tener criaturas que este barrio en las colinas, a sólo cinco minutos a pie de la playa y sin tráfico que pudiera diezmar su futura prole. Y así, una tras otra, las casitas de campo que solían apestar a ginebra de garrafa y resonar con la poesía de Hart Crane cayeron ante el avance del ejército invasor de televidentes bebedores de Coca-Cola.

No hay duda de que los veteranos se habrían adaptado bastante bien a la utopía bohemia original. Quizá alguno de ellos habría tratado de pintar o escribir entre resaca y resaca. Pero sus mujeres les dejaron muy claro desde el principio que la bohemia y la procreación eran incompatibles. Para formar una familia hay que tener un trabajo fijo, una hipoteca, crédito y un seguro. Y que no se te ocurra morirte hasta que el futuro de la familia esté asegurado.

Camada tras camada, fue apareciendo la prole. La antigua escuela, antes pequeña, se convirtió en un complejo grande y espacioso. Y el destartado mercado del paseo marítimo se transformó en un supermercado. En Camphor Tree Lane se colocaron dos señales. Una informaba de que los berros que crecían a orillas del arroyo no eran comestibles porque el agua estaba contaminada. (Los primeros colonos los consumieron durante años, incluso George y Jim probaron algunos sin que les ocurriera nada y les parecieron una delicia). La otra señal—unas siniestras siluetas negras sobre fondo amarillo—decía PRECAUCIÓN: NIÑOS JUGANDO.

Por supuesto, George y Jim vieron la señal amarilla la primera vez que visitaron la zona cuando buscaban vivienda, pero la pasaron por alto porque ya se habían enamorado de la casa. Les gustó porque sólo se podía llegar a ella por el puente que cruzaba el arroyo; los árboles que la

rodeaban y el escarpado peñasco cubierto de arbustos que tenía detrás la cercaban como una casa en el claro de un bosque.

—Es como si estuviéramos en nuestra propia isla—dijo George.

Caminaron con las piernas hundidas hasta los tobillos por las hojas muertas del sicomoro (una molestia crónica), decididos desde aquel momento a que todo les gustara. Al atisbar el sombrío y húmedo salón, convinieron en lo acogedor que resultaría de noche cuando encendieran la chimenea. Una tupida hiedra, mitad viva, mitad muerta, cubría el garaje, y hacía que pareciera el doble de grande. El interior era diminuto, pues se había construido en tiempos del Ford T. A Jim le pareció que podrían usarlo como caseta para los animales; al fin y al cabo, sus coches no cabrían. Pero podrían aparcar en el puente, que, se percataron, había empezado a ceder un poco.

—Bueno, espero que al menos aguante mientras estemos aquí—dijo Jim.

Sin duda los niños del vecindario ven la casa como lo hicieron George y Jim aquella primera tarde. La hiedra le confiere un aspecto sombrío y clandestino que la convierte en la guarida perfecta para el monstruo malvado de los cuentos. Y éste es el papel que George ha venido representando, cada vez con mayor agresividad, desde que vive solo. Deja aflorar un aspecto de su personalidad que le horrorizaba mostrar ante Jim. ¿Qué diría si viera a George haciendo aspavientos con los brazos y chillando como un loco desde la ventana mientras Benny, el hijo de la señora Strunk, y Joe, el hijo de la señora Garfein, corren puente arriba, puente abajo temerariamente? (A Jim se le daba muy bien tratar con ellos. Les permitía acariciar las mofetas y el mapache y hablar con el pájaro miná, y sin embargo nunca cruzaban el puente sin permiso).

La señora Strunk, la vecina de enfrente, regaña diligentemente a sus hijos de vez en cuando, advirtiéndoles que lo dejen en paz, explicándoles que es profesor y tiene mucho trabajo. Pero por muy amable que sea la señora Strunk—a quien el ajetreo de las tareas domésticas le confiere una cansada mansedumbre y cuyo recuerdo de su carrera como cantante radiofónica, que debió abandonar para darle al señor Strunk cinco hijos y dos hijas, le concede un aire melancólico—, no puede evitar decirle a George, con una sonrisa de maternal indulgencia y casi dando a entender que lo aprueba, que Benny (el pequeño) se refiere a él como «ese hombre» desde que lo echó del patio, persiguiéndolo por el puente y calle abajo. El niño había estado golpeando la puerta de la casa con un martillo.

George se avergüenza de sus bramidos porque no es teatro. Pierde de verdad los estribos; después se siente humillado y tiene náuseas. Al mismo tiempo es consciente de que los niños quieren que se comporte así. Si un día se negara a ejercer de monstruo y ya no pudieran provocarlo, tendrían que buscarse un sustituto en otra parte. La pregunta «¿Finge o nos odia realmente?» nunca se les pasa por la cabeza. Sólo les interesa en cuanto personaje de las historias que se inventan. George es el único que se preocupa. Por eso se avergüenza aún más de su momento de debilidad, hace cosa de un mes, cuando compró caramelos y se los ofreció a un grupo en la calle. Los aceptaron sin dar las gracias, con expresión curiosa e incómoda, recibiendo de él probablemente su primera lección sobre el desprecio.

Entretanto Ruskin ha perdido completamente los papeles. «¡El gusto es la ÚNICA moralidad!», vocifera, apuntando a George con el dedo. Se está poniendo pesado, así que George cierra el libro y lo deja con la palabra en la boca. Sentado aún en la taza del váter, mira por la ventana.

La mañana es apacible. Casi todos los niños están en el colegio. Aún faltan un par de semanas para las vacaciones de Navidad. (Al pensar en la Navidad, George siente un escalofrío de desesperación. Quizá esta vez haga algo drástico: volar a Ciudad de México para emborracharse y alborotar durante una semana de bar en bar. No lo harás, ni ahora ni nunca, dice una gélida voz en su interior, harta de él).

¡Ah!, allí está Benny, martillo en mano. Rebusca en los cubos de basura alineados en la acera para la recogida hasta extraer una báscula de baño rota. George contempla a Benny golpearla con el martillo, profiriendo alaridos para fingir que el objeto grita de dolor. ¡Y pensar que la señora Strunk, la orgullosa madre de la criatura, solía preguntar a Jim, estremeciéndose de asco, cómo era capaz de tocar las inofensivas crías de culebra!

En esto la señora Strunk sale al porche, justo en el momento en que Benny acaba de descuartizar la báscula y se detiene a contemplar las vísceras de la máquina esparcidas por el suelo. «¡Ponla en su sitio!—le grita—. ¡En el cubo! ¡Ponla en su sitio inmediatamente! ¡¡En su sitio!! ¡¡En el cubo!!». Sube y baja la voz, hablando con un tonillo deliberadamente amable. Nunca levanta la voz a sus hijos. Ha leído todos los libros de psicología. Sabe que Benny está pasando por una fase agresiva como es de esperar a su edad. Lo más normal y saludable del mundo. Es consciente de que la pueden oír en toda la calle. Está en su derecho, porque es la Hora de las Madres. Cuando Benny vuelve a tirar por fin algunas piezas rotas al cubo de la basura, canturrea «¡Buen chico!», y vuelve a entrar sonriente en la casa.

Entonces Benny decide ir a molestar a tres niños mucho más pequeños que él, dos niños y una niña que están tratando de cavar un hoyo en la parcela vacía que hay entre las casas de los Strunk y de los Garfein. (Sus casas dan a la calle, en claro contraste con la apartada guarida de George).

En la parcela vacía, bajo el enorme y viejo eucalipto, Benny se ha hecho cargo de la excavación. Se quita la cazadora y se la tira a la niña; luego se escupe en las manos y coge la pala. Finge ser algún personaje de la televisión en busca de un tesoro escondido. Las vidas de estos niños no son más que un batiburrillo de imitaciones. En cuanto aprenden a hablar, empiezan a cantar las canciones de los anuncios.

Pero uno de los niños—quizá tan aburrido de ver cavar hoyos a Benny como éste lo está de las excursiones didácticas que organiza su padre—se aparta del grupo y dispara un cañón de juguete. George ya ha ido a hablar con la señora Strunk del cañón, y le ha rogado que explique a la madre del niño que le está volviendo loco por momentos. Pero la señora Strunk no quiere interferir en la anarquía de la naturaleza. Sonriendo evasiva, dice a George: «A mí es que el ruido que hacen los niños no me molesta lo más mínimo... mientras sea un ruido *feliz*».

La hora de la señora Strunk y la potestad maternal durarán hasta la media tarde, cuando los hijos y las hijas mayores regresen del colegio. Llegan juntos, pero los chicos se separan del grupo casi de inmediato para tomar parte en la hora masculina, en que se juega a la pelota. Hablan a gritos, rudamente, se dan patadas, saltan y se empujan con elegante arrogancia. Cuando la pelota aterriza en un jardín, pisotean las flores, invaden las rocallas, irrumpen en los patios, sin pensar siquiera en disculparse. Si un coche se aventura en esa calle, debe detenerse y esperar hasta que se le permita continuar: conocen sus derechos. Ahora las madres deben confinar a los más pequeños en casa, a salvo de cualquier peligro. Las niñas se sientan en los porches, entre risitas. Sólo tienen ojos para los chicos y hacen las cosas más extrañas para llamar su atención. Por ejemplo, las chicas Cody se dedican a abanicar a su viejo caniche negro como si fuera Cleopatra en el Nilo. Pero nadie les hace caso, ni siquiera los chicos con los que salen: ésta no es su hora.

Los únicos chicos dispuestos a hablar con ellas son los de voz y modales delicados. Como el hijo del doctor, bastante mariquita, que pone lazos en los rizos del caniche.

Luego los hombres regresan al fin del trabajo. Esta hora les pertenece, por lo que ya no se puede jugar a la pelota. No ha hecho ningún bien a los nervios del señor Strunk tener que pasarse el día tratando de vender una propiedad a un viudo rico con cerebro de mosquito, y el humor del señor Garfein es imprevisible tras las tensiones en su empresa de instalación de piscinas. Ellos, como los demás padres, ya no pueden soportar más ruido. (Los domingos, el señor Strunk juega a la pelota con sus hijos, pero sólo para hacer ejercicio, es un asunto serio y educado, en absoluto divertido).

Cada fin de semana se organiza alguna fiesta. Se anima a los adolescentes a que salgan, bailen y se hagan carantoñas, aunque no hayan terminado los deberes, porque los adultos necesitan desesperadamente relajarse sin que nadie los observe. La señora Strunk prepara ensaladas con la señora Garfein en la cocina; el señor Strunk se ocupa de la barbacoa en el patio mientras el señor Garfein atraviesa el solar vacío con una bandeja de botellas y una coctelera y anuncia alegremente con el vozarrón de un marine curtido: «¡Marchando una ronda de martinis!».

Y dos o tres horas más tarde, tras disfrutar de los cócteles entre risotadas, compartir anécdotas asombrosamente obscenas, pellizcar con mayor o menor disimulo el culo de las mujeres de los otros y tomar filetes y tarta, y mientras «las chicas»—como seguirán refiriéndose a sí mismas la señora Strunk y las demás aunque lleguen a los noventa años—friegan los platos, el señor Strunk y el resto de maridos continúan hablando a carcajada suelta en el porche, copa en mano, con voz pastosa. Al fin las preocupaciones del trabajo han quedado atrás. Están satisfechos y llenos de orgullo, pues hasta el más insignificante del grupo participa de la utopía americana, el reino de la buena vida terrenal, que los rusos imitan con vulgaridad y los chinos odian, aunque en el fondo estén dispuestos a purgarse y hacer pasar hambre a generaciones enteras con la vana esperanza de heredarlo. ¡Sí, señor!, Strunk y Garfein están orgullosos de su reino. Pero entonces, ¿por qué sus voces suenan como las de los críos cuando se llaman unos a otros al explorar una cueva oscura y desconocida, cada vez más altas y atrevidas? ¿Son conscientes de que tienen miedo? No. Pero lo tienen, y mucho.

¿De qué tienen miedo?

Temen lo que pueda albergar la oscuridad que los rodea, aquello que en cualquier momento pueda revelar la irrefutable luz de sus linternas y que nunca más podrá ser ignorado ni justificado. El demonio que no se ciñe a sus estadísticas, la gorgona que rechaza la cirugía plástica, el vampiro que chupa la sangre sin elegancia ni tacto alguno, la bestia hedionda que desprecia el desodorante, lo indecible que insiste, por mucho que intenten acallararlo, en ser nombrado.

En la larga lista de monstruos a los que temen, piensa George, estoy yo, pobre de mí.

George supone que el señor Strunk intenta definirlo con una palabra. *Marica*, gruñe sin duda. Pero, como al fin y al cabo es 1962, puede ser que incluso alguien como él añada: Me trae sin cuidado lo que haga mientras no se me acerque. Hasta los psicólogos discrepan sobre las conclusiones que se pueden sacar acerca de los señores Strunk de este mundo basándose en tal observación. El hecho es que el propio señor Strunk, a juzgar por una fotografía en la que aparece vestido de futbolista en la universidad, era lo que muchos llamarían «todo un muñeco».

Sin embargo, George está seguro de que la señora Strunk se permite disentir educadamente de su marido. Es muy versada en la nueva tolerancia, una técnica de aniquilación basada en la condescendencia. Saca el libro de psicología—salmos y velas ya no son necesarios—y, con

vocecita cantarina, procede a exorcizar lo innombrable del cuerpo de George. No hay motivo para sentir repugnancia, salmodia, ni para condenarlo, pues no se trata de una perversión deliberada. Todo es debido a la genética, al entorno en que uno crece (¡cuánto daño han hecho las madres posesivas y los colegios segregados británicos!), al desarrollo tardío en la pubertad y/o a las hormonas. He aquí un inadaptado que nunca podrá disfrutar de lo mejor de la vida, alguien a quien hay que compadecer, no culpar. En algunos casos, si se detectan a tiempo, los pacientes pueden responder bien a la terapia. En cuanto al resto..., ay, es muy triste, sobre todo cuando afecta—y admitamos que por desgracia ocurre—a personas realmente valiosas, que habrían tenido mucho que ofrecer al mundo. (Aunque, pese a todo, se conviertan en genios, sus obras maestras están irremediamente *pervertidas*). Así que seamos comprensivos, por favor, y no olvidemos el caso de los griegos (aunque no es lo mismo, porque más que neuróticos eran paganos). Digamos incluso que, en algunos casos, esas relaciones pueden ser hasta bonitas..., sobre todo si uno de los dos está muerto, o mejor aún, si lo están ambos.

¡Con qué gusto se entristecería la señora Strunk si se enterase de lo de Jim! Pero, ¡ja!, no lo sabe; ninguno de ellos lo sabe. Ocurrió en Ohio y los periódicos de Los Ángeles no se hicieron eco de la noticia. George se ha limitado a difundir que hacía tiempo que los padres de Jim, que ya tienen una edad, intentaban persuadirlo de que volviera a casa con ellos y que, tras la última visita, había decidido quedarse en el Este por tiempo indefinido. Lo cual es la pura verdad. En cuanto a los animales, esos recuerdos diabólicos, George tuvo que deshacerse de ellos de inmediato. La mera idea de tenerlos en el vecindario le resultaba insoportable. Así que, cuando la señora Garfein quiso saber si le vendería el pájaro miná, contestó que se los había enviado todos a Jim. Un comerciante de San Diego se llevó todo el lote.

Ahora, cuando la señora Strunk y los demás le preguntan, George responde que, efectivamente, ha tenido noticias de Jim hace poco, que está muy bien. Cada vez le preguntan menos por él. No son demasiado curiosos.

Pero su libro se equivoca, señora Strunk, dice George, cuando afirma que Jim ha sido para mí el mero sustituto de un hijo, de un hermano menor, de un marido o de una mujer de verdad. Jim no reemplazaba a nadie. Y, permítame que le diga, tampoco hay nadie en el mundo que pueda reemplazarlo a él.

Su exorcismo ha fracasado, señora Strunk, dice George sentado en el váter, observando desde su guarida a la mujer vaciar la bolsa de la aspiradora en el cubo de basura. Lo indecible sigue aquí, entre ustedes.

¡Maldición!, el teléfono.

Por muy largo que sea el cable que la compañía telefónica le conceda a uno, nunca llegará hasta el cuarto de baño. George se levanta como puede de la taza y se arrastra hasta el despacho, como el participante de una carrera de sacos.

—¿Diga?

—Hola... ¿Está...? ¿Eres tú, Geo?

—Hola, Charley.

—Espero no haber llamado demasiado temprano.

—No.

(¡Vaya por Dios!, ya ha conseguido irritarle. Sin embargo, ¿qué sentido tiene culparla por la

molestia de verse obligado a hablar por teléfono con los pantalones a la altura de los tobillos y sin haber tenido tiempo de limpiarse? Aunque hay que admitir que Charlotte tiene el don de la oportunidad y llama siempre en el momento más inoportuno).

—¿De verdad?

—Desde luego. Ya he desayunado.

—Tenía miedo de que, si esperaba más, te hubieras ido ya a la facultad... ¡Cielos, no me había dado cuenta de que era tan tarde! ¿No tendrías que estar ya de camino?

—Hoy sólo tengo una clase, y no empieza hasta las once y media. Son los lunes y los miércoles cuando me toca madrugar. —Todo esto explicado en un tono contenido pero que deja entrever su ligera exasperación.

—¡Ah, sí..., sí, claro! ¡Qué tonta soy! Siempre me olvido.

(Silencio. George sabe que quiere pedirle algo, pero no se lo pondrá fácil. Está harto de sus meteduras de pata. ¿Por qué supone que debe estar al tanto de sus horarios? Sólo es una muestra más de su carácter posesivo. Y si de verdad le parece que tiene que estar al tanto, ¿por qué se hace semejante lío?).

—Geo...—dice con gran humildad—, ¿no estarás libre esta noche por casualidad?

—Me temo que no. No. —Un segundo antes no habría sabido decir qué iba a responder, pero la desesperación en la voz de Charlotte lo decide. No está de humor para soportar otra de sus crisis.

—Ah, claro..., me lo imaginaba. Es muy repentino, ya lo sé. —Su voz suena un tanto aturdida, apagada, desilusionada.

Él se queda esperando un sollozo, pero no llega. Se le crispa la cara en una mueca culpable, incómoda, causada en parte por la sensación, cada vez más difícil de ignorar, de ir sucio y arrastrando los pantalones.

—Supongo que no puedes... Esto... ¿Es algo importante?

—Por desgracia lo es. —Relaja el rostro. Ahora está muy enfadado con ella. No está dispuesto a que le sigan dando la lata.

—De acuerdo... Está bien, no importa. —Ahora se muestra valiente—. Te vuelvo a llamar en unos días.

—Por supuesto. —¿Y si intenta ser un poco más simpático ahora que la ha puesto en su lugar?—. O te llamo yo a ti.

(Silencio).

—Bueno... Adiós, Geo.

—Adiós, Charley.

Veinte minutos más tarde, la señora Strunk, que está regando los arbustos de hibisco en el porche, lo ve cruzar el puente con el coche, marcha atrás. (De un tiempo a esta parte se ha hundido bastante. La mujer espera que lo repare, pues los niños podrían hacerse daño). Cuando gira para salir a la calle, ella lo saluda con la mano. Él le devuelve el saludo.

Pobre hombre, piensa ella, mira que vivir solo en esa casa... Tiene cara de buena persona.

Una de las muchas virtudes de la red de autopistas de Los Ángeles es que te permite ir desde la playa hasta la Universidad de San Tomas en cincuenta minutos—cinco arriba, cinco abajo—, en

lugar de las dos horas que debían invertirse años ha, cuando había que cruzar la ciudad parando en todos los semáforos hasta llegar a los barrios residenciales de las afueras.

Las autopistas despiertan en George un orgullo casi patriótico. Le enorgullece que sean tan rápidas que las personas se pierdan en ellas e incluso, a veces, que sientan pánico y tomen la salida más cercana en busca de refugio. A George le gustan las autopistas porque aún se siente capaz de manejarse en ellas, y eso demuestra que continúa siendo un miembro activo de la sociedad. Que se las *apaña*.

(Como cualquier persona con serias tendencias delictivas, George se sabe al dedillo todo tipo de reglamentos, ordenanzas municipales, normas y reglas insignificantes. ¡A cuántos peligros públicos habrán detenido simplemente por descuidar el pago de un tique de aparcamiento! Siempre que un funcionario le sella el pasaporte en una frontera o un empleado de correos acepta su permiso de conducir como identificación, George susurra maliciosamente para sí: «¡Qué idiotas..., los he vuelto a engañar!»).

Y los engañará una vez más esta mañana, en plena carrera de cuadrigas metropolitana—tan demencial que hasta Ben-Hur saldría por piernas—, cambiando continuamente de carril, yendo siempre a más de ciento veinte por el carril de la izquierda, sin ponerse nervioso cuando un jovencuelo atolondrado se le pega al culo del coche o una mujer (esto pasa por cederles tanto el paso) lo adelanta bruscamente. Pero los polis motorizados no se darán cuenta de nada, nada les hará seguirlo con las sirenas y las luces rojas encendidas para indicarle que se detenga y desde allí escoltarlo amable pero firmemente a algún asilo muy bien organizado donde se acompaña a las «personas de la tercera edad» (*viejo*, en este país nuestro tan mojigato, se ha convertido en una palabra casi tan malsonante como *judío* o *negrata*) hacia la senilidad y les vuelven a enseñar juegos infantiles, aunque con una salvedad: ahora se llaman «recreación pasiva». Y, por supuesto, que les permitan echar un polvo, si es que todavía pueden; y si no, que les dejen disfrutar de juegos eróticos con pueril desinhibición. Que se casen—a los ochenta, a los noventa, a los cien—, ¿qué más da? Cualquier cosa con tal de tenerlos ocupados y que dejen de vagar por ahí obstaculizando el tráfico.

Siempre hay un momento un poco desagradable cuando llegas al llamado «carril de aceleración» y te incorporas al tráfico de la autopista. George tiene pánico de que, de forma inexplicable y sin que se dé cuenta, alguien lo golpee por detrás, y ni mirando por el retrovisor logra calmarse. Pero al cabo de un momento se ha unido al tráfico y está fuera de peligro, subiendo la larga y suave pendiente que lleva a lo alto del desfiladero y al valle, allá en la lejanía.

Mientras conduce, se siente presa de una suerte de auto-hipnosis. Vemos que se le relaja la cara, los hombros se distienden y el cuerpo se acomoda en el asiento. Las funciones reflejas toman el mando. El pie izquierdo se apoya con firmeza sobre el embrague, mientras el derecho, prudente, pisa el acelerador. La mano izquierda descansa suavemente sobre el volante, la derecha cambia con precisión a quinta. Los ojos, con movimientos pausados, van de la carretera al retrovisor, del retrovisor a la carretera, midiendo con calma la distancia que lo separa, por delante y por detrás, del vehículo más cercano... Después de todo, esto no es una demencial carrera de cuadrigas—aunque se lo pueda parecer a los meros espectadores o a los novatos nerviosos—, sino un río de abundante caudal que fluye, poderoso y tranquilo, hacia la desembocadura. No hay nada que temer mientras te dejes llevar; de hecho, al sumergirte en la rápida corriente experimentas una sensación

de serena languidez.

Pero algo le está ocurriendo a George. La cara se le vuelve a tensar, los músculos se le marcan ligeramente en la mandíbula, la boca se contrae, se crispa, los labios se cierran con un rictus amargo y le aparece un tic nervioso en el entrecejo. Y no obstante, mientras sucede todo esto, el resto del cuerpo permanece en su postura de perfecta relajación. Parece separarse más y más, convertirse en un ente independiente, en la impasible figura anónima de un chofer sin apenas voluntad ni personalidad, la encarnación de la coordinación muscular, de la serenidad, de la discreción, que lleva al señor al trabajo.

Y George, como el señor que ha confiado la conducción de su coche a un criado, es libre ahora de dirigir su atención hacia otra parte. Mientras pasan por lo alto del desfiladero, el mundo exterior se vuelve cada vez más lejano: los coches que lo rodean, la pendiente de la autopista frente a él, el valle que se abre más abajo, lleno de casas y jardines, cubierto por una larga nube parda de contaminación por encima de la cual se alzan las altas y áridas montañas. Él está completamente absorto en sus pensamientos.

¿En qué está pensando?

En la orilla de la playa se alza insolente un edificio de cien apartamentos en construcción. Taparé las vistas de la línea costera que se aprecian desde el parque situado en los acantilados. Un portavoz del proyecto ha dicho, en respuesta a las objeciones: bueno, esto es el progreso. E insinúa, además: si por esas vistas hay personas dispuestas a alquilar nuestros apartamentos por cuatrocientos cincuenta dólares al mes, ¿por qué iban a tenerla ustedes, los usuarios del parque—y esto incluye a George—, completamente gratis?

Un redactor de un periódico local ha emprendido una campaña contra los desviados sexuales (se refiere a personas como George). Están por todas partes, dice; ya no se puede entrar en un bar, un aseo masculino o una biblioteca pública sin presenciar escenas repugnantes. Y todos, sin excepción, padecen sífilis. Las leyes vigentes contra ellos, sostiene, son demasiado indulgentes.

Un senador pronunció hace poco un discurso en el que declaraba que hay que atacar ya, de inmediato, a Cuba con todos los medios disponibles si no queremos que la Doctrina Monroe se tome a broma y sea desdeñada. El senador no oculta que este hecho, con toda probabilidad, conducirá a una guerra de misiles. Hay que afrontarlo, la alternativa es la deshonra. Hemos de estar dispuestos a sacrificar a tres cuartas partes de la población (incluyendo a George).

Resultaría divertido, piensa George, entrar a hurtadillas en el edificio de apartamentos por la noche, justo antes de que los inquilinos se hayan instalado, y rociar las paredes de las habitaciones con un preparado especial que, apenas perceptible al principio, de forma gradual se fuera acentuando hasta alcanzar un hedor comparable al de un cadáver en putrefacción. Los vecinos tratarían de eliminarlo con todos los ambientadores habidos y por haber, pero sería en vano. Y cuando finalmente, movidos por la desesperación, arrancaran el enlucido y la madera, descubrirían que eran las propias vigas las que exhalaban el hedor. Abandonarían el lugar como los jemerres se marcharon de Angkor, pero el olor nauseabundo, cada vez más intenso, se percibiría a lo largo de la costa, hasta Malibú. Al final tendrían que desarmar toda la estructura, con operarios provistos de máscaras antigás, reducirla a polvo y arrojarla mar adentro... O quizá sería más práctico descubrir un tipo de virus que carcomiera lo que confiere al metal su dureza. La ventaja de este sistema sobre el del olor consistiría en que una sola inyección en el punto preciso bastaría para corroer todas las piezas metálicas del edificio. Y cuando todo el mundo se hubiera mudado y estuvieran celebrando una gran fiesta de inauguración, todo se vendría abajo y

quedaría reducido a un amasijo de escombros, como un plato de espaguetis.

En cuanto al redactor del periódico, piensa George, qué gracioso sería secuestrarlo, a él y a los periodistas responsables de los artículos sobre los desviados sexuales (y quizá también al jefe de policía, y al comandante de la brigada antivicio, y a los clérigos que dieron el visto bueno a la campaña desde sus púlpitos), y llevarlos a un estudio de cine clandestino donde, con un poco de persuasión—sin duda bastaría con mostrarles unos atizadores y unas tenazas al rojo vivo—, consumirían el acto sexual en todas sus posibles variantes, por parejas y en grupo, manifestando un inmenso placer. Revelarían la película y distribuirían copias por todas las salas de cine. Los ayudantes de George dormirían con cloroformo a los acomodadores para que nadie pudiera encender las luces, cerrarían las salidas, reducirían a los proyccionistas y procederían a pasar la película bajo el título de *Próximas atracciones*.

Y en lo que respecta al senador, sería bastante divertido...

No.

(Llegados a este punto observamos que el ceño se frunce en un espasmo mucho más pronunciado de lo habitual y los labios se aprietan hasta esbozar una línea fina y severa).

No, *divertido* no es la palabra. Esa clase de personas no tienen nada de divertido. El trato con ellas no debe implicar diversión alguna. Sólo entienden un lenguaje: la fuerza bruta. Por lo tanto, debemos lanzar una campaña de terror sistemático. Para que sea efectiva, requerirá una organización de al menos quinientos asesinos y torturadores altamente cualificados, especialistas todos ellos. El jefe de la organización redactará una lista de objetivos sencillos y claramente definidos, como la destrucción del edificio de apartamentos, la prohibición del periódico, la destitución del senador. Habrá que ocuparse de tales objetivos por orden, sin importar el tiempo que requieran ni el número de bajas que causen. En cada caso, el principal delincuente recibirá primero una educada nota, firmada por «el Tío George», en la que se le explicará exactamente lo que ha de hacer en un plazo determinado si quiere seguir con vida. También se le aclarará que el Tío George actúa según la teoría de la culpabilidad por asociación.

Un minuto después de que transcurra el plazo, comenzará la matanza. La ejecución del principal delincuente se aplazará unas semanas o unos meses, para darle la oportunidad de reflexionar. Entretanto, recibirá recordatorios diarios. Alguien podría secuestrar a su mujer, estranglarla, embalsamarla y sentarla en el salón para que se la encontrase al regresar de la oficina. Podría recibir por correo un paquete con las cabezas de sus hijos, o bien cintas de casete con los gritos de sus familiares mientras los torturan hasta la muerte. Una bomba podría estallar en las casas de sus amigos en plena noche. Todos sus conocidos estarán en peligro mortal.

Cuando la eficacia aplastante de la organización haya quedado patente las veces que sea necesario, la población empezará a comprender paulatinamente que al Tío George se le debe obedecer inmediatamente y sin objeciones.

Pero ¿quiere el Tío George que lo obedezcan? ¿Acaso no prefiere que lo desafíen para seguir matando y matando? Si todos son unos indeseables, cuantos más mueran mejor, ¿no? En última instancia, todos son responsables de la muerte de Jim. Sus palabras, sus pensamientos, su estilo de vida así lo dispusieron, aun cuando ni siquiera lo conocieran. Pero cuando George se deja llevar de esta manera, Jim apenas importa. Ahora Jim no es más que un pretexto para odiar a tres cuartas partes de la población estadounidense... George tensa la mandíbula y aprieta los dientes mientras se regodea en el odio.

¿Acaso odia realmente George a todas esas personas? ¿No son más bien un pretexto más para

odiar? ¿*Qué* es, entonces, el odio de George? Un estimulante. Nada más. Aunque muy nocivo para él, desde luego. Rabia, resentimiento, rencor; de esto se compone la vitalidad de la mediana edad. Si él, en este preciso instante, se ha vuelto loco, probablemente también lo estén por lo menos otra media docena de personas en los coches de su alrededor, que reducen la marcha cuando el tráfico se hace más denso, descienden la colina, pasan debajo del puente y vuelven a subir dejando atrás la estación de tren...

¡Dios, ya hemos llegado al centro! George emerge aturdido a la superficie. Se sobresalta al darse cuenta de que el pretendido chofer ha batido un récord; hasta ahora nunca los había transportado tan lejos él solo, y ello plantea una pregunta inquietante: ¿acaso está ganando el chofer autonomía paulatinamente? ¿Se está preparando para hacerse cargo de ámbitos cada vez más importantes en la vida de George?

Ahora no tiene tiempo de preocuparse por eso. En diez minutos habrán llegado al campus. En diez minutos, George tendrá que ser George, el George al que los otros reconocen y asocian con ese nombre. Por eso ahora se esmera en pensar como ellos, en acomodarse a su estado de ánimo. Con la habilidad de un veterano, adopta el carácter del papel que debe representar. Basta con salir de la autopista y tomar San Tomas Avenue para adentrarse en la hortera y aletargada Los Ángeles de los años treinta, que aún sufre las secuelas de la Gran Depresión y no se puede permitir ni una nueva capa de pintura. ¡Y es de lo más encantador! Un terreno ondulante de pequeñas y abruptas colinas, en cuyas cimas y laderas se encaraman casas blancas y mal cimentadas con el estuco agrietado, le debe su aire pintoresco a la endiablada maraña de cables que enlaza los postes telefónicos. Aquí viven mexicanos, así que abundan las flores. Aquí viven negros y, por lo tanto, es un barrio alegre. A George no le gustaría vivir aquí porque las radios y los televisores retumban todo el día. Pero nunca tendría que gritar a los hijos de estas personas, porque no son el enemigo. Si llegaran a aceptar a George, podrían incluso convertirse en sus aliados. Jamás aparecen en las fantasías del Tío George.

El campus de la Universidad de San Tomas se encuentra al otro lado de la autopista. Para llegar hay que cruzar un puente que conduce nuevamente al presente de demolición-reconstrucción-demolición. De aquí se han llevado las colinas en camiones o han rebanado las cumbres con bulldozers, y descarnadas terrazas crean hendiduras en el paisaje. Parcela tras parcela, las moradas-dormitorio de techo bajo—invariablemente llamadas *hogares* y descritas como «un nuevo concepto de vivienda»—se inauguran tan rápido como lo permite su necesaria conexión al alcantarillado y la red eléctrica. Es una calumnia decir que son idénticas. Unas tienen los tejados pardos, otras verdes, y los azulejos de los cuartos de baño vienen en muchos colores. Las parcelas también tienen su propia personalidad, cada una con un nombre diferente, del tipo que cabe esperar de la imaginación de un agente inmobiliario: Sky Acres, Vista Grande, Grovenor Heights.

El epicentro de toda esta nivelación de terrenos, de toda esta excavación y transporte de residuos y de todo este martilleo es el propio campus universitario. Una fábrica moderna y aséptica, hecha de ladrillo, cristal y amplios ventanales, de la que ya se han construido tres cuartas partes, se está terminando con una prisa enloquecedora. (Los ruidos procedentes de la obra son tales que, en algunas aulas, apenas si se puede oír a los profesores). A pleno rendimiento, la fábrica podrá producir veinte mil graduados, pero en menos de diez años tendrá que hacerse cargo de cuarenta o cincuenta mil. Deberán derribarlo todo y volver a construirlo, pero el doble de alto.

No obstante, cabe la posibilidad de que para entonces el campus haya quedado aislado del mundo exterior por su propio aparcamiento, que para entonces constituirá un vasto océano de coches abandonados en plena desesperación por los estudiantes durante los eternos embotellamientos de un futuro cercano. Hoy en día el aparcamiento ya ocupa la mitad de la superficie del campus y está tan lleno que se ha de recorrer de punta a punta para dar con una de las últimas plazas libres. Hoy George está de suerte. Ha encontrado plaza en la zona más cercana a su clase. Introduce la tarjeta de aparcamiento en la ranura—aportando así una prueba circunstancial de que es, en efecto, George—, la barrera se levanta con movimientos bruscos, y entra.

Últimamente George trata de aprender a reconocer los coches de sus alumnos. (Empieza planes de superación personal como ése continuamente. A veces son ejercicios para la memoria o una dieta nueva; otras, la promesa de leer la enésima «obra maestra» que no hay por dónde coger. Raras veces persevera mucho en ninguno). Hoy se alegra de poder distinguir tres coches—sin contar con el ciclomotor que el alumno italiano de intercambio, con una audacia o un provincialismo que bordean la locura, conduce por la autopista como si estuviera en via Veneto—. Por un lado está el Ford cupé blancuzco y destartalado de Tom Kugelman, en cuya parte posterior pone CENICIENTO. También reconoce el mugriento Pontiac gris del muchacho chino hawaiano, que luce una pegatina chistosa en la luna trasera: EL ÚNICO ISMO EN EL QUE CREO ES EL EXPRESIONISMO ABSTRACTO. El chiste no es tal en este caso, ya que realmente se dedica a la pintura abstracta (¿o se trata acaso de un guiño muy sutil?). En cualquier caso, resulta incongruente que alguien tan risueño, con una piel tan suave y un aspecto tan cuidado produzca cuadros tan lóbregos y sombríos o lleve un coche tan mugriento. Tiene un nombre bonito: Alexander Mong. Por otro lado está el resplandeciente e impoluto MG escarlata de Buddy Sorensen, el tosco albino de ojos llorosos que juega en el equipo de baloncesto y luce siempre una chapa con el lema NO A LA BOMBA NUCLEAR. Alguna vez George le ha visto adelantarle a toda velocidad en la autopista, riendo para sí como si hubiese perdido el control de la ridícula bañerita con asiento que conduce y le trajera sin cuidado.

George ha llegado a su destino. No está nervioso en absoluto. Al salir del coche siente un torrente de energía, de entusiasmo por empezar la función. Impaciente, avanza a paso ligero por el camino de grava, pasa de largo el conservatorio y se dirige a la secretaría. Ahora es todo un actor; un actor que acaba de salir del camerino y cruza a toda prisa el mundo entre bastidores de atrezo, luces y tramoyistas para salir a escena. Un actor veterano, que, sereno y seguro de sí mismo, se detiene un segundo en la entrada de la secretaría y, con descaro y claridad, dándole a su voz la entonación inglesa sutilmente modulada que su público le exige, pronuncia su primera frase:

—¡Buenos días!

Y las tres secretarías—a su manera, todas ellas atractivas y consumadas actrices—lo reconocen al instante, sin la menor sombra de duda, y responden:

—¡Buenos días!

(Hay algo de religioso en ello, como ocurre con las preces en la iglesia; como si ese intercambio reforzara la fe en el dogma básico estadounidense, a saber, que siempre es un «buen» día. Bueno pese a los rusos y sus misiles y pese a todos los males y tormentos de la carne. Al fin y al cabo, ¿no sabemos que los rusos y los tormentos no son del todo reales? Se pueden olvidar, hacer que se desvanezcan. Y por lo tanto, que el día se convierta en bueno. De acuerdo entonces, es bueno).

Cada profesor del departamento de filología inglesa dispone de un casillero en la secretaría, y todos están repletos de papeles. ¡Qué obsesión por la comunicación! Cualquier aviso sobre la más ínfima reunión del comité para tratar el más trivial de los asuntos se imprime y distribuye en cientos de copias. Todo el mundo es informado de todo. George les echa un vistazo y los tira todos a la papelería menos uno: una tarjeta rectangular, perforada y codificada por una máquina IBM, que acredita la identidad académica de algún pobre estudiante. De hecho, esta tarjeta le confiere una identidad. Supongamos que George, en lugar de firmarla como se solicita y devolverla a la sección de personal, la rompiera. En el acto el estudiante dejaría de existir en lo que concierne a San Tomas. Se volvería académicamente invisible, y sólo reaparecería, con mucha dificultad, tras someterse a complejísimas ceremonias de propiciación, innumerables ofrendas de formularios cumplimentados por triplicado y certificados refrendados ante notario para los dioses de la IBM.

George firma la tarjeta, sosteniéndola firmemente con la punta de dos dedos. Le desagradaría siquiera tocar estas cosas, porque son runas de una magia estúpida pero poderosa y maligna; la magia de los dioses de las máquinas pensantes, cuyo culto sólo tiene un dogma: «Nunca nos equivocamos». En eso consiste su magia: cada vez que cometen un error, cosa que sucede a menudo, éste se perpetúa y, en consecuencia, deja de ser un error... Intentando tocar la tarjeta lo mínimo posible, George la entrega a una de las secretarías, que se encargará de devolverla a la sección de personal. La secretaria ha dejado sobre la mesa una lima de uñas. George la coge y simula disponerse a hacer una nueva ranura en la tarjeta mientras dice «A ver si ese viejo robot se da cuenta». La muchacha se ríe, pero no sin que antes su rostro delate un profundo terror. Incluso la risa le sale forzada. George ha proferido una blasfemia.

Bastante satisfecho, abandona la facultad y se dirige a la cafetería.

Atraviesa el extenso espacio abierto que constituye el centro del campus, circundado por las facultades de bellas artes y de ciencias, el gimnasio y el edificio de administración, en el que hace poco han plantado césped y unos prometedores arbolitos que empezarán a dar sombra y follaje dentro de unos años, es decir, más o menos para cuando empiecen a derribarlo todo otra vez. La polución enrarece el aire, o, dicho en cursi, «irrita los ojos». Las montañas de la sierra de San Gabriel—que, en los pocos días que resultan visibles, aún confieren a San Tomas cierto encanto de universidad en la meseta andina—están ocultas hoy, como es habitual, tras los nocivos humos amarillentos que ascienden del caos de la gran urbe.

Y ahora, alrededor de George, avanzando hacia él desde todas las direcciones, cruzándose en su camino, surge la materia prima masculina y femenina con que las cintas transportadoras de las autopistas proveen diariamente a esta fábrica para procesarla, empaquetarla y distribuirla en el mercado. Negros, mexicanos, judíos, japoneses, chinos, latinos, eslavos, nórdicos..., las cabezas morenas predominan con mucho sobre las rubias. Apresurados para cumplir con sus horarios; intentando ligar; sumidos en graves controversias mientras pasean; solitarios, recitando para sí, entre dientes, alguna lección. Todos cargados de libros, todos agobiados.

¿Qué creen que hacen aquí? Por un lado está la respuesta oficial: se preparan para la vida, es decir, para conseguir un puesto de trabajo y una seguridad que les permita educar a sus hijos, que a su vez deberán prepararse para la vida, es decir, conseguir un trabajo y una seguridad que... Sin embargo, y a pesar de todos los asesores académicos, los folletos que señalan cuán lucrativa puede ser una sólida formación técnica—en farmacología, por ejemplo, o en contabilidad—, o la amplia gama de oportunidades que ofrece el vasto campo de la electrónica, entre ellos, por muy increíble que parezca, aún hay algunos que insisten en escribir poemas, novelas, obras de teatro.

Atontados por la falta de sueño, escriben a vuelapluma entre clase y clase, en los ratos libres que les dejan sus empleos a tiempo parcial o sus responsabilidades familiares. Mientras limpian un quirófano, clasifican la correspondencia en una oficina de correos, preparan un biberón o fríen una hamburguesa, dan vueltas a las palabras en sus cabezas. Y desde algún lugar de la esclavitud a «lo que debe ser», la insensatez de «lo que podría ser» los incita entre susurros a vivir, a aprender, a experimentar..., pero ¿qué? ¡Maravillas! Una temporada en el infierno, el viaje al fin de la noche, los siete pilares de la sabiduría, la clara luz del vacío... ¿Lo conseguirá alguno? Seguro. Uno al menos. Dos o tres como mucho entre todos estos miles de buscadores.

En medio de ellos, George siente una especie de vértigo. ¡Dios mío!, ¿qué será de ellos? ¿Qué posibilidades tienen? ¿Debo avisarlos a gritos, aquí y ahora, de que es inútil?

Pero George sabe que no puede hacerlo. Porque, por absurdo e inadecuado que resulte, y aunque no sea su intención, él representa la esperanza. Y la esperanza no es falsa. No. Lo que ocurre es que George se parece a un hombre que intenta vender en la calle, por unos céntimos, un diamante auténtico. El diamante sólo corre el peligro de caer en manos de una selecta minoría, pues la apresurada mayoría ni siquiera puede permitirse considerar la posibilidad de que sea auténtico.

Frente a la cafetería hay anuncios de las actividades estudiantiles del momento: NOCHE DE SQUAWS, PÍCNIC DEL VELLOCINO DE ORO, BAILE DE LOS COCTELEROS, REUNIÓN DE LA ASOCIACIÓN CÍVICA y el PRÓXIMO PARTIDO CONTRA EL LPSC. La publicidad que se da a estos rituales de la tribu de San Tomas no resulta muy convincente: sólo la promueve una minoría muy diligente de estudiantes. El resto de chicos y chicas no se consideran una tribu, aunque se esfuerzan por creerlo en ocasiones especiales. Lo único que tienen en común es la impaciencia: la necesidad de acabar, de terminar el trabajo que debían haber entregado hace tres días. Cuando George escucha sus conversaciones a escondidas, casi siempre tratan de lo que han dejado de hacer, de lo que temen que el profesor vaya a imponerles, de lo que se han arriesgado a no hacer sin por ello ser castigados.

La cafetería está abarrotada. George se detiene en la puerta y mira a su alrededor. Ahora que es un servicio público, propiedad de la UST, se siente impaciente por ser utilizado. Odia verse desaprovechado siquiera un minuto. Camina entre las mesas con media sonrisa, una sonrisa de cuarenta vatios, lista para llegar a los ciento cincuenta en cuanto alguien lo solicite.

Aliviado, ve a Russ Dreyer, y Dreyer se levanta de la mesa para saludarlo. Sin duda lo estaba buscando. Dreyer, de hecho, se ha convertido en el ayudante de George, en su director ejecutivo, su guardaespaldas. Es un joven de cara delgada y angulosa, con el pelo cortado a cepillo y gafas sin montura. Lleva una camisa algo informal de estilo hawaiano que, en su caso, supone una tímida concesión a la ropa deportiva que lo rodea. Su camiseta, que asoma bajo la uve que dibuja el cuello desabrochado de la camisa, está asépticamente impoluta, como siempre. Dreyer es un alumno de sobresaliente, y su homólogo europeo sería muy probablemente una rama seca y quebradiza. Pero Dreyer no es ni seco ni quebradizo. Posee un humor discreto y, como buen exmarine, bastante fuerza. En cierta ocasión le describió a George una de tantas veladas que su mujer Marinette y él pasaron con su compañero Tom Kugelman y la esposa de éste: «Tom y yo empezamos a discutir sobre *Finnegans Wake*. Seguimos con ello durante toda la cena, y las chicas dijeron que estaban hartas de oírnos y se fueron al cine. Tom y yo fregamos los platos y a las diez aún discutíamos sin que ninguno hubiera convencido al otro. Entonces cogimos cervezas de la nevera y salimos al jardín. Tom se está haciendo un cobertizo, pero aún le falta el techo. Me retó a

hacer flexiones en el travesaño de la puerta y le gané por trece a once».

A George le encanta esta anécdota. En cierto sentido es como de la Grecia clásica.

—Buenos días, Russ.

—Buenos días, señor.

No es la diferencia de edad lo que hace a Dreyer llamar «señor» a George. Tan pronto como pongan fin a esta relación cuasimilitar, empezará a tratarlo de George, e incluso de Geo, sin dudarlo.

Se acercan juntos a la cafetera, llenan las tazas y eligen unos bollos en la barra. Al dirigirse a la caja, Dreyer se anticipa a George con el importe exacto ya preparado.

—No... Permítame, señor.

—Siempre pagas tú.

Dreyer le sonríe.

—Estamos boyantes desde que he puesto a Marinette a trabajar.

—¿Consiguió ese puesto de maestra?

—Hace cosa de nada. Por supuesto, es algo temporal. El único inconveniente es que se tiene que levantar una hora más temprano.

—Entonces, ¿te tienes que preparar tú el desayuno?

—Bueno, me las arreglo. Hasta que consiga un trabajo más cerca de casa, o hasta que la deje embarazada. —Es evidente que disfruta hablando de hombre a hombre con George.

(¿Sabe lo mío?, se pregunta, ¿lo sabe alguno? Probablemente. Pero les trae sin cuidado. No les interesan lo más mínimo ni mis sentimientos ni mis hormonas; nada de cuello para abajo. Podría ser perfectamente un decapitado cuya cabeza llevaran al aula en una bandeja para dar clase).

—Por cierto, esto me recuerda—prosigue Dreyer—que Marinette quería que le preguntara, señor..., bueno, nos preguntábamos si querría venir a cenar a casa otra vez dentro de poco. Podríamos preparar unos espaguetis. Y quizá Tom traería esa cinta de la que le hablé..., la que compró en la tienda de audiovisuales en Berkeley, de Katherine Anne Porter recitando...

—Estaría bien—dice George vagamente pero con entusiasmo. Echa un vistazo a su reloj—. ¡Vaya!, nos tenemos que ir.

La vaguedad de la respuesta no ha enfriado en absoluto el ánimo de Dreyer. Es probable que la idea de que George cene otra vez con ellos le horrorice tanto como a éste. Todo es puramente simbólico. Marinette le pidió que preguntara y él ha preguntado, y ahora consta que George ha aceptado ir a cenar a su casa por segunda vez. Y eso quiere decir que George y él son amigos íntimos y que, en años venideros, podrá contarlos entre los integrantes de su círculo de amigos de los viejos tiempos. No cabe duda, los Dreyer harán todo lo que esté en su mano para asegurar un lugar a George entre los grandes pelmazos del pasado. George imagina fácilmente una de esas veladas en los noventa, cuando Russ sea decano de una facultad de filología inglesa en el Medio Oeste y los hijos de Marinette sean adultos. Un público de jóvenes profesores y sus mujeres, que ejercerán de anfitriones simbólicos de los señores Dreyer, estarán simbólicamente entusiasmados de encontrar al decano de humor para contar anécdotas y de que éste farfulle extasiado, con sonrisa azorada, una confusa retahíla de historias interminables y carentes de interés en las que a George y muchos otros les serán atribuidas palabras que jamás dijeron. En cuanto a Marinette, permanecerá sentada con una sonrisa imperturbable escuchando con oído distraído—el que ya lo ha oído todo antes—mientras suspira por que lleguen las once. Y darán las once. Y todos

coincidirán en que habrá sido una velada realmente memorable.

De camino al aula, Dreyer le pregunta qué opina sobre lo que dijo el doctor Leavis acerca de sir Charles Snow. (Esos pobres carcamales, tan lejanos, y sus remotas batallas aún son noticia aquí, en los dominios de Sleepy Hollow).

—Bueno, en primer lugar...—empieza a decir George.

En ese momento pasan frente a las pistas de tenis. Sólo una está ocupada por dos chicos que juegan individuales. El sol ha atravesado con súbita fiereza la nube de polución y ambos jugadores están prácticamente desnudos. Sólo llevan puestas las zapatillas de deporte y pantalones de los que usan los ciclistas, muy cortos y ajustados, ceñidos a las nalgas y las caderas. Abandonados a la intensidad del juego, no se percatan de la presencia de los viandantes. Se podría pensar que juegan sin red. Su desnudez produce la sensación de que están muy cerca el uno del otro y enfrentados, cuerpo a cuerpo, como luchadores. Pero si fuera un combate, estaría desequilibrado, pues el chico de la izquierda es bastante más menudo. Quizá es mexicano, de pelo negro, guapo, felino, cruel, fornido, ágil y musculoso; de movimientos rápidos y gráciles. Su cuerpo exhibe una tonalidad oscura, entre morena y dorada; un vello negro y rizado cubre su pecho, abdomen y muslos. Juega con dureza y rapidez, dando muestra de una cruel maestría, y enseña los dientes blancos, sin sonreír, mientras golpea la pelota. Va a ganar. Su adversario, un chico grande y rubio, lo sabe; se defiende con una valentía conmovedora. Hay en su belleza una dulzura y una nobleza naturales; sin embargo, su cuerpo clásico, marmóreo, parece ponerlo en desventaja. Las reglas del juego impiden que funcione correctamente. Lucha en irremediable desventaja. Tendría que arrojar la raqueta inútil, saltar la red y someter a su fuerza marmórea al cruel gatito dorado. Pero en lugar de eso, el chico rubio acepta las reglas, las acata, y prefiere ser derrotado y humillado antes que quebrantarlas. Su inútil estatura y su cabello rubio le dan un aire de caballero anticuado. Jugará limpio, como todo buen deportista, hasta perder el último set. ¿Acaso no le ocurrirá lo mismo el resto de su vida? ¿No se dejará arrastrar siempre hacia el juego equivocado, el tipo de reto para el que no ha nacido, contra un adversario rápido, astuto y despiadado?

El juego es cruel, aunque de una crueldad sensual que excita mucho a George. Se estremece de placer al percibir que sus sentidos responden con tanta ansia. Desde hace un tiempo parecen tristemente embotados. Da gracias de corazón a estos jóvenes animales por su belleza. Jamás sabrán que hicieron de este momento algo maravilloso para él, y la vida en sí menos odiosa...

Dreyer le está hablando:

—Perdone, señor, pero no le sigo. Comprendo lo de las Dos Culturas, desde luego..., pero ¿quiere decir que está de acuerdo con el doctor Leavis?

Lejos de mostrar el menor interés por los tenistas, Dreyer camina dándoles prácticamente la espalda; centra todo su interés en el busto parlante de George.

Porque es evidente que ha estado *hablando*. George se da cuenta de ello con el mismo desconcierto que ha sentido en la autopista cuando el «chofer» los ha llevado hasta el centro de la ciudad. Sabe de sobra de qué es capaz el busto parlante entrada la noche, cuando George se aburre, cuando está borracho y cansado, para ayudarlo a sobrevivir a una fiesta soporífera. Puede recitar de memoria las teorías favoritas de George—siempre y cuando nadie se las discuta, porque entonces podría hacerse un lío—. Se sabe al menos tres docenas de sus mejores anécdotas. ¡Pero precisamente *aquí*, a plena luz del día y en horas lectivas, cuando George debe actuar en todo momento, ser el dueño absoluto de su interpretación! ¿Acaso el busto parlante y el chofer se

han confabulado en su contra? ¿Será que están planeando una fusión?

—Realmente no tenemos tiempo para ocuparnos de eso precisamente ahora—le dice a Dreyer con voz tranquila—. Además, me gustaría releer un poco el texto de Leavis. Creo que aún tengo en casa, en algún sitio, el número de *The Spectator*... Por cierto, ¿llegaste a leer el artículo sobre Mailer hace cosa de un mes? Salió en *Esquire*, creo. Es de lo mejor que he leído en mucho tiempo...

La larga pared lateral de la clase de George tiene dos puertas: una al principio, la otra al fondo. La mayoría de los alumnos entran por esta última porque, con una irritante obstinación de borrego, les encanta enfrentarse bien apiñados a los profesores tras una barricada de asientos vacíos. Pero este semestre el número de alumnos es sólo ligeramente inferior a la capacidad del aula. Los últimos en llegar se ven obligados a sentarse cada vez más cerca de la pizarra, para la maliciosa satisfacción de George; por último, tienen que ocupar la segunda fila. En cuanto a la primera, que la mayoría evita tan empecinadamente, George la completa con sus estudiantes más fieles: Russ Dreyer, Tom Kugelman, la hermana María, el señor Stoessel, la señora Netta Torres, Kenny Potter, Lois Yamaguchi.

George nunca entra en clase ni con Dreyer ni con ningún otro alumno. Un instinto teatral profundamente arraigado se lo impide. En realidad, sólo utiliza su despacho para eso, para retirarse antes de clase, con el único fin de volver a salir y hacer así su entrada. Nunca recibe a los alumnos en él, pues lo comparte con al menos dos profesores más, y el doctor Gottlieb, que da clase sobre los poetas metafísicos, está casi siempre allí. George no puede hablar con otra persona como si estuvieran solos cuando en realidad no lo están. Incluso una pregunta tan inofensiva como «¿Qué piensas *de verdad* de Emerson?» suena escandalosamente íntima, y una crítica tan leve como «Lo que has escrito es una metáfora confusa y no significa nada» suena innecesariamente cruel cuando el doctor Gottlieb está presente, escuchando la conversación o, lo que es peor, fingiendo no hacerlo. Pero está claro que Gottlieb no piensa lo mismo. Quizá se trate de un escrúpulo típicamente británico.

Así que ahora, al dejar a Dreyer, George entra en el despacho, situado justo al otro lado del pasillo. Milagrosamente, Gottlieb no está. George echa un vistazo por la ventana, entre los listones de la persiana, y ve a lo lejos a los dos tenistas, aún inmersos en el juego. Carraspea, hojea la guía telefónica sin mirarla, cierra bien el cajón vacío de su escritorio, que ha quedado un poco abierto. Luego, bruscamente, se da la vuelta, saca la cartera del armario, abandona el despacho y se dirige a la puerta del aula.

Su entrada no tiene nada de espectacular según los cánones convencionales. Sin embargo, se trata de un efecto calculado al detalle y, por tanto, escandalosamente teatral. No se hace el silencio cuando George entra. La mayoría de los estudiantes siguen hablando. Pero todos lo observan, en espera de alguna señal, por leve que sea, de que la clase va a empezar. De ello resulta una tensión sutil pero creciente, producida por el burlón empeño de George en no dar la señal y la determinación de los alumnos de continuar charlando hasta que lo haga.

Entretanto, se queda ahí, en pie. De forma lenta y estudiada, como un mago, saca un libro de la cartera y lo coloca en el atril. Al hacerlo, recorre con la mirada las caras de los alumnos. Sus labios se curvan en una sonrisa leve aunque descarada. Algunos se la devuelven. A George esta franca confrontación le resulta sumamente estimulante. Saca fuerzas de esas sonrisas, de esos ojos vivaces y juveniles. Para él, éste es uno de los mejores momentos del día. Se siente brillante,

llo de vitalidad, desafiante, un poco misterioso y, sobre todo, *fuera de lugar*. Su pulcro traje oscuro, su camisa blanca y su corbata (la única corbata en la sala) contrastan ostensiblemente con la viril y rotunda informalidad del atuendo de los alumnos. Casi todos llevan zapatillas deportivas y calcetines blancos de lana sin ligas, pantalones vaqueros si hace frío y cortos si hace calor (los de tipo bermudas, ajustados en los muslos; los cortos, más favorecedores, no se consideran decentes). Si hace mucho calor, se remangan y, a veces, se desabrochan provocadores la camisa y dejan a la vista el vello rizado del pecho y una medalla de San Cristóbal. Tienen pinta de que en cualquier momento abandonarán los estudios y se dedicarán a cavar zanjas o se unirán a una banda callejera. Parecen torpes criaturas en comparación con las chicas, que ya han dejado atrás la fase adolescente de los pantalones Capri, las camisas desaliñadas y las largas melenas cardadas. Son mujeres hechas y derechas y vienen a clase vestidas como para una fiesta elegante.

Esta mañana George constata que todos los fieles estudiantes de la primera fila están presentes. Los únicos a los que ha tenido que pedir que ocupen los asientos libres han sido Dreyer y Kugelman; el resto tiene sus razones para hacerlo. Mientras George da la clase, Dreyer lo contempla con una atención alentadora. Sin embargo, George sabe que en realidad no le impresiona. Para Dreyer, siempre será un académico *amateur*: sus títulos y formación son británicos y, por tanto, dudosos. Con todo, George es el capitán, el viejo sabio, y Dreyer, al secundar su autoridad, mantiene la escala de valores que él mismo se propone ascender. Por eso quiere que George esté brillante e impresione a los intrusos, o sea, al resto de la clase. Lo curioso es que Dreyer, con la clara conciencia de su absoluta lealtad, se siente libre para cuchichear con Kugelman, su lugarteniente, siempre que le viene en gana. Cada vez que esto sucede, George desearía dejar de hablar y escuchar lo que dicen de él. Por instinto, está seguro de que a Dreyer no se le pasaría por la imaginación hablar de nadie más en clase; sería de mala educación.

La hermana María pertenece a una orden docente. Pronto obtendrá el título y se convertirá en profesora. Es una mujer joven de lo más normal, sin duda bondadosa, trabajadora y poco imaginativa, y está claro que se sienta en primera fila porque la ayuda a concentrarse, quizá también porque los chicos todavía la atraen un poco y quiere evitar mirarlos. Pero la mayoría perdemos el sentido de la proporción en presencia de una monja, y George, expuesto tan de cerca a esta novia de Cristo con su intransigente hábito medieval, se pone nervioso, a la defensiva. Como recluta poco entusiasta de las legiones infernales, se enfrenta a la soldado celestial en una guerra fría excesivamente educada. Cada vez que se dirige a ella la trata de «hermana», que es, probablemente, lo contrario de lo que ella querría.

El señor Stoessel se sienta en primera fila porque es sordo y de mediana edad; hace poco que llegó de Europa y su inglés es horrible.

La señora Netta Torres también es de mediana edad. Parece asistir al curso por simple curiosidad o para matar el tiempo. Tiene pinta de divorciada. Se sienta en primera fila porque el foco de su interés es, franca y crudamente, George en sí. Más que atender a lo que dice, lo observa. Parece incluso como si «leyera» sus palabras indirectamente, gracias a una especie de braille compuesto por sus gestos, su tono de voz, sus ademanes. Y este escrutinio casi táctil se acompaña de una sonrisa maternal, pues, para la señora Torres, George no es más que un adorable niño, ¡y tan mono...! A George le gustaría pillarla en falta, ponerle malas notas para disuadirla de asistir a clase. Pero, ¡ay!, no puede. La señora Torres no se limita a mirar, también escucha, y puede recitar la lección palabra por palabra.

Kenny Potter se sienta en primera fila porque es lo que hoy se considera un chiflado, y eso

sólo significa que tiende a hacer lo contrario que la mayoría de las personas; sin embargo, no lo hace por principio ni, desde luego, por agresividad. Probablemente sea demasiado despistado para reparar en los hábitos y costumbres de la tribu y, en cualquier caso, demasiado vago para respetarlas. Es un chico alto y flaco, de hombros anchos y cargados, ojos azules diminutos y brillantes. Podría considerarse guapo si no tuviera la nariz ganchuda, aunque es una nariz simpática, un órgano grande y divertido.

George siente constantemente la presencia de Kenny en la clase, pero eso no quiere decir que lo considere un aliado. En absoluto. Nunca puede estar seguro de Kenny. A veces, cuando dice algo gracioso y Kenny responde con su risa estentórea y desquiciada, a George le parece que se ríe de su ocurrencia. Otras veces, cuando la carcajada llega un poco más tarde, George tiene la horripilante sensación de que Kenny no se ríe del chiste sino de la situación: del sistema educativo de este país y de las fuerzas económicas, políticas y psicológicas que los han reunido en esta clase. En tales momentos, George sospecha que Kenny comprende el sentido último de la vida, que es algo así como un genio (aunque nadie lo pensaría a juzgar por sus exámenes trimestrales). O, simplemente, puede que Kenny sea algo inmaduro, que su encanto sea engañoso y él un estúpido.

Lois Yamaguchi se sienta junto a Kenny porque es su novia; al menos casi siempre están juntos. Sonríe a George de un modo que le hace preguntarse si ella y Kenny se ríen a menudo de él. Pero ¿quién sabe qué les pasa por la cabeza a los asiáticos, siempre tan enigmáticos? También Alexander Mong sonríe como una esfinge, pese a que, George está casi seguro, en su hermosa cabeza no hay otra cosa que manchas de pintura. Lois y Alexander son, con mucho, las personas más hermosas de la clase; su belleza es como la de las plantas, aparentemente ajena a cualquier vanidad, ansiedad o esfuerzo.

Mientras tanto, la tensión ha ido en aumento. George no ha dejado de sonreír a los parlanchines, ni de guardar un silencio melodramático, deliciosamente provocador. Y al fin, tras casi cuatro minutos, el silencio se impone. El rumor de conversaciones se apaga. Los que ya han dejado de hablar sisean a los otros. George ha triunfado. Pero el triunfo le dura sólo un momento. Ahora es él quien debe romper el hechizo. Ahora debe despojarse del misterio y revelarse como un vulgar profesor, alguien a quien los alumnos deben prestar atención, si babea, tartamudea o habla como un ángel no tiene importancia. La clase ha de atender a George porque, en virtud de los poderes que le ha otorgado el Estado de California, puede obligarlos a tomarse en serio hasta sus peores prejuicios y caprichos más irresponsables como si fueran la clave para resolver este problema: ¿cómo impresionar, halagar o embaucar a este viejo avinagrado para que me ponga buena nota?

Sí, por desgracia, ahora debe estropearlo todo. Ahora debe hablar.

—Tras muchos veranos *muere* el cisne. —George adorna las palabras con una dicción tan afectada, saboreándolas tan descaradamente, que parece parodiar a W. B. Yeats recitando. (Pone un gran énfasis en la palabra *muere* para compensar la y que Aldous Huxley cercenó del comienzo del verso original). Y luego, una vez ha conseguido sobresaltar o avergonzar al menos a algunos de los presentes, mira a su alrededor con una mueca irónica y dice quedamente, con el tonillo propio de un maestro de escuela—: Supongo que todos habéis leído ya la novela de Huxley, teniendo en cuenta que os lo pedí hace más de tres semanas.

Por el rabillo del ojo ve la cara de consternación de Buddy Sorensen, nada sorprendente, y el

aire indignado con el que Estelle Oxford se encoge de hombros, como queriendo decir «¡Primera noticia!», que le preocupa más. Estelle es una de sus alumnas más brillantes. Y, precisamente porque es brillante, es también más consciente de ser negra, según parece, que los otros estudiantes de color de la clase; de hecho, es hipersensible. George sospecha que Estelle lo cree capaz de todo tipo de discriminación, por inofensiva que sea. Probablemente no estaba en clase cuando les pidió que leyeran el libro. ¡Maldita sea!, tendría que haberlo advertido y habérselo dicho en otro momento. La muchacha le intimida un poco. Además, le cae bien y lamenta la situación. Pero no le gusta sentirse así.

—Bueno—dice de la forma más delicada posible—, si alguien no lo ha leído aún, no importa demasiado. Limitaos a escuchar lo que se diga esta mañana y luego lo leéis y veis si estáis o no de acuerdo.

Mira a Estelle y le sonrío. Ella le devuelve la sonrisa. Bueno, por esta vez, parece que todo va a ir bien.

—El título es, por supuesto, una cita de «Titono», el poema de Tennyson. Por cierto, ya que estamos en el tema, ¿quién es Titono?

Silencio. Mira una cara tras otra. Nadie lo sabe. Incluso Dreyer lo ignora. ¡Cielos, qué típico! Titono no les interesa porque se aleja demasiado del tema. Huxley, Tennyson, Titono. Están dispuestos a llegar a Tennyson, pero ni un paso más. Ahí acaba su curiosidad. Básicamente, porque les importa una mierda.

—¿Ninguno de vosotros sabe quién es Titono? ¿En serio? ¿Nadie se ha molestado en averiguarlo? De acuerdo, en tal caso os aconsejo a todos que invirtáis parte del fin de semana en leer *Los mitos griegos* de Graves, y el poema. He de confesar que no entiendo cómo alguien puede afirmar que le interesa una novela si no es capaz siquiera de parar a preguntarse qué significa el título.

Este arrebato de ira consterna a George tan pronto como sucumbe a él. ¡Vaya si se ha vuelto antipático! Y lo peor es que nunca sabe cuándo le va a entrar uno. No le da tiempo a controlarse. Avergonzando, evitando las miradas de los estudiantes—sobre todo la de Kenny Potter—, fija los ojos en la pared del fondo.

—Bien, empecemos por el principio. En cierta ocasión Afrodita sorprendió a su amante Ares en la cama con Eos, la diosa del amanecer (y ya que estáis no os vendría mal darles un repaso a éstos también). Afrodita se enfureció, por supuesto, y condenó a Eos a enamorarse de todos los mortales guapos para que aprendiera a dejar en paz a los dioses de las demás. —George oye a alguien soltar una risita y respira aliviado; temía haberlos ofendido con sus reproches y su mal humor. Sin bajar aún los ojos, continúa hablando con un deje irónico en la voz—. Eos se sintió terriblemente avergonzada, pero pronto advirtió que no podía contenerse y se dedicó a raptar y a seducir a chicos terrenales. Titono era uno de ellos. En realidad también se llevó a su hermano Ganimedes, para que les hiciera compañía. —Risitas más audibles, esta vez procedentes de diversas partes del aula—. Por desgracia, Zeus vio a Ganimedes y se enamoró perdidamente de él. —Si la hermana María se escandaliza, peor para ella. George no la mira a ella sino a Wally Bryant, cuya reacción conoce de sobras; efectivamente, Wally se está partiendo de risa—. Sabiendo que no tendría más remedio que renunciar a Ganimedes, Eos le pidió a Zeus que a cambio hiciera inmortal a Titono. Y Zeus dijo: «Desde luego, ¿por qué no?», y así lo hizo. Pero la muy tonta de Eos olvidó pedirle también que le concediera a Titono la eterna juventud, cosa que habría resultado fácil de arreglar; Selene, la diosa de la luna, la había conseguido para su amado

Endimión. El único problema era que a Selene sólo le interesaban los besos, mientras que Endimión tenía otra cosa en mente; así que para que se estuviera quieto lo sumió en un sueño eterno. Y la belleza eterna no debe de tener ninguna gracia si ni siquiera puedes despertarte para mirarte en el espejo. —A estas alturas casi todos sonrían. Incluso la hermana María. George sonríe satisfecho. ¡Sí que detesta ser antipático!—. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí...! De manera que el pobre Titono fue envejeciendo hasta convertirse en un anciano asquerosamente inmortal. —Risotadas—. Y Eos, con la crueldad que caracteriza a una diosa, se hartó de él y lo encerró a cal y canto. Con el paso del tiempo él se fue volviendo cada vez más gagá, su voz cada vez más estridente, hasta que, de pronto, un buen día se convirtió en una cigarra.

Es un final tremendamente flojo. George no esperaba que surtiera efecto, y así es. El señor Stoessel no ha entendido nada y está frenético, así que pide ayuda a Dreyer en susurros desesperados. Las explicaciones de Dreyer causan nuevos malentendidos. Al final el señor Stoessel lo capta y exclama «*Ach so... eine Zikade!*» [¡Ah, una cigarra!] en un tono de reproche que da a entender que la culpa es de George—y, en definitiva, de todos los anglófonos—por pronunciar mal la palabra. Pero George ya ha retomado la lección, y lo ha hecho con otra actitud. Ya no quiere resultar simpático, ni entretenerlos, sino que, conciso y autoritario, se limita a informarles. La suya es la voz de un juez que recapitula e instruye al jurado.

—Resulta evidente por qué Huxley eligió el título. Sin embargo, tendréis que preguntaros en qué medida puede aplicarse a las circunstancias de la trama. Por ejemplo, el quinto conde de Gonister se puede entender como trasunto de Titono, por lo que acaba convirtiéndose en un mono lo mismo que Titono se transforma en un insecto. Pero ¿qué hay de Jo Stoyte? ¿Y del doctor Obispo? Se parece mucho más al Mefistófeles de Goethe que a Zeus. ¿Y quién es Eos? Virginia Maunciple no, ¿verdad? Para empezar, porque no madruga mucho. —Nadie entiende el chiste. George todavía deja caer alguno de vez en cuando, pese a su experiencia, entre dientes, como buen inglés. Algo ofendido por la falta de éxito, continúa en un tono casi desafiante—: Pero, antes de proseguir, tenemos que decidir cuál es el tema de la novela.

Dedican el resto de la hora a esta tarea.

Al principio, como siempre, hay un silencio absoluto. Los alumnos permanecen sentados, contemplando, por así decirlo, esa palabra tan prodigiosa semánticamente. *Tema*. ¿Cuál es el tema de la novela? Pues bien, ¿qué quiere George que digan? Dirán lo que él quiera, cualquier cosa, pues casi todos ellos, pese a su formación académica, en el fondo aún consideran esto del *tema* un juego sofisticado hasta el aburrimiento. En cuanto a la minoría restante, que ha cultivado el enfoque temático hasta dominarlo a la perfección, los que sueñan con escribir algún día un libro sobre Faulkner, James o Conrad, y demostrar así definitivamente que todos los libros anteriores pasan el tema por alto, todavía van a tardar un rato en intervenir. Aguardan el momento adecuado para ofrecer, como los grandes detectives, la solución al crimen de Huxley. Entretanto, que la plebe pase apuros. Que primero remuevan el fango.

Alexander Mong, amablemente, remueve el fango. Sabe lo que hace, por supuesto. No es tonto. Tal vez forma parte de su filosofía como pintor abstracto considerar infantil todo lo figurativo. Un occidental se pondría vehemente con este tema, pero Alexander no. Con su mejor sonrisa china dice:

—Trata de un hombre rico que está celoso porque teme ser demasiado viejo para su chica, y cree que un chaval va detrás de ella, pero no es verdad: el chico no tiene nada que hacer, porque ella y el doctor lo ven venir. Así que el ricachón le pega un tiro al chaval por error y el doctor lo

encubre todo, y entonces se van a Inglaterra a buscar a un conde que anda tonteando con una dama en un sótano...

Los demás se ríen a carcajadas. George sonrío amablemente y dice:

—Te has olvidado de los señores Pordage y Propter... ¿Qué pasa con ellos?

—¿Pordage? ¡Ah, sí...! Es el que descubre que el conde come esos peces tan raros...

—Carpas.

—¡Eso es! Y Propter...—Alexander sonrío y se rasca la cabeza haciéndose un poco el payaso—. Lo siento, señor. Tiene que perdonarme. No me acosté hasta las dos y media de la mañana tratando de entender de qué iba. No me van esos rollos.

Más risas. Alexander ha cumplido su función. Ha abogado por los filisteos de la manera más encantadora. Ahora las lenguas se han soltado y la investigación puede proseguir.

He aquí algunas de las conclusiones:

—El señor Propter no debería haber dicho que el ego es una ficción; eso demuestra que no confía en la naturaleza humana.

—Esta novela es de un misticismo árido y abstracto. ¿De qué sirve la eternidad?

—Es una novela inteligente pero cínica. Huxley debería ocuparse más de las emociones humanas.

—Esta novela es un espléndido sermón espiritual. Nos enseña que no estamos hechos para inmiscuirnos en los misterios de la vida. No debemos jugar con la eternidad.

—Huxley es maravillosamente disparatado. Quiere deshacerse de las personas y hacer del mundo un lugar seguro para los animales y los espíritus.

—Decir que el tiempo es un mal porque el mal sucede en un contexto temporal es como afirmar que el océano es un pez porque los peces viven en el océano.

—El señor Propter no tiene vida sexual. Esto lo convierte en un personaje poco convincente.

—La vida sexual del señor Pordage no es creíble.

—El señor Propter es un demócrata jeffersoniano, un anarquista, un bolchevique, un proto-Bircher.^[1]

—El señor Propter es un escapista. Queda claro por su conversación con Pete sobre la guerra civil española. Pete es un buen tipo hasta que el señor Propter le lava el cerebro; entonces sufre una crisis nerviosa y empieza a creer en Dios.

—Huxley entiende verdaderamente a las mujeres. Que Virginia tenga un ciclomotor rosa es un toque maestro.

Etcétera, etcétera... George sonrío, apenas habla, deja que se diviertan. Preside la novela como el encargado de un puesto de feria, animando al gentío a intentar hacer blanco: es una diversión sana. Sin embargo, deben respetarse unas reglas básicas. Cuando alguien empieza a hablar de mescalina y ácido lisérgico, sugiriendo que el señor Huxley está a un paso de ser un drogadicto, George lo contradice de forma tajante. Y cuando otra persona intenta tímidamente buscar claves en la novela—¿no habrá alguna conexión entre cierta conocida dama y el hecho de que Jo Stoyte dispare a Pete?—, George le contesta que en absoluto. Ese *cuento* se desmintió en los años treinta.

Y ahora llega la pregunta que George ha estado esperando. La plantea, por supuesto, Myron Hirsch, el infatigable azote de los gentiles.

—Señor, en la página setenta y nueve, el señor Propter dice que el pasaje más estúpido de la

Biblia es «Me aborrecieron sin motivo». ¿Quiere decir acaso que los nazis tenían razón al odiar a los judíos? ¿Es Huxley antisemita?

George respira hondo.

—No—responde suavemente, y entonces, tras una pausa de silencio expectante (los alumnos están algo sobrecogidos por la forma directa de abordar el tema de Myron), repite, bien alto y con voz seria—: No. El señor Huxley *no* es antisemita. Los nazis no tenían razón al odiar a los judíos. Pero su odio a los judíos no carecía de causa. Nadie odia *nunca* sin motivo. Mirad... No metamos a los judíos en esto, ¿de acuerdo? Da igual la postura que se adopte, hoy en día es imposible hablar de los judíos de forma objetiva. Probablemente no podrá hacerse hasta dentro de veinte años. Mejor pensemos en cualquier otra minoría, la que prefiráis, pero que sea pequeña: una que no esté organizada y no disponga de comités que la defiendan.

George mira a Wally Bryant con ojos resplandecientes que dicen: «Estoy contigo, hermanito en la clandestinidad». Wally es regordete y de tez cetrina, y el cuidado que pone en peinarse el pelo ondulado, en limar y pintarse las uñas y en depilarse discretamente las cejas no hace sino acentuar su falta de atractivo. Está claro que ha entendido la mirada de George. Está avergonzado. ¡Qué más da! George le va a dar una lección que nunca olvidará. Le hará fijar la mirada en su tímida alma. Le proporcionará el valor necesario para deshacerse de la lima de uñas y hacer frente a la verdad de su vida...

—Por ejemplo, las personas sin pecas no consideran una minoría a las pecosas. No son una minoría en el sentido que ahora nos concierne. ¿Y por qué no? Porque una minoría sólo se considera como tal si representa alguna amenaza, real o imaginaria, para la mayoría. Sin embargo, ninguna amenaza es totalmente imaginaria. ¿Alguien no está de acuerdo con esto? Si es así, que se pregunte: ¿qué haría la minoría en cuestión si de pronto, de la noche a la mañana, se convirtiera en mayoría? ¿Comprendéis lo que quiero decir? ¿No? Reflexionad sobre ello.

»Pues bien, resulta que llegan los liberales (entre los que se cuentan, espero, todos los presentes) y dicen: “Las minorías son personas, como nosotros”. Desde luego, las minorías son *personas*, no ángeles. Por descontado que somos iguales..., pero no *exactamente* iguales; afirmar lo contrario es sucumbir a la histeria liberal de siempre, que consiste en caer en el engaño de que nada diferencia a un negro de un sueco. —¿Por qué, por qué no se atreve George a decir “entre Estelle Oxford y Buddy Sorensen”? Quizá, si se atreviera, la clase estallarían en carcajadas, todos se abrazarían y el reino de los cielos comenzaría aquí mismo, en el aula 278. O quizá no—. Afrontémoslo, las minorías se componen de personas que probablemente no se parecen a nosotros, que piensan y actúan de otra manera y tienen defectos que nosotros no tenemos. Pueden no gustarnos el aspecto que tienen y su manera de actuar, podemos odiar sus defectos. Y es *preferible* admitir que no nos gustan, incluso que los odiamos, que descalificar nuestros sentimientos con una sensiblería pseudoprogresista. Ser sinceros acerca de cómo nos sentimos nos ofrece una válvula de escape, y si tenemos una válvula de escape es menos probable que nos dé por iniciar persecuciones... Sé que esta teoría no está de moda hoy en día. Todos seguimos empeñados en creer que a fuerza de ignorar algo haremos que se desvanezca...

»¿Por dónde iba? Ah, sí... Supongamos que esta minoría empieza a ser perseguida, no importa el motivo, ya sea por razones políticas, económicas, psicológicas..., siempre hay una razón, por muy equivocada que sea, y, por supuesto, cualquier persecución está mal de por sí. Estoy seguro de que estamos todos de acuerdo en esto... Pero lo peor es que ahora nos topamos con otra herejía progresista. Dado que la mayoría persecutora es infame, la minoría perseguida debe ser pura e

inmaculada. ¿Os dais cuenta del disparate? ¿Cómo impedimos entonces que los malos sean perseguidos por un colectivo aún más infame? ¿Acaso tenían que ser santos todos los cristianos sacrificados en el circo romano?

»Y eso no es todo. Una minoría cuenta con una forma de agresión propia, pues no hay duda de que desafía a la mayoría a que la ataque. Odia a la mayoría (motivos no le faltan, lo confieso), incluso odia a las otras minorías, ya que compiten entre sí: todas afirman ser la que más padece y víctima de las injusticias más atroces. Y cuanto más odian y más las persiguen, más crueles se vuelven. ¿Creéis que el amor envilece a las personas? ¡Es evidente que no! ¿Por qué, entonces, ha de ennoblecerlas el odio? Cuando alguien te persigue, odias lo que te está ocurriendo y odias a los responsables, por lo que vives en el odio. ¡Vaya, no reconocerías el amor ni que te dieras de bruces con él! ¡Sospecharías de él! ¡Pensarías que oculta algo, algún interés, alguna trampa!

A estas alturas George ya no está seguro de qué ha probado o refutado, de qué lado está, si es que está de parte de alguien, ni siquiera sabe de qué está hablando. Y sin embargo todas esas frases han salido a borbotones de su boca con auténtica pasión. Suscribe cada una de ellas, tanto si tienen sentido como si son un disparate. Las ha lanzado como latigazos destinados a despertar a Wally, a Estelle, a Myron, a todos. El que tenga oídos que oiga.

Wally continúa incómodo, pero no, no parece fustigado ni más despierto. George advierte que los ojos de Wally ya no lo miran a él, sino que miran hacia arriba, por encima de su cabeza, a un punto en la pared detrás de él... Y al mirar rápidamente a su alrededor, vacilante, perdiendo ímpetu, se da cuenta de que todos los ojos miran fijamente en la misma dirección: al maldito reloj. No le hace falta volverse para comprobarlo, sabe que se está pasando de la hora. De pronto se interrumpe, y dice:

—Seguiremos con esto el lunes.

Al instante se levantan todos y se ponen a charlar mientras recogen los libros.

Bueno, después de todo, ¿qué otra cosa se puede esperar? La mayoría tiene prisa, pues en diez minutos tiene que estar en otro lugar. Sin embargo, George está enfadado. Hacía mucho que no se dejaba llevar y se exaltaba tanto al final de una clase. ¡Qué humillante! El viejo del profe se deja llevar por el entusiasmo y se pone a divagar, desatendiendo la hora, mientras la clase suspira resignada: «¡Ya está otra vez!». Por un momento, George los odia, odia la grosera indiferencia con la que abandonan la clase a toda prisa. Una vez más, alguien ha ofrecido el diamante a cambio de unos céntimos, y todos lo han vuelto a desdeñar encogiendo los hombros sonrientes, convencidos de que el viejo buhonero está chiflado.

Sonríe con especial benevolencia a los tres alumnos que se han quedado en el aula para hacerle preguntas. Sin embargo, la hermana María sólo quiere saber si en el examen final George les exigirá haber leído todos los libros que el señor Huxley menciona en la novela. George piensa que sería divertido contestarle que sí, *Las 120 jornadas de Sodoma* inclusive, pero por supuesto no lo hace. La tranquiliza y ella se va contenta, con la carga académica mucho más aligerada.

Buddy Sorensen sólo quiere excusarse:

—Lo siento, señor, no he leído a Huxley porque pensé que primero lo analizaríamos con usted. ¿Es tonto o está intentando tomarle el pelo? George no tiene tiempo de averiguarlo.

—¡No a la bomba nuclear!—exclama, mirando la chapa de Buddy; no es la primera vez que se lo dice, y el chico sonríe abiertamente, feliz.

—¡Sí, señor, y que lo diga!

La señora Netta Torres desea saber si el señor Huxley se inspiró en algún pueblo real de Inglaterra para crear Gonister. George no lo sabe; lo único que puede decir a la señora Torres es que, en el último capítulo, cuando el doctor Obispo y Stoyte y Virginia salen de Londres en busca del conde, parecen ir en dirección sudoeste. Por tanto, es probable que Gonister estuviera situado en algún lugar de Hampshire o de Sussex... Pero resulta que la pregunta de la señora Torres era un mero pretexto. Ha sacado el tema de Inglaterra para contarle que pasó allí tres semanas inolvidables hace diez años. Aunque la mayor parte del tiempo estuvo en Escocia, y el resto en Londres.

—Siempre que le oigo hablar—dice a George, mientras sus ojos escrutan fervientemente su cara—recuerdo ese hermoso acento. ¡Es tan musical!

George está tentado de preguntarle a qué acento se refiere. *¿Cockney o gorbals?*[2] Pero ahora la señora Torres quiere saber de dónde es él, y se lo dice, aunque a ella no le suena el lugar. Él aprovecha esa frustración momentánea para interrumpir el *tête-à-tête*.

Una vez más, a George le resulta útil su despacho: entra para huir de la señora Torres, y se encuentra al doctor Gottlieb.

Gottlieb está entusiasmado porque le acaba de llegar de Inglaterra un nuevo libro sobre Francis Quarles de un catedrático de Oxford. Probablemente, Gottlieb sabe tanto de Quarles como el propio autor. Pero Oxford, que se alza en todo su esplendor detrás del catedrático, su hijo, intimida al pobre Gottlieb, que es de uno de los peores barrios de Chicago.

—Esto le hace a uno comprender—dice—la formación que se necesita para realizar un trabajo como éste.

George se entristece: le deprime constatar que, por encima de todo en esta vida, Gottlieb anhela parecerse a ese miserable catedrático e imitar el estilo avinagrado de su prosa viperina y estirada.

Tras sostener el libro en las manos un momento y haberlo ojeado con el debido respeto, George decide que necesita comer algo. Al salir del edificio, las primeras personas en que se fija son Kenny Potter y Lois Yamaguchi. Están en el césped, sentados bajo uno de los árboles que acaban de plantar. Han elegido uno de los más pequeños: apenas tiene una docena de hojas. El mero hecho de sentarse ahí es ridículo; quizá Kenny lo haya hecho precisamente por eso. Lois y él parecen dos niños jugando a ser naufragos en un atolón del Pacífico Sur. Al pensarlo, George les sonrío. Ellos le devuelven la sonrisa y luego Lois se echa a reír a la manera japonesa, elegante y vergonzosa. George pasa muy cerca del atolón, pero no se detiene, como podría hacerlo un barco de vapor. Lois parece intuirlo y lo saluda alegremente, como se saluda a los pasajeros de un barco, con un gesto delicado de su pequeña mano. Kenny lo saluda también, pero no es probable que se haya dado cuenta: se limita a seguir el ejemplo de Lois. De todas formas, el saludo les sirve para ganarse a George, que se lo devuelve. El viejo barco de vapor y los jóvenes naufragos se han hecho señales, aunque no de socorro. Respetan mutuamente su intimidad. No quieren implicarse más. Sólo se desean lo mejor. De nuevo, como con los jugadores de tenis, George siente que le han alegrado el día, pero esta vez la emoción no es en absoluto perturbadora, sino pacífica y radiante. George navega hacia la cafetería, sonriendo para sí, sin deseo alguno de mirar atrás.

Entonces oye a alguien gritar «¡Señor!» justo detrás de él; se da la vuelta y ve a Kenny. Lo ha alcanzado corriendo sigilosamente con sus deportivas. George supone que querrá preguntarle

algo, como por ejemplo cuál será la próxima lectura que harán en clase, y se volverá a marchar. Pero no, Kenny se pone a caminar a su lado y observa con total naturalidad:

—Tengo que ir a la librería.

No pregunta a George si también se dirige allí, y éste tampoco le informa de que no pensaba hacerlo.

—¿Ha tomado alguna vez mescalina, señor?

—Sí, una vez. En Nueva York. Hace unos ocho años. Entonces no era ilegal venderla. Simplemente entré en una farmacia y la pedí. Nunca habían oído hablar de ella, pero en pocos días me la consiguieron.

—¿Y le hizo ver cosas? ¿Visiones místicas y tal?

—No, no lo que se entiende por visiones. Primero tuve náuseas, aunque no muchas. Y, por supuesto, me asusté. Como el doctor Jekyll cuando toma su droga por primera vez... Luego ciertos colores se volvieron muy brillantes y llamativos. No entendía que los demás no se dieran cuenta. Recuerdo un bolso de señora rojo que había en una mesa de un restaurante: ¡era escandaloso! Y las caras de las personas se vuelven caricaturas; es como si pudieras ver lo que les pasa por la cabeza, pero en crudo, simplificado. Uno es absurdamente vanidoso, otro está literalmente enfermo de angustia, otro busca camorra. Luego ves a unos pocos que son simplemente bellos, porque nada les angustia ni les enfurece y se toman la vida como viene... Ah, y cada vez todo es más y más tridimensional: las cortinas se vuelven pesadas como si estuvieran esculpidas en piedra, y la madera, muy rugosa. De pronto reparas en que las flores y las plantas están vivas. Recuerdo fijarme en un tiesto con violetas: no se movían, pero sabías que podían hacerlo; parecían serpientes erguidas sobre su cuerpo enroscado, inmóviles... Y al final, cuando el efecto llega al máximo, parece como si todo cuanto te rodea, incluso las paredes de la habitación, respirara, y las vetas de la madera comienzan a fluir como si fueran líquidas... Y luego, lentamente, todo se disipa, vuelve a la normalidad. Y no tienes resaca alguna. Después me encontraba perfectamente. Eso sí, cené abundantemente.

—¿Y no la ha vuelto a probar?

—No. Me di cuenta de que no me atraía demasiado. Sólo fue una experiencia más. Regalé a mis amigos el resto de las cápsulas. Uno de ellos sintió más o menos lo mismo que yo, y otro no sintió nada. Una amiga me contó que no había pasado tanto miedo en toda su vida, pero creo que lo decía sólo para quedar bien. Algo así como quien da las gracias por que lo inviten a una fiesta...

—¿Y no le quedará alguna cápsula de ésas, señor?

—No, Kenny, no tengo. Pero si me quedaran, no las repartiría entre los alumnos. Se me ocurren maneras mucho más divertidas de conseguir que me echen a la calle.

Kenny sonríe.

—Disculpe, señor. Sólo me preguntaba... Supongo que si realmente quisiera esa mercancía me sería fácil conseguirla. En el campus se puede conseguir prácticamente de todo... Un amigo de Lois la compró aquí. Dice que cuando la tomó vio a Dios.

—Es posible que lo viera. Quizá yo no tomara la suficiente.

Kenny contempla a George de arriba abajo. El comentario parece haberle hecho gracia.

—¿Sabe una cosa, señor? Creo que aunque hubiera visto a Dios no nos lo diría.

—¿Por qué dices eso?

—Es lo que dice Lois. Ella cree que usted es..., bueno, más bien reservado. Como esta mañana, mientras escuchaba todas las tonterías que decíamos sobre Huxley.

—No te oí hablar mucho. Diría que ni abriste la boca.

—Le observaba a usted... En serio, creo que Lois tiene razón. Nos deja divagar y luego nos pone en nuestro sitio; no digo que no nos enseñe un montón de cosas interesantes, claro que lo hace, pero jamás nos dice *todo* lo que sabe sobre un tema...

George se siente halagado y emocionado. Kenny nunca le había hablado así. No se puede resistir a interpretar el papel que Kenny le presenta tan tentadoramente.

—Bueno..., quizás sea verdad. Hasta cierto punto... Verás, Kenny, hay cosas que uno mismo ignora que sabe, hasta que se las preguntan.

Han llegado a las pistas de tenis. Ahora todas están ocupadas, moteadas de figuras en movimiento. Pero George, con la mirada de lince del adicto veterano, ya ha observado que la pareja de la mañana se ha marchado y que ninguno de los jugadores actuales es atractivo físicamente. En la pista más cercana, un profesor de mediana edad juega sudoroso contra una chica que va sin depilar.

—Para poder contestar una pregunta—prosigue intencionadamente—alguien debe formulártela primero. Pero es difícil encontrar a alguien que te haga las preguntas adecuadas. A la mayoría de las personas no les interesan demasiado los demás.

Kenny no dice nada. ¿Está reflexionando? ¿Va a preguntar algo a George? A George se le acelera el pulso, expectante.

—No es que busque ser reservado—dice, clavando la mirada en el suelo y procurando sonar lo más impersonal posible—. ¿Sabes, Kenny?, a menudo me gustaría decir algo, hablar de ciertos temas, con total sinceridad. No en clase, desde luego..., eso acabaría mal. Seguro que alguien tergiversaría las cosas...

Silencio. George echa una rápida mirada a Kenny y advierte que está observando, aparentemente sin gran interés, a la chica velluda. Quizá ni siquiera le esté escuchando. Es imposible saberlo.

—A lo mejor el amigo de Lois no vio a Dios, después de todo—dice Kenny inesperadamente—. Es decir, que pudo engañarse a sí mismo. Poco después de colocarse tuvo una crisis nerviosa y pasó tres meses ingresado en un manicomio. Le contó a Lois que, mientras estuvo enfermo, se convirtió en un demonio capaz de extinguir la luz de las estrellas. No es broma. Decía que podía apagar siete de golpe. Aunque tenía miedo de la policía. Según él, la policía tenía una máquina para atrapar a los demonios y liquidarlos. La máquina se llamaba MO, o sea, *om*, la palabra hindú que significa 'Dios', pero al revés.

—Si la policía perseguía a los demonios, es que eran ángeles, ¿no? Bueno, al menos eso tiene sentido. Sólo en un manicomio los policías son ángeles.

Kenny sigue riendo a carcajadas cuando llegan a la librería. Quiere comprar un sacapuntas. Los venden en envoltorios de plástico: rojos, verdes, azules o amarillos. Kenny elige uno rojo.

—¿Qué venía a buscar usted, señor?

—Bueno, en realidad nada.

—¿Ha venido hasta aquí sólo para acompañarme?

—Claro, ¿por qué no?

Kenny parece sinceramente sorprendido y complacido.

—¡Creo que se merece usted algo a cambio! Coja uno, señor. Le invito.

—¡Oh, pero..., bueno, gracias!—George hasta se pone algo colorado. Se siente como si le hubieran regalado una rosa. Elige un sacapuntas amarillo.

—Habría dicho que elegiría uno azul. —Kenny sonrío.

—¿Por qué?

—Se supone que el azul simboliza el espíritu.

—¿Y qué te hace suponer que quiero ser espiritual? ¿Por qué has elegido tú el rojo?

—¿Qué significa el rojo?

—Rabia y lujuria.

—¿En serio?

Permanecen callados, sonriéndose con complicidad. George intuye que, aunque este ambiguo intercambio no les ha ayudado a comprenderse mejor, el propio hecho de no entenderse, de conformarse con mantener un diálogo de sordos, supone en sí mismo cierta intimidad. Kenny paga los sacapuntas y se despide con un gesto de la mano bastante informal, que no denota deferencia alguna.

—Nos vemos.

Se marcha. George permanece unos minutos más en la librería para que no parezca que lo sigue.

Si se considera el comer como un sacramento, el comedor de los profesores es comparable al más lóbrego y sobrio de los templos cuáqueros. No se ha hecho ninguna concesión al ritual de la comida reconfortante y apetitosa tomada en compañía. Es todo lo que no debería ser un restaurante: las mesas de cromo y plástico están demasiado limpias; los cubos de basura marrones, en los que deben depositarse las servilletas sucias y los vasos de papel usados, mantienen el espacio demasiado ordenado, y, en contraste con el gran bullicio del comedor de estudiantes, hay demasiado silencio. Un silencio apático, incómodo, cohibido. Y, al contrario de lo que sucede en los eminentes almuerzos de Oxford o Cambridge, la edad de los comensales no le confiere una atmósfera venerable. La mayoría son personas más bien jóvenes; George es de los mayores.

¡Dios! ¡Qué deprimente es advertir, en un buen número de esas caras—sobre todo en las jóvenes—, una expresión de triste derrota! ¿Por qué se sienten así? No hay duda de que les pagan mal. Y su futuro no es prometedor, económicamente hablando. Está claro que no tienen el placer de codearse con altos ejecutivos. Pero ¿acaso no es un consuelo estar en compañía de estudiantes que aún tienen buena parte de la vida por delante? ¿No proporciona un poco de satisfacción sentirse útil en lugar de contribuir a la producción de inútiles bienes de consumo? ¿No es extraordinario saber que perteneces a una de las pocas profesiones de este país que no está totalmente corrompida?

Para estos caras largas, parece ser que no. Si se atrevieran, se marcharían. Pero se han preparado para este trabajo y ahora tienen que apechugar con él. Han desperdiciado el tiempo en el que deberían haber aprendido a engañar, a robar, a mentir. Se han desligado de la mayoría—intermediarios, charlatanes, promotores—al adquirir trabajosamente un conocimiento árido e infravalorado; infravalorado precisamente por los intermediarios, que pueden arreglárselas sin él. Sólo se interesan por el producto de dicho conocimiento, por sus aplicaciones prácticas. Los

profesores son unos gilipollas, dicen. ¿De qué sirve saber algo si no te hace más rico? Y los caras largas les dan parte de razón, pues en el fondo se avergüenzan de no ser también astutos y corruptos.

George va derecho al mostrador. En la barra, las camareras sirven guisos de carne, verduras o sopa de cazuelas humeantes. También hay ensalada, tarta de frutas o una extraña gelatina de aspecto espantoso, semitransparente y con vetas de un verde brillante. Mirando fijamente una de las gelatinas, presa de una fascinación involuntaria, como ante el cristal de un terrario, está Grant Lefanu, el joven profesor de física que escribe poesía. Grant es lo contrario de un cara larga y no se siente derrotado ni por asomo; George lo aprecia mucho. Flaco, bajito y dentado, lleva gafas y luce la sonrisa enloquecida de la verdadera pasión intelectual. Es fácil imaginarlo en el papel de un terrorista de la Rusia zarista, hace cien años. Si le dieran la oportunidad, se convertiría en uno de esos héroes fanáticos que persiguen una idea sin la menor vacilación, como algo natural, hasta que la materializan. La conversación de unos estudiantes pálidos de ojos enfebrecidos, anarquistas y visionarios todos ellos, que se alarga, entre tazas de té y cigarrillos, en la intimidad de una habitación hasta bien entrada la madrugada, se traduce al día siguiente, con el carácter literal de la inocencia más pura, en poner una bomba, en gritar una consigna con orgullo, en que las fuerzas del orden lleven al joven soñador, sonriente aún, a rastras hasta la mazmorra y el pelotón de fusilamiento. Es bastante habitual ver a Grant sonreír así, casi como si le avergonzara tener que expresarse de forma tan grosera. Es como el típico tímido que habla siempre entre dientes y, de golpe, en la desesperación, alza demasiado la voz.

De hecho, Grant realizó hace poco un pequeño acto heroico. Testificó en favor de un librero al que sorprendieron cuando intentaba vender un importante clásico del género erótico de los años veinte; antes sólo se encontraba en Latinoamérica, pero ahora, gracias a una serie de precedentes judiciales, lucha por el derecho a ser devorado también por la juventud estadounidense. (George no está seguro de si se trata del mismo libro que leyó de joven, durante un viaje a París. Sea como sea, recuerda haber tirado ese libro o uno muy similar a la papelera en medio del pasaje más obscuro. No es que uno sea estrecho de miras, desde luego que no; que escriban sobre las relaciones heterosexuales si no hay más remedio, y que lo lea el que quiera. De todas formas es soporífero y, francamente, de bastante mal gusto. ¿Por qué no se ceñirán los escritores modernos a los temas de siempre, mucho más decentes, como por ejemplo los chicos?).

En esta ocasión, el heroísmo de Grant Lefanu consistió en defender el libro aun a riesgo de perder el pellejo en el mundo académico. Porque previamente había comparecido como testigo de la acusación un alto miembro del profesorado, el cual aseguró que el libro era obscuro, degenerado y peligroso. Cuando llamaron a Grant al estrado y el fiscal lo interrogó, el joven profesor sonrió tímidamente y lamentó discrepar con su colega. Al final, después de que lo azuzaran un poco y de ser amonestado en tres ocasiones para que hablara más alto, proclamó con brusquedad que no era el libro, sino sus atacantes, quienes merecían semejantes calificativos. Para colmo, un columnista liberal de la prensa local informó alegremente al respecto, tildando al eminente profesor de necio reaccionario y presentando a Grant como un joven y brillante defensor de los derechos civiles, tergiversando su testimonio hasta convertirlo en un ataque personal. Y ahora la pregunta del millón es: ¿le renovarán a Grant el contrato a final del curso?

Grant trata a George como a un camarada revolucionario, cumplido que George a duras penas merece dado que gracias a su antigüedad, su libertad para interpretar el papel de británico excéntrico y, en última instancia, sus pequeñas rentas se puede permitir decir prácticamente lo que

se le antoje en la universidad. En cambio, el pobre Grant no tiene rentas, sino una esposa y tres niños que tuvo la imprudencia de engendrar.

—¿Qué tal?—le pregunta George, lo que significa: ¿qué ha estado tramando el enemigo?

—¿Sabes las clases que hay para aspirantes a policías? Hoy un enviado especial de Washington les hablará de las veinte maneras de detectar a un comunista.

—¡Estás de broma!

—¿Quieres ir? Podríamos hacerle preguntas incómodas.

—¿A qué hora es?

—A las cuatro y media.

—No puedo. Tengo que estar en el centro en una hora.

—Lástima.

—Sí, lástima—responde George aliviado. No está del todo seguro de si se lo ha propuesto en serio. En diversas ocasiones, con el mismo tono medio irónico, Grant le ha sugerido ir a boicotear una reunión de la John Birch Society, fumar marihuana en Watts con el mejor poeta desconocido de Estados Unidos o reunirse con un dirigente del movimiento de los musulmanes negros. George no cree que Grant esté poniéndolo a prueba de verdad. No hay duda de que Grant hace cosas así de vez en cuando y ni se le ocurre que a George le intimiden. Probablemente, piensa que George se escaquea de esos planes por miedo a aburrirse.

Mientras avanzan junto al mostrador, pidiendo al final sólo café y ensalada—George se cuida la línea y el apetito de Grant es tan exiguo como su figura—, Grant le habla de un conocido suyo que ha estado conversando con unos expertos de una gran empresa que fabrica ordenadores. Los expertos dicen que en realidad no tiene importancia si estalla una guerra, porque sobrevivirá el número de personas suficiente para sacar adelante el país. Por supuesto, los supervivientes serán en general ricos e influyentes, ya que son los que disponen de refugios más seguros, nada que ver con las ratoneras llenas de goteras que tantos granujas ofrecen a precio de ganga. A la hora de hacerse construir un refugio, dicen los expertos, hay que consultar al menos con tres contratistas diferentes para que nadie se entere de lo que estás edificando, porque si corre el rumor de que tienes un refugio de los buenos, una multitud te asediará a la primera emergencia. Por la misma razón, hay que ser realista y agenciarse una ametralladora. No son tiempos para andarse con sentimentalismos.

George se ríe burlón, tal y como Grant espera de él. Pero este tipo de humor negro lo pone enfermo. Lo terrible de las crisis de los años veinte y treinta, y por supuesto de la guerra—todas han dejado secuelas en George, como una enfermedad—, fue siempre el miedo a la aniquilación. Pero ahora anida en nosotros un miedo mucho más terrible, el miedo a la supervivencia. Sobrevivir en la Edad de las Ruinas, en la que será de lo más natural que el señor Strunk mate a tiros a Grant, a su mujer y a sus tres hijos porque Grant ha cometido el descuido de quedarse sin provisiones y ahora él y su familia se mueren de hambre y eso los convierte en un peligro y no es tiempo de andarse con sentimentalismos.

—Allí está Cynthia—dice Grant mientras vuelven al comedor—. ¿Nos sentamos con ella?

—¿Es necesario?

—Me temo que sí. —Grant suelta una risita nerviosa—. Nos ha visto.

En efecto, Cynthia Leach los está saludando con la mano. Es una neoyorquina joven y atractiva, formada en la Universidad Sarah Lawrence, de buena familia. Puede que, en parte para

fastidiarlos, se casara hace poco con Leach, un profesor de historia. Pero su matrimonio parece marchar muy bien. Aunque Andy es delgado y pálido, no es en absoluto un enclenque; sus ojos tienen un brillo sensual y goza de la agilidad inofensiva de quienes son muy activos en la cama. Si bien no proviene del mismo ambiente que Cynthia, es indudable que disfruta del esfuerzo requerido para estar a su altura. Dan fiestas a las que acude todo el mundo porque, gracias al dinero de Cynthia, la comida y la bebida son abundantes, y al fin y al cabo Andy es popular y Cynthia tampoco está tan mal. Su único problema es que se considera una aristócrata del Este que vive entre los pobres; se las da de patricia y lo único que consigue es tratar a los demás con condescendencia.

—Andy me ha dado plantón—les dice—. Hacedme compañía. —Mientras ellos se sientan, se vuelve hacia Grant—. Tu mujer no me va a perdonar nunca.

—¿Y eso?—Grant ríe profundamente incómodo.

—¿No te lo ha contado?

—¡Ni una palabra!

—¿De veras?—Cynthia parece decepcionada. Luego se anima—. ¡Pero si tiene que estar furiosa conmigo! Le dije que aquí visten fatal a los niños.

—Bueno, seguro que estaba de acuerdo contigo. Ella también lo dice siempre.

—Les están robando la niñez—añade Cynthia sin hacerle caso—. Los están convirtiendo en pequeños consumidores. ¡Todas esas criaturitas con los labios pintados! El mes pasado estuve en México y fue como un soplo de aire fresco. ¿Cómo te lo diría? Sus hijos son tan auténticos... Nadie los presiona ni los obliga a seguir determinadas convenciones. Sencillamente florecen...

—La cuestión es que...—empieza Grant. Es obvio que va a discrepar con ella, por lo que habla entre dientes, con un hilillo de voz.

Cynthia no le presta atención.

—¡Y luego la noche que cruzamos la frontera de vuelta! ¡Nunca la olvidaré! Me dije: «O bien esta gente está loca o lo estoy yo». Todos parecían andar con prisa, como en los noticiarios de la época del cine mudo. Y la señorita que nos acompañó a la mesa en el restaurante..., nunca me había dado cuenta de lo siniestro que resulta llamarlas así..., ¡pero cómo nos sonreía! Y esas cartas enormes sin nada comestible. Y aquellos camareros tan raros, que no hacían más que traerte agua y no se dignaban ni a dirigirte la palabra, ¡parecían zombis! No podía creer lo que veía... ¡Ah, y encima pasamos la noche en uno de esos moteles tan horribles que hay ahora! Parecía que lo hubieran traído de otro sitio, de alguna fábrica, y acabaran de montarlo justo antes de que llegáramos nosotros. No pegaba con nada. Quiero decir..., después de los maravillosos hoteles antiguos de México (todos tan pintorescos), fue increíble...

Una vez más, Grant parece estar al borde de la protesta, pero balbucea aún más bajo. Ni siquiera George alcanza a entenderlo; por su parte, bebe un buen trago de café, nota cómo le pega en el estómago, que tiene casi vacío, y se siente repentinamente animado.

—De veras, Cynthia, hija mía—se oye exclamar a sí mismo—, ¿cómo puedes decir tantas tonterías?

Atónito, Grant suelta una risita nerviosa. Cynthia parece sorprendida pero bastante satisfecha. Es del tipo de provocadores a quienes les gusta que les planten cara; alivia la comezón de su agresividad.

—¡Lo digo en serio! ¿Has perdido el juicio?—George se siente como si avanzara a toda

velocidad por una pista de despegue y, excitado, fuera levantando el vuelo suavemente—. ¡Dios mío, parece uno de esos intelectuales franceses tan pesados cuando pisan Nueva York por primera vez! ¡Hablan igual! ¡Increíbles?! ¡Cómo van a ser los moteles estadounidenses increíbles?! Hija mía: sabes perfectamente que en este país los moteles se diseñan adrede así, para ser «increíbles», si te empeñas en usar esa expresión estúpida, por la sencilla razón de que en este país la habitación de un motel no es una habitación de hotel más, es pura y simplemente la única habitación posible, y punto. No hay más que una: *la habitación*. Y es un símbolo (un anuncio tridimensional, si lo prefieres) de nuestro modo de vida. ¿Y cuál es nuestro modo de vida? Una fórmula de construcción que exige ciertas medidas, ciertos servicios y el uso de ciertos materiales adecuados; nada más y nada menos. Todo lo demás te lo tienes que procurar tú. ¡Pero intenta explicárselo a los europeos! Se pueden morir del susto... Lo que ocurre en realidad es que nuestro modo de vida es demasiado austero para ellos. Hemos reducido las cosas del plano material a meras comodidades simbólicas. ¿Y por qué? Porque es el primer paso indispensable. La mente no puede liberarse de verdad hasta que el plano material no ha sido definido y relegado al lugar que le corresponde. Cualquiera pensaría que es algo evidente, hasta el estadounidense más estúpido lo comprende de forma intuitiva. Pero los europeos nos llaman inhumanos (aunque prefieren usar el término *inmaduros*, que suena más grosero) porque hemos renunciado a su mundo de diferencias individuales, de ineficiencia romántica y de culto al objeto. Todo ese anticuado culto a las catedrales, las primeras ediciones, la moda parisina y los vinos añejos... Naturalmente, no se dan nunca por vencidos, siguen intentando pervertirnos, a cada momento, con la detestable propaganda de su culto. Si alguna vez lo consiguen, estaremos acabados. Éste es el tipo de subversión que debería investigar el Comité de Actividades Antiestadounidenses... Los europeos nos odian porque nos hemos retirado a nuestros anuncios, como ermitaños que se retiran a cuevas para dedicarse a la contemplación. Dormimos en habitaciones simbólicas, comemos alimentos simbólicos, nos divertimos simbólicamente..., y esto les aterroriza, los llena de furia y de odio porque son incapaces de entenderlo. No dejan de gritar: «¡Son como zombis!». Tienen que creerlo, pues de lo contrario no les queda sino derrumbarse y admitir que los estadounidenses pueden vivir así porque, de hecho, tienen una cultura mucho más avanzada..., siglos, incluso un milenio, por delante de Europa o de cualquier otro país de la tierra. En el fondo, nuestro dominio es el del espíritu. Vivimos totalmente en el plano espiritual. Por eso nos sentimos a gusto con símbolos como la habitación de motel estadounidense. En cambio, a los europeos les horrorizan los símbolos, porque son unos materialistas rastreros...

Momentos antes de llegar al final de este desenfadado alud de palabras, George ve, como desde una gran altura, a Andy Leach entrar en el comedor. Lo que le supone, por cierto, un gran alivio, porque nota que se le paran los motores y pierde propulsión. De modo que ahora, con la pericia de un piloto veterano, desciende en un aterrizaje perfecto. Y lo mejor de todo es que parece que se interrumpa por pura cortesía, porque Andy acaba de llegar a la mesa.

—¿Me he perdido algo?—pregunta éste, esbozando una gran sonrisa.

Un artista de circo no dispone de un telón que descienda y lo oculte, preservando así intacta la magia de su actuación. Suspendido del trapecio bajo los focos resplandecientes, ha brillado y titilado como una estrella. Pero ahora, a ras de suelo, apagado, sin que lo persigan los focos pero a la vista de quien se digne a mirarlo—ahora todo el mundo contempla a los payasos—, corre a toda prisa junto a las gradas en dirección a la salida. Nadie lo aplaude ya. Apenas unos pocos le

echan un vistazo fugaz.

Además del anonimato, George se siente presa de una fatiga nada desagradable. La marea de su vitalidad baja rápida y él se deja llevar por ella, contento. Es una manera de descansar. De repente se siente mucho, mucho más viejo. De camino al aparcamiento, anda diferente, con menos elasticidad, moviendo con rigidez brazos y hombros. Aminoró el paso. De vez en cuando arrastra los pies, cabizbajo. Relaja la mandíbula y los músculos de las mejillas le cuelgan. Su rostro adquiere una expresión soñadora y plácida. Canturrea para sí emitiendo un extraño sonido, como el de las abejas alrededor de la colmena. De vez en cuando, mientras camina, emite sonoras y prolongadas ventosidades.

El hospital se yergue sobre una apacible colina de escarpadas laderas y matorrales en flor, bien visible desde la autopista. Aunque tiene un aspecto agradable, constituye una advertencia clara para los conductores: «He aquí el final del camino, amigos». Expuesto a todas las brisas, en los días despejados de invierno se puede contemplar el océano, el promontorio de Palos Verdes e incluso la isla Catalina desde muchas de sus ventanas.

Las enfermeras de recepción también son agradables. No te acribillan a preguntas. Si sabes el número de la habitación que quieres visitar, no hace falta ni que pidas permiso, puedes subir directamente.

George pone en marcha el ascensor, que se detiene en la segunda planta. Un enfermero negro entra a una paciente en camilla. La tienen que operar, informa a George, así que deben volver a la planta baja, donde están los quirófanos. George se ofrece respetuosamente a salir del ascensor, pero el joven enfermero (de brazos musculosos, muy atractivo) le dice: «No es necesario», así que se queda, como un espectador en el funeral de una desconocida, dirigiendo miradas furtivas a la paciente. Ésta parece totalmente consciente, pero hablarle sería casi un sacrilegio, pues ya se la reconoce como víctima, ya ha sido preparada de acuerdo al ritual. Parece ser consciente de ello y consentirlo, se la ve completamente entregada a su aceptación. Tiene una cabellera gris muy bonita; se la debe haber ondulado recientemente.

Ésa es la puerta, dice George para sí. ¿Tendré que pasar yo también por ahí?

¡Cómo retroceden todas y cada una de las terminaciones nerviosas del pobre cuerpo al ver, oler, sentir este lugar! Instintiva, ciegamente, se estremece, se encabrita, lucha por escapar. ¡Sería un ultraje inconcebible al cuerpo que alguna vez lo trajeran aquí para aturdirlo con medicación, pincharlo con agujas, cortarlo con bisturíes! Aunque lo curaran y le devolvieran la libertad, no podría olvidar ni perdonar jamás. Nada volvería a ser igual. Habría perdido toda la fe en sí mismo.

Jim solía quejarse y montar un número por un simple resfriado, un corte en el dedo o una almorranas. Pero al final fue afortunado en el único momento en que la suerte realmente importa. El camión chocó de pleno con su coche; él ni lo notó. Y nunca lo trajeron a un lugar como éste. Sus despedazados despojos no les servían para sus rituales.

La habitación de Doris está en la última planta. El pasillo está desierto, de momento, y la puerta abierta; un biombo oculta la cama. George mira por encima del biombo antes de entrar. Doris está tumbada, con la cara vuelta hacia la ventana.

George se ha acostumbrado ya a su aspecto. A estas alturas ni siquiera le resulta desagradable, pues ya no tiene la sensación de que se haya transformado. Doris ya no parece cambiada. Es otra criatura: un maniquí amarillento y arrugado, de brazos y piernas raquíticos, carne marchita y vientre hundido, una silueta angulosa bajo la sábana. ¿Qué tiene en común con el gran animal arrogante que era de muchacha? ¿Con el cuerpo desnudo que, tendido bajo el de Jim, se ofrecía con impúdica exigencia? Una vulva insaciable, una carne traviesa e implacablemente ávida, con todo el esplendor, el fulgor y la arrogante ductilidad de la juventud, exigiendo a George que se

hiciera a un lado, se rindiera y cediera ante el privilegio de la mujer, ocultando avergonzado su antinatural rostro. Yo soy Doris. Soy mujer. Soy la puta Madre Naturaleza. La Iglesia, la ley y el Estado me legitiman. Reivindico mis derechos biológicos. Exijo a Jim.

A veces George se ha preguntado: incluso en aquellos tiempos, ¿le habría deseado esto?

La respuesta es no. No porque George sea incapaz de tal maldad, sino porque Doris, entonces, era infinitamente más que Doris, era la mujer enemigo que reclamaba a Jim para sí. Era inútil destruir a Doris, o a diez mil Doris, mientras triunfara la mujer. Sólo se la podía combatir cediendo, dejando que Jim se fuera con ella a México. Instándolo a satisfacer toda su curiosidad, su vanidad y su lujuria—sobre todo su vanidad—, apostándolo todo a una carta: a que volvería—como de hecho ocurrió—diciendo «me repugna», «nunca más».

¿Y no te repugnaría aún más, Jim, si pudieras verla ahora? ¿No te invadiría el horror al pensar que quizá, ya entonces, aquel cuerpo que acariciabas y besabas ansiosamente, al que penetrabas excitado, ya albergaba la semilla de su podredumbre? Solías lavar las llagas de los gatos con cuidado y nunca te importó el hedor de un viejo perro enfermo, pero te espantaban, muy a tu pesar, los enfermos y los lisiados. Lo sé, Jim. Estoy completamente seguro. Te habrías negado a visitarla aquí. Habrías sido incapaz de hacerlo.

George rodea el biombo y entra en la habitación sin hacer más ruido del necesario. Doris vuelve la cabeza y lo ve, al parecer sin sorprenderse. Es probable que, para ella, la frontera entre la realidad y el delirio sea cada vez más tenue. Las figuras aparecen y desaparecen. Si una de ellas te clava una aguja, es que es una enfermera. George puede ser, o no, George. Por comodidad lo tratará como si fuera George. ¿Por qué no? ¿Qué más da?

—Hola—dice. Sus ojos azules destacan brillantes e indómitos en su rostro macilento.

—Hola, Doris.

Hace ya bastante que George ha dejado de traerle flores o regalos. Aquí dentro nada que pueda traer del exterior tiene ningún valor, ni siquiera él. Todo lo que le importa a Doris está en esta habitación, donde permanece concentrada en la tarea de morir. Sin embargo, esta preocupación no resulta egoísta: no excluye a George ni a nadie que quiera participar en ella. Esta preocupación es la muerte y todos podemos participar en ella, en cualquier momento, a cualquier edad, estemos enfermos o gocemos de buena salud.

George se sienta a su lado y le toma la mano. Hace sólo dos meses ese gesto habría sido odiosamente falso. (Uno de sus recuerdos más amargos y vergonzantes es el de cierta ocasión en que le dio un beso en la mejilla—¿fue agresión o masoquismo?; ¡al infierno con esas palabras!—, justo después de que descubriera que ella se había acostado con Jim. Jim estaba presente. Cuando George se acercó a ella para besarla, los ojos de Jim delataron sorpresa y alarma, como si temiera que George fuera a morderle como una serpiente). Pero ahora tomar la mano de Doris no tiene nada de falso; ni siquiera es un acto de compasión. Es necesario—lo descubrió en visitas anteriores—para establecer un mínimo contacto. Y al hacerlo, su enfermedad le violenta menos, pues el gesto significa «vamos por la misma senda, pronto te seguiré». Además, así se ahorra las preguntas horribles que suelen hacerse a los pacientes de un hospital: ¿cómo te encuentras?, ¿cómo va todo?, ¿estás mejor?

Doris sonrío débilmente. ¿Será quizá porque ha venido?

No. Sonríe divertida, según parece. En voz baja, pero con toda claridad, dice:

—Ayer armé un buen jaleo.

George también sonrío, a la espera del chiste.

—¿Fue ayer?—El mismo tono de voz, pero dirigido a sí misma. Sus ojos ya no lo ven; expresan desconcierto y un poco de temor. El tiempo debe de haberse convertido para ella en un extraño laberinto de espejos; y los laberintos pueden pasar, en un instante, de ser divertidos a ser aterradores.

Sus ojos vuelven a verlo; el desconcierto ha pasado.

—Me puse a gritar. Se me oía desde la otra punta del pasillo. Tuvieron que llamar al médico.
—Doris sonrío. Al parecer, eso es el chiste.

—¿Te dolía la espalda?—pregunta George. El esfuerzo por disimular el tono compasivo de su voz lo hace hablar de forma remilgada, como quien intenta contener un acento poco elegante.

Pero Doris hace caso omiso de la pregunta; está de nuevo ausente, en su mundo, frunciendo ligeramente el ceño. De pronto dice:

—¿Qué hora es?

—Casi las tres.

Un largo silencio. George siente un gran apremio por decir algo, lo que sea:

—El otro día estuve en el muelle. Hacía siglos que no iba por allí. ¿Sabías que han quitado la vieja pista de patinaje? ¿No es una vergüenza? Parece que no pueden dejar nada como estaba. ¿Te acuerdas del puesto en el que aquella mujer interpretaba tu personalidad a partir de tu letra? También ha desaparecido. —Se interrumpe, desalentado.

¿Acaso puede la memoria salirse con la suya con un truco tan burdo? Eso parece. De hecho, ha escogido el muelle de entre sus recuerdos con la misma facilidad con que se elige al azar una carta de la baraja de un mago... Y he aquí la carta trucada. Fue patinando como George y Jim conocieron a Doris. (Estaba con un chico llamado Norman, del que pronto se libró). Más tarde fueron todos a que les interpretaran la letra, y la mujer le dijo a Jim que poseía un talento musical oculto y a Doris que tenía una gran capacidad para sacar lo mejor de las personas...

¿Se acuerda ella? ¡Tiene que acordarse! George la mira inquieto. Está contemplando el techo y frunciendo cada vez más el ceño.

—¿Qué hora has dicho que era?

—Casi las tres. Faltan cuatro minutos.

—Ve al pasillo, ¿quieres?, a ver si hay alguien.

George se levanta, va a la puerta, mira hacia fuera. Pero, antes siquiera de haber llegado, ella pregunta con irritada impaciencia:

—¿Y bien?

—No hay nadie.

—¿Dónde está esa jodida enfermera?—Las palabras salen con acritud, con la más profunda desesperación.

—¿Quieres que vaya a buscarla?

—Sabe que me tiene que poner una inyección a las tres. Se lo ha dicho el médico. Pero le importa una mierda.

—Voy a buscarla.

—Esa hija de puta no vendrá hasta que se le antoje.

—Estoy seguro de que la encontraré.

—¡No! Quédate.

—De acuerdo.

—Vuelve a sentarte.

—Claro. —Se sienta. Sabe que quiere su mano. Se la tiende. Ella la aferra con una fuerza sorprendente.

—George...

—¿Sí?

—¿Te quedarás hasta que venga?

—Claro que sí.

Se aferra a él con más fuerza. No pretende ser afectuosa ni comunicar nada. No se está asiendo a un semejante. La mano de George no es más que algo a lo que agarrarse. Él no se atreve a preguntarle por el dolor. Teme desatar un horror obscuro—algo visible, tangible y nauseabundo— allí mismo, entre ellos, en la habitación.

Pero también siente curiosidad. La última vez, la enfermera le contó que Doris había hablado con un sacerdote. (Recibió una educación católica). Y, en efecto, en la mesita que hay junto a la cama tiene un librito bonito y llamativo, como una felicitación de Navidad: *Viacrucis*... ¡Ay!, pero cuando el sendero se estrecha hasta la anchura de esta cama, cuando en el horizonte no se divisa nada conocido, ¿cómo atreverse a desdeñar a un guía, sea quien sea? Quizá Doris haya aprendido algo sobre el viaje que la aguarda. Pero suponiendo que así sea, aun si reúne el coraje para preguntárselo, nunca podrá contarle lo que sabe, pues sólo se podría expresar en el idioma del lugar adonde se encamina. Y ese idioma—aunque algunos de nosotros lo hablamos con desenvoltura—carece de significado en nuestro mundo, y en nuestras bocas no es más que un montón de palabras.

Aquí está la enfermera, sonriendo en el umbral.

—¡Hoy soy puntual, ya ve!—Trae una bandeja con la aguja hipodérmica y las ampollas.

—Yo me voy—dice George, levantándose al momento.

—No tiene por qué—contesta la enfermera—. Quédese fuera un momento. No tardaré nada.

—De todos modos, ya me iba—insiste George, sintiéndose culpable, como ocurre siempre que uno abandona la habitación de un enfermo. No es que Doris lo haga sentirse culpable. Parece haber perdido todo interés en él. Mira atentamente la aguja que sostiene la enfermera.

—No se ha portado bien—dice la enfermera—. No hay manera de que coma. ¿No es verdad, Doris?

—Bueno, hasta pronto, Doris. Nos vemos en un par de días.

—Adiós, George. —Doris ni siquiera lo mira, y el tono de su voz es de total indiferencia. Él se dispone a abandonar su mundo y, por lo tanto, deja de existir para ella. Le toma la mano y la aprieta, pero Doris no reacciona. Sigue contemplando la brillante aguja que se le aproxima.

¿Habrá querido decir *adiós* realmente? Es posible, pronto será de verdad. Mientras sale de la habitación, George la mira una vez más por encima del biombo, tratando de captar, de fijar en la memoria un recuerdo cualquiera, de tomar conciencia de la ocasión o, al menos, de su posibilidad: la última vez que la vio con vida.

Nada. No significa nada. No siente nada.

Hace un momento, mientras estrechaba la mano de Doris, George se ha dado cuenta de algo: ya no hay rastro de la mujer que trató de arrebatarle a Jim en ese maniquí marchito, y junto a ella se ha desvanecido también el odio que sentía. Hasta agotar la última gota de ese odio, tan ínfima y

preciada, George aún pudo encontrar en Doris un vestigio de Jim. Pues también odió a Jim, casi tanto como a ella, los días que pasaron juntos en México. Ése era el vínculo que lo unía a Doris, y ahora se ha roto. Otro poco de Jim que ha perdido para siempre.

Mientras recorre el bulevar en coche, el viento helado mece los aparatosos adornos navideños, renos y cascabeles que penden de cables tendidos de árboles de Navidad metálicos a ambos lados de la calle. Pero no son más que reclamos navideños pagados por los comerciantes del barrio. Los clientes abarrotan las tiendas y las aceras con expresión algo desconcertada, y los ojos, como botones relucientes, les brillan de cinismo festivo. Hace apenas un mes, antes de que Nikita Jrushchov accediera a retirar sus misiles de Cuba, se apiñaban en las tiendas y dejaban las estanterías limpias de alubias, arroz y otros víveres, casi todos inútiles en caso de tener que sobrevivir a un ataque aéreo, ya que para prepararlos se necesita bastante agua. Bien, por esta vez los compradores han salido ilesos. ¿Acaso están contentos? Son demasiado obtusos para eso, los pobres. Ni cuenta se dieron. Sin duda alguna, debido a las compras realizadas presa del pánico, ahora disponen de menos dinero para los regalos. Pero les basta. Según los comerciantes, será una buena campaña de Navidad. Todos pueden permitirse gastar un poco, excepto, quizá, los jóvenes buscavidas—reconocibles de inmediato para ojos expertos como los de George—, que, con mala cara, se paran en las esquinas o miran fijamente al interior de las tiendas con la máxima visión periférica.

George no desprecia, ni mucho menos, a sus compañeros del género humano. Por muy groseros, materialistas, torpes y rastreros que sean, él se enorgullece, se alegra, lo embarga una felicidad casi escandalosa al poder contarse entre sus filas, las filas de esa maravillosa minoría: los vivos. Porque las personas que abarrotan las aceras no saben la suerte que tienen, pero George sí se da cuenta de la suya—al menos durante un rato—, pues viene de estar en la glacial presencia de la mayoría, a la que Doris está a punto de unirse.

«Estoy vivo—se dice—, ¡estoy vivo!», y la energía vital brota ardiente en su interior, y el placer, y el apetito. ¡Qué gusto habitar un cuerpo—aunque sea esta vieja y desvencijada carcasa—de sangre caliente, semen vivo, médula abundante y carne sana! No hay duda de que los ceñudos jóvenes de las esquinas lo consideran un viejo chocho o, en el mejor de los casos, una víctima en potencia, pero él todavía presume de un lejano parentesco con la fuerza de sus jóvenes brazos, hombros y riñones. Por unos cuantos dólares puede conseguir que cualquiera de ellos se suba al coche y lo acompañe a casa, se quite la cazadora de cuero, los ceñidos Levis, la camisa y las botas vaqueras, y que ese joven atleta enfurruñado y en cueros participe en un combate de lucha libre de su gusto. Pero George no desea comprar los cuerpos reticentes de esos chicos. Desea disfrutar de su propio cuerpo: el cuerpo viejo, curtido y triunfante de un superviviente. El cuerpo que ha sobrevivido a Jim y que sobrevivirá a Doris.

De camino a casa, a pesar de que no es uno de los días en que acostumbra a hacerlo, decide pasar por el gimnasio.

En el vestuario, George se desviste y se pone calcetines de deporte, suspensorio y pantalones cortos. ¿Se pondrá camiseta? Se mira en el espejo alargado. No está mal. Hoy no se le notan tanto los michelines a la altura de la cintura. Las piernas tampoco están nada mal. Los pectorales, si los tensa adecuadamente, no parecen flojos. Y como no lleva las gafas, no puede apreciar las pequeñas arrugas que tiene en los codos, por encima de la rótula y en torno al vientre metido hacia dentro. Bajo cualquier circunstancia, sin importar cómo le dé la luz, el cuello está flácido y

esmirriado, y seguiría pareciéndole horrible aunque fuera medio ciego. Ha renunciado totalmente al cuello, como si se tratara de una posición estratégica indefendible.

Y sin embargo su aspecto—¡y bien que lo sabe!—es mejor que el de la mayoría de hombres de edad similar del gimnasio. No es que no estén en forma: en general son individuos bastante saludables. Lo que les falla es su aceptación fatalista de la madurez, su vil resignación a la condición de abuelo, a la jubilación inminente y al golf. George se diferencia de ellos porque, en cierto sentido difícil de definir pero que salta a la vista cuando se le contempla desnudo, *no se ha rendido*. Él sigue luchando y ellos no. Quizá no sea nada misterioso sino la simple vanidad lo que le confiere ese aire de muchacho marchito. Sí, ocasionalmente, tras las arrugas, la carne flácida, el pelo entrecano, la vitalidad fingida y la mueca de los labios, se puede adivinar el fantasma de otra persona de rasgos delicados, juveniles y atractivos. La combinación es extraña, parece más vieja que la propia madurez, pero es real.

Mirándose al espejo severamente, asqueado pero irónico, George se dice: ¡tú, vejestorio!, ¿a quién pretendes seducir? Y se pone la camiseta.

En el gimnasio sólo hay tres personas: los oficinistas suelen llegar más tarde. Un hombre corpulento llamado Buck—todo lo que queda, a los cincuenta años, de un futbolista—habla con un muchacho de pelo rizado llamado Rick, un aspirante a actor de televisión. Buck está casi desnudo: su prominente barriga sobresale indecente por encima de una especie de bikini, haciéndolo caer prácticamente hasta el pubis. Parece no tener pudor alguno. En cambio, Rick, que tiene un cuerpo bien formado y musculoso, lleva una sudadera de lana gris y unos pantalones que lo cubren entero, del cuello a las muñecas y los tobillos.

—¿Qué hay, George?—dicen ambos, asintiendo con la cabeza, y a George le parece el saludo más amable y sincero que ha recibido en todo el día.

Buck lo sabe todo sobre la historia del deporte: es una enciclopedia de promedios de bateo, hándicaps, récords y puntuaciones. Ahora explica cómo fulano se impuso a mengano en el séptimo asalto. Hace la mímica del fuera de combate:

—¡Zas!, ¡zas! ¡Dios, se ha llevado una buena!

Rick le escucha, sentado a horcajadas en un banco. Aquí siempre reina una atmósfera distendida. Un chico como él pasa tres o cuatro horas en el gimnasio, y dedica la mayor parte a cotorrear sobre el mundo del espectáculo, sobre coches deportivos, sobre fútbol y boxeo—raras veces, aunque parezca extraño, sobre sexo, en parte, quizá, en consideración a todos los niños y adolescentes que suelen rondar por allí—. Cuando Rick habla con adultos corre el riesgo de ir de listo o mostrarse fanfarrón, pero con los críos se desenvuelve con la naturalidad de un tonto de pueblo. Hace el payaso y trucos de magia y les cuenta historias absurdas sobre una tienda de Long Beach—da la dirección exacta—donde, muy de vez en cuando, de repente y sin previo aviso, organizan el Día de las Gangas. Durante esos días, todo cliente que se gaste más de un dólar se lleva un Jaguar, un Porsche o un MG de regalo. (El resto del tiempo, el establecimiento es una tienda normal de antigüedades). Cuando algún crío reta a Rick a que le enseñe el coche que le ha tocado, los hacer salir a todos a la calle y les señala el que le parece más adecuado. Si comprueban el registro de la matrícula y averiguan que pertenece a otra persona, Rick jura que en realidad se llama así, pero que también tiene un nombre artístico. Los críos no saben si creerle o no, y aun así gritan que es un mentiroso y un chiflado y le golpean con los puños. Mientras tanto, con una sonrisa de oreja a oreja, Rick recorre el gimnasio a cuatro patas como si fuera un perro.

George se tumba en un banco inclinado para hacer abdominales. Algo así requiere siempre

cierta persuasión: es el ejercicio que más aborrece el cuerpo. Mientras se mentaliza, Webster se acerca y se tumba en el banco de al lado. Es un chico de doce o trece años, esbelto, grácil y alto para su edad, de largas y bonitas piernas. Es amable y tímido, y deambula por el gimnasio como en sueños, pero es constante en su tarea. Sin duda, se considera escuálido y se ha propuesto convertirse en un auténtico forzado, torpe y corpulento.

—¡Hola, Web!—dice George.

—¡Hola, George!—contesta Webster en un tímido susurro.

Webster inicia su tanda de abdominales, y George siente el impulso repentino de quitarse la camiseta con el fin de seguir su ejemplo. Mientras continúan, George tiene la impresión de que entre ellos surge cierta empatía. No compiten, pero la juventud y agilidad de Webster parecen adueñarse de George, y esta energía prestada resulta maravillosa. George desvía su atención de sus propios músculos, que se rebelan, y se concentra en el cuerpo ora contraído, ora relajado de Webster, absorbiendo así una energía que le permite superar sus cuarenta flexiones habituales y alcanzar las cincuenta, sesenta, setenta, ochenta... ¿Intentará llegar a las cien? De pronto, se da cuenta de que Webster ha parado. La fuerza lo abandona súbitamente. Se detiene también, jadeando con fuerza, pero no más de lo que jadea Webster. Yacen así, uno junto a otro, resoplando. Webster vuelve la cabeza y mira a George, claramente impresionado.

—¿Cuántas haces normalmente?—pregunta.

—Eh, depende del día.

—¡Esto acabará conmigo, tío!

¡Qué maravilla! ¡Ojalá uno pudiera pasar toda la vida en este estado de relajada democracia física! Aquí nadie es malintencionado, ni malhumorado, ni entrometido. La vanidad, incluidas las posturas más extravagantes frente al espejo, se da por sentada. El joven jugador de béisbol con cuerpo de dios confiesa a todo el mundo su preocupación por la delgadez de sus tobillos. El banquero rollizo, mientras se embadurna la cara con crema hidratante, dice simplemente: «No puedo permitirme envejecer».

Nadie es perfecto y nadie pretende serlo. Ni siquiera se da aires la media docena de actores relativamente conocidos. En la sauna, los críos se sientan, desnudos en toda su inocencia, junto a hombres de sesenta y setenta años, y se dirigen unos a otros por sus nombres de pila. Nadie es tan repulsivo ni tan guapo como para no ser aceptado como un igual. ¿No será que aquí dentro la gente es más agradable que fuera?

Hoy a George le cuesta más de lo habitual irse del gimnasio. Hace el doble de ejercicios de los que debe, se demora en la sauna, se lava el pelo.

Cuando vuelve a salir a la calle, está empezando a oscurecer. Y entonces toma otra decisión impulsiva: en lugar de ir en coche directamente a la playa, dará un largo rodeo por las colinas.

¿Por qué? En parte porque quiere disfrutar del sosiego y el bienestar que casi siempre le produce ir al gimnasio. ¡Qué gusto sentir el cuerpo tan satisfecho y agradecido! Por mucho que proteste, le encanta que lo obliguen a realizar todos esos ejercicios. Ahora, al menos durante un rato, el nervio vago no se pinzará, el píloro no le causará molestias, la artritis de los pulgares y la rodilla no se dejará sentir. ¡Y qué relajante, ahora que no necesita estimulantes, no tener que odiar a nadie! George espera mantener este estado de ánimo mientras conduce.

Además, quiere echar otro vistazo a las colinas; hace mucho que no va. Años atrás, antes incluso de conocer a Jim, cuando acababa de llegar a California, George iba a menudo a las colinas. Le fascinaba el carácter agreste de la zona, casi deshabitada, que se alza imponente a las

afueras de la ciudad. Le emocionaba sentirse un extranjero, un intruso adentrándose en un paisaje extraño y primitivo. Llegaba al atardecer o a primera hora de la mañana, aparcaba y vagaba por los senderos cortafuegos; avistaba ciervos que se internaban en la maleza de un desfiladero, se detenía a contemplar un halcón volando en círculos en el cielo, avanzaba prudente esquivando las velludas tarántulas que se cruzaban en su camino y seguía en la arena rastros zigzagueantes hasta encontrar una serpiente de cascabel enroscada y adormecida. A veces, en la penumbra del amanecer, se encontraba con una manada de coyotes avanzando en fila india hacia él con las colas caídas. La primera vez los tomó por perros; pero de pronto, sin emitir sonido alguno, rompieron filas y corrieron colina abajo a grandes saltos.

No obstante, esta tarde George no vuelve a sentir ni la emoción ni el asombro de antaño; algo va mal desde el principio. La carretera empinada y llena de curvas que entonces le parecía romántica ahora es sólo incómoda y peligrosa. No hace más que cruzarse con otros coches que lo hacen virar bruscamente; para cuando llega a lo alto ha perdido toda la calma. Incluso allí arriba están construyendo docenas de casas nuevas; la zona se está convirtiendo en residencial. Es cierto que quedan algunos desfiladeros deshabitados, pero George no logra disfrutar de ellos: la presencia de la ciudad allá abajo le agobia. Ésta ha crecido a ambos lados de las colinas, al norte y al sur, y se ha extendido por toda la llanura. Ha ocupado los vastos terrenos de pasto y los ranchos, y los últimos reductos de naranjos; ha desecado los lagos circundantes y ha acabado con los bosques de las altas montañas. Pronto beberá agua de mar desalinizada. Y sin embargo morirá. No harán falta misiles para destruirla, ni que una nueva era glacial la congele o que un fuerte terremoto la resquebraje y la sumerja en el Pacífico. Sucumbirá al exceso de crecimiento. Perecerá porque se secarán sus únicas raíces: la arrogancia y la codicia. Y el desierto, que es el estado natural de esta tierra, regresará.

¡Ay, con cuánta tristeza y seguridad lo sabe George! Detiene el coche y, de pie junto a un madroño en el sucio y amarillento arcén de la carretera, mientras contempla Los Ángeles como un triste profeta judío que anuncia calamidades, se pone a mear. «Cayó, cayó Babilonia, la grande». Pero esta ciudad no es grande, no lo fue nunca, y está a punto de caer.

Se sube la cremallera del pantalón, se monta en el coche y se marcha, totalmente deprimido. Las nubes se arremolinan sobre las colinas, dándoles un aire norteño y triste que le recuerda a Gales. Declina el día, y en el cielo nocturno las estrellas se iluminan como falsas piedras preciosas sobre la llanura; George vuelve a tomar la carretera serpenteante que, acercándose al océano, lo conduce hacia Sunset Boulevard.

El supermercado aún está abierto; no cerrará hasta medianoche. Emite una luz radiante que ofrece amparo contra la soledad y las tinieblas. Uno podría pasar horas allí, a salvo de la inseguridad, meditando acerca de la gran oferta de comestibles. ¡Santo cielo, cuántos hay! Tantas marcas en envases relucientes que nos prometen algo delicioso. Los artículos de las estanterías nos llaman a gritos: ¡llévame!, ¡llévame!; y la mera competencia de sus reclamos puede hacernos creer que se nos desea, incluso que se nos ama. Pero ¡cuidado!, porque de vuelta en tu solitaria habitación descubrirás que el halagador duende de la publicidad te ha tomado el pelo; que lo que queda no es sino cartón, celofán y comida, y la decepción te quita el apetito.

Este lugar resplandeciente no es realmente un refugio. Pues, emboscados entre las botellas, los envases de cartón y las latas, acechan recuerdos asombrosamente vívidos de todas las comidas que compró, preparó y compartió con Jim. Apuñalan a George mientras pasa empujando el carrito.

¿Acaso nos sentiríamos realmente solos si siempre comiéramos acompañados?

Pero ¿no resulta terriblemente peligroso decir «no cenaré solo esta noche»? ¿No es quizá el inicio de una caída en picado? Uno pasa de comer en la barra de los restaurantes y beber en los bares a beber en casa sin probar bocado, a caer en la desesperación y recurrir a los somníferos y la inevitable sobredosis final. Pero ¿quién me obliga a ser valiente?, pregunta George. ¿Acaso me necesita alguien? ¿A quién le importo?

Nos estamos poniendo llorones, dice, mientras intenta decidirse entre el bacalao, la lubina, el solomillo o el bistec. Todos le dan náuseas y, acto seguido, una rabia repentina. Al diablo con la comida. Al diablo con la vida. Le gustaría abandonar el carrito, pero ya está lleno de provisiones y les daría más trabajo a los dependientes, uno de los cuales es guapo. La alternativa—es decir, volver a poner él mismo todas las cosas en su sitio—le parece uno de los trabajos de Hércules, pues ya ha caído sobre él la abrumadora desgana de la tristeza. La desgana que hace que uno se quede en la cama hasta ponerse enfermo.

Empuja pues el carrito hasta la caja, paga, se detiene camino del aparcamiento, entra en una cabina telefónica y marca un número.

—¿Diga?

—Hola, Charley.

—¡Geo!

—Verás... ¿Estoy a tiempo de cambiar de idea? Sobre lo de esta noche. Verás, cuando me has llamado esta mañana..., creía que había quedado..., pero me acaban de decir que...

—¡Claro que estás a tiempo!

Ni siquiera se molesta en escuchar las falsas excusas de George. La alegría de la mujer alcanza a George de inmediato, incluso antes que sus palabras, a través de la espiral del cable telefónico. Y de repente Geo y Charley están unidos, se han convertido en otra de las afortunadas parejas de la tarde, plagada de vagabundos solitarios. Si alguno de los dependientes le estuviera observando, vería que se le ilumina la cara al otro lado del cristal, llena de alegría como la de un enamorado.

—¿Necesitas algo del supermercado? Estoy haciendo la compra...

—¡Ah, no..., no, gracias, Geo, cariño! Tengo montones de comida. Parece que últimamente siempre compro demasiada. Supongo que será porque...

—Llego enseguida. Tengo que pasar un momento por casa. Hasta ahora...

—Ay, Geo..., ¡qué bien! *Au revoir!*

Pero es tan retorcido que antes siquiera de haber terminado de descargar las compras en el coche ya se le han pasado las ganas. ¿De verdad quiero verla?, se pregunta; y luego: ¿por qué diablos la he llamado? Imagina la velada que podría haber pasado en casa, cómodamente, preparando la comida que ha comprado, tumbándose después en el sofá junto a la librería a leer hasta caer rendido de sueño. A primera vista, puede parecer una encantadora escena de felicidad doméstica. Tarda unos instantes en advertir la omisión que la vuelve carente de sentido. Lo que falta en la estampa es Jim, echado al otro lado del sofá, leyendo también; ambos absortos en la lectura, y sin embargo plenamente conscientes de la presencia del otro.

De vuelta en casa, cambia el traje por una camisa caqui que compró en una tienda de excedentes del ejército, vaqueros desteñidos, mocasines y un suéter. (De vez en cuando duda de

este atuendo: ¿no dará la impresión de que se viste así para parecer más joven? Pero Jim solía decirle que no, que le quedaba de maravilla, que le daba cierto parecido a Rommel vestido de calle. A George le encantaba).

Justo cuando se dispone a salir de casa otra vez, llaman a la puerta. ¿Quién podrá ser a estas horas?

¡La señora Strunk!

(¿Qué habré hecho esta vez para que venga a quejarse?).

—Ah, buenas tardes. —Es evidente que está nerviosa y cohibida; demasiado consciente de haber cruzado la frontera del puente y encontrarse en territorio enemigo—. Sé que es muy de sopetón, pero hace tiempo que quería..., queríamos preguntarle... Sé lo ocupado que está siempre..., pero hace tanto tiempo que no nos reunimos... y nos preguntábamos si querría tomar una copa con nosotros.

—¿Ahora mismo?

—Pues sí. Ahora estamos los dos en casa.

—No sabe cuánto lo lamento, pero justo iba a salir.

—Ah, está bien. Me imaginaba que no tendría tiempo, pero...

—Pero, escuche—dice George, y lo dice de todo corazón: la invitación le ha sorprendido gratamente—, de verdad que me gustaría. Y mucho. ¿Podríamos dejarlo para otra ocasión?

—Claro, por supuesto...—La señora Strunk no le cree. Sonríe con tristeza.

De pronto, a George le parece muy importante convencerla.

—Me encantaría tomar una copa con ustedes. ¿Qué tal mañana?

Se le ensombrece el rostro:

—Ah, mañana. El caso es que mañana no nos va bien. Verá, vienen de visita unos amigos del Valle, y...

Y quizá notarían algo raro en mí, y vosotros os avergonzaríais, piensa George, está bien, está bien.

—Lo entiendo perfectamente—dice—, pero quedemos pronto, ¿le parece?

—Sí, por supuesto—asiente ella con vehemencia—, muy pronto...

Charlotte vive en Soledad Way, una callejuela empinada donde por la noche aparcan tantos coches que dos conductores apenas tienen sitio para cruzarse. Si uno llega cuando los vecinos ya han regresado del trabajo, lo más probable es que se vea obligado a aparcar a varias manzanas de distancia, al pie de la colina. Pero esto no es ningún problema para George, ya que hay menos de cinco minutos andando desde su casa a la de Charley.

Ella vive en lo alto de la colina, al final de tres tramos de escalones de madera rústicos y desiguales, setenta y cinco en total. A nivel de la calle hay una choza en ruinas que hace las veces de garaje. Charlotte la tiene repleta de baúles destartados y cajas de trastos. Jim solía decir que tenía el garaje tan abarrotado para no tener coche. Sea como sea, se niega a aprender a conducir. Si tiene que ir a algún sitio y no encuentra a nadie que la lleve, entonces, qué se le va a hacer, no va. Pero sus vecinos casi siempre la ayudan; los tiene completamente intimidados y cautivados por el hecho de ser británica, algo que también George sabe aprovechar, aunque a su manera.

La casa contigua a la de Charlotte se encuentra a nivel de calle. Nada más empezar a subir las escaleras, uno alcanza a ver el sórdido interior a través de la ventana del cuarto de baño (hay que

admitir que Soledad Way queda bastante por debajo de Camphor Tree Lane en lo que respecta al nivel económico): de la bañera cuelgan bragas y pañales, de la ducha un enema vaginal, y en el suelo hay un desatascador. En este momento no hay niños a la vista, pero se nota que han pisoteado la ladera de la colina por encima de la casa hasta convertirla en una superficie resbaladiza y dura como un ladrillo en la que sólo sobreviven algunos cactus. En lo alto de la pendiente han construido un artefacto parecido a una horca, del que cuelga una red de baloncesto.

La parte de colina que corresponde a Charlotte aún puede llamarse un jardín. Algunos de los rosales de las terrazas están en flor, aunque por desgracia están descuidados. Cuando Charley pasa por una de sus crisis depresivas, incluso las pobres plantas sufren las consecuencias. Han crecido hasta convertirse en una maraña de largos brotes espinosos rodeada de malas hierbas.

George sube despacio, tomándose con calma. (Sólo los jovencitos no se avergüenzan de llegar sin aliento). Las escaleras exteriores son típicas en el barrio. Algunas conservan los mensajes que los colonos, bastante bohemios, pintaron en los escalones y que, según parece, iban dirigidos a los invitados borrachos que subían a cuatro patas. TODO RECTO. ¡ÁNIMO! ESTÁS EN BAJA FORMA, CAMPEÓN. ¡NI SE TE OCURRA MORIRTE AQUÍ! ¿NO ES ESTO UNA DELICIA?

Las escaleras se han convertido, en cierta forma, en el instrumento de la venganza póstuma de los colonos sobre quienes los han suplantado: las modernas amas de casa, pues suponen un reto para cualquier electrodoméstico. A no ser que uno recurra a los servicios de una grúa gigante, la única manera de subir las cosas es a mano. Hicieron falta auténticos forzudos que juraban como carreteros para subir y arrastrar hasta la casa la nevera, la cocina, la bañera y el resto del mobiliario de Charley. Una vez arriba, le exigían recargos y esperaban propinas triples.

Charley sale a recibirlo cuando George está cerca de la entrada. Como de costumbre, ha estado pendiente de su llegada, temiendo sin duda que cambiara de planes en el último momento. Se encuentran en el porche de madera, diminuto e inseguro, frente a la puerta, y se abrazan. George siente el tacto del cuerpo de ella, suave y voluminoso, contra el suyo. Luego, de repente, Charley le da una palmadita en la espalda y se aparta, como para demostrarle que no va a pasarse de cariñosa; ella sabe cuándo es suficiente.

—Adelante—dice.

Antes de seguirla, George echa un vistazo al otro lado del pequeño valle, a la hilera de farolas del paseo marítimo, donde empiezan la playa y el oscuro e invisible océano. Hace una noche cálida y sin viento, y jirones de niebla marina amortiguan las luces de las casas de abajo. Desde el porche, cuando la niebla es muy densa, no se divisan las casas y las luces se vuelven borrosas; entonces, el nido de Charlotte parece un lugar maravilloso, alejado del resto del mundo.

Es una simple caja rectangular, una de las casas prefabricadas que se construyeron inmediatamente después de la guerra. En los periódicos se hablaba de ellas con entusiasmo, las proclamaron los hogares del futuro, pero no llegaron a tener éxito. El suelo del salón es de tatami y la decoración parece sacada de un bazar oriental. Junto a la puerta hay un farol de salón de té, campanillas en las ventanas, y sujeta a la pared con chinchetas una enorme cometa roja en forma de pez. Dos pinturas en rollo de pergamino: uno en el que un tigre indiscutiblemente japonés gruñe a un águila (¿americana?) a punto de abatirse sobre él, y otro de un iluminado taoísta, de cuya barbilla nacen seis pelos larguísimos, sentado bajo un árbol. Hay tres sofás bajos cubiertos de almohadones de seda de colores vivos, demasiado pequeños para ser de utilidad pero perfectos como armas arrojadas.

—¡Pero bueno! ¡Cómo huele aquí a comida!—exclama Charlotte. Y es cierto. Cortésmente, George indica que es un olor delicioso y que le abre el apetito—. La verdad es que estoy probando una receta nueva de estofado. He sacado la idea de una guía de viajes estupenda que Myrna Custer me acaba de traer de Borneo. Lo que pasa es que el autor es un tanto impreciso y he tenido que improvisar un poco. Vaya, él no lo dice a las claras, pero tengo la sospecha de que se hace con carne humana. Yo he usado unas sobras que tenía de...

Es bastante más joven que George—va a cumplir cuarenta y cinco—pero, como él, es ya una superviviente. Y, como tal, tiene la obstinación típica de los que han sido maltratados por la vida. A juzgar por algunas fotografías, fue bastante bonita mientras sus grandes ojos grises se combinaron con una tez rosada, tersa y juvenil. Ahora la pobre tiene las mejillas hinchadas y rojizas, y el pelo, que en otro tiempo debió de dibujar una encantadora aureola alrededor de su cara, más bien despeinado. Pero aún no se ha rendido. Su forma de vestir delata una especie de grotesca gallardía, desacertada pero conmovedora; lleva una blusa de campesina bordada de colores atrevidos, rojo, amarillo y violeta, remangada a la altura de los codos y una falda mexicana bastante agitanada que, como si de una manta se tratara, se ata a la cintura con un cinturón vaquero tachonado en plata, cosa que no la favorece lo más mínimo. ¡Ah!, y si va a llevar sandalias, ¿por qué no se hace la pedicura? (Quizá es que aún conserva una pizca del puritanismo de clase la media de los Midlands). Una vez, refiriéndose a un atuendo parecido, Jim le dijo en broma: «Veo que has adoptado la vestimenta de los nativos, Charley». Ella se rio, nada ofendida, pero no entendió la broma. Y sigue sin entenderla. Según ella, los californianos se visten así en su tiempo libre, y realmente es incapaz de advertir que no se parece en nada a lo que lleva su vecina, la señora Peabody.

—¿Te he contado ya, Geo...? No, creo que no. Me he hecho dos propósitos de Año Nuevo, aunque en realidad ya los he empezado a poner en práctica. El primero es reconocer que odio el *bourbon*. —Lo pronuncia como la dinastía francesa, no la bebida—. He fingido que me gustaba desde que llegué a este país... sólo porque Buddy lo bebía. ¡Pero seamos realistas!, ¿a quién pretendo engañar ahora?—Se esfuerza en sonreír abiertamente para tranquilizar a George: no, no se va a poner triste por mencionar a Buddy; y sigue hablando a toda prisa—: Además, me he propuesto dejar de negar la dichosa acusación según la cual las mujeres cargamos demasiado las copas, ¡porque es verdad, maldita sea! Supongo que está relacionado con nuestro afán de satisfacer a todo el mundo... Vamos a empezar el nuevo régimen ahora mismo, ¿de acuerdo? Ven, prepara las copas, la tuya y la mía; yo quiero un vodka con tónica, por favor.

Está claro que ya se ha tomado por los menos dos. Enciende un cigarrillo con manos torpes. (El cenicero indonesio está repleto, como siempre, de colillas con marcas de pintalabios). Luego lo conduce a la cocina con sus particulares andares de pingüino, casi cojeando, como si caminara con la rigidez propia de la artritis.

—Has sido muy amable al venir esta noche, Geo.

Él sonríe como le corresponde, pero no dice nada.

—Has faltado a tu otra cita, ¿verdad?

—¡No! Ya te lo he dicho por teléfono: la han cancelado ellos a última hora...

—¡Ay, Geo, querido, déjate de tonterías! ¿Sabes?, a veces me parece que cuando haces algo amable de verdad te avergüenzas enseguida. Sabías perfectamente lo mucho que necesitaba que vinieras esta noche y has faltado a la cita. En cuanto abriste la boca, me di cuenta de que estabas diciendo una mentirijilla. Tú y yo no nos podemos engañar fácilmente: hace tiempo que me di

cuenta. ¿Tú no, después de tantos años?

—Parece mentira—asiente él, sonriendo mientras piensa en lo absurda y disparatada que resulta la noción, por popular que sea, de que nuestros mejores amigos son por fuerza quienes mejor nos comprenden. ¡Como si no hubiera ya comprensión de sobra en el mundo!; sobre todo esa comprensión entre los amantes, tan celebrada en la música y la literatura, que en realidad supone tal tortura que no hay pareja que la tolere sin separaciones y peleas constantes. Charley, querida, piensa mientras prepara las copas en el desorden de la cocina, no demasiado limpia, ¿cómo habría sobrevivido a estos últimos años sin tu maravillosa falta de percepción? ¿Cuántas veces, cuando Jim y yo habíamos reñido y veníamos a visitarte (enfadados, evitando mirarnos, dirigiéndonos el uno al otro sólo a través de ti), conseguiste reconciliarnos por el mero hecho de ignorar que algo iba mal?

Y ahora, mientras George sirve el vodka—a ella sólo un poco, pues hay que frenarla—y el whisky escocés—más cargado para él, a ver si se pone a tono—, se siente presa de ese sentimiento tan misterioso que sin embargo no tiene nada de sorprendente—no es dicha, ni éxtasis, ni alegría—, la simple felicidad: *das Glück, le bonheur*, la felicidad[3]—un género distinto en cada lengua, si bien hay que admitir, aunque sea a regañadientes, que son los españoles quienes tienen razón: habitualmente es femenina, es decir, la crean las mujeres—. Charley la genera con asombrosa frecuencia; otra cosa de la que, sin duda, no es consciente, ya que puede hacerlo incluso cuando ella misma se siente desgraciada. En cuanto a George, su felicidad es profundamente egoísta: disfruta de ella tan tranquilo aunque Charley esté depre por Buddy o preocupada por Fred (está claro que esta noche se está cociendo algo de eso). No obstante, también hay ocasiones desafortunadas en las que uno debe aguantar la depre de Charlotte sin gozar de felicidad alguna, cosa que resulta tremendamente aburrida. Pero esta noche no. Esta noche se lo va a pasar bien.

Entretanto, Charlotte ha abierto el horno para echar un vistazo y lo ha vuelto a cerrar, anunciando que le faltan «veinte minutos más» con la seguridad de un chef, cosa que, Dios es testigo, ella no es en absoluto.

Mientras vuelven al salón con las bebidas, ella le dice:

—Fred me llamó ayer por la noche, tarde. —Lo dice en su particular tono de alarma, sin sobresaltarse, contenida.

—¿Sí?—George se las arregla para sonar lo bastante sorprendido—. ¿Dónde está?

—En Palo Alto. —Charlotte se sienta en el sofá bajo el pez de papel, afectando dramatismo, como si hubiera dicho «en Siberia».

—Palo Alto... Ya ha estado allí antes, ¿no?

—Pues claro. Es donde vive la chica esa. Está con ella, por supuesto... Tengo que dejar de decir «la chica esa». Tiene nombre como todo el mundo y no puedo fingir que no sé cuál es: Loretta Marcus. De todas formas, no es asunto mío con quién está Fred ni lo que hacen juntos. A la madre de ella parece no importarle. En fin, qué más da... Hablamos un buen rato. Esta vez ha sido muy amable y se ha mostrado bastante comprensivo con nuestra situación. Por lo menos me he dado cuenta del gran esfuerzo que hacía por... Geo, no tiene sentido que sigamos así. Él ha tomado una decisión, esta vez de verdad. Quiere dejarme definitivamente. —La voz le tiembla peligrosamente.

George dice sin convicción:

—Todavía es terriblemente joven.

—Es terriblemente viejo para la edad que tiene. Hace dos años ya habría podido arreglárselas solo si se hubiera visto obligado. Sólo porque sea menor no puedo tratarlo como a un niño..., quiero decir, recurrir a la ley para obligarlo a volver. Además, jamás me lo perdonaría...

—Otras veces ha cambiado de opinión.

—Ya lo sé. Sé que piensas que no se ha portado bien conmigo, Geo. No te culpo por pensar así. Quiero decir..., es lógico que estés de mi parte. Bueno, tampoco has tenido hijos... ¿No te importa que te lo diga, verdad Geo? Ay, lo siento de veras.

—No seas boba, Charley.

—Y aunque hubieras tenido hijos, no sería lo mismo. Esto de las madres y los hijos (sobre todo si has tenido que educarlo sin la ayuda de un padre) es un auténtico infierno. Por más que te esfuerces, todo lo que haces o dices te sale mal. Yo le agobio: eso me dijo una vez. Al principio no lo entendí (no podía aceptarlo), pero ahora sí (no me queda otra), y sinceramente creo que lo entiendo. Debe hacer su propia vida lejos de mí..., y aunque me lo pida, he de evitar verlo durante bastante tiempo... Lo siento, Geo... No quería ponerme así..., lo siento mucho...

George se acerca a ella en el sofá, la rodea con un brazo y, sin decir palabra, estrecha con delicadeza su cuerpo relleno y sollozante. No es que sea frío, ni insensible. Lamenta muchísimo la situación por el que está pasando Charley..., no obstante, la felicidad que sentía hace un rato sigue intacta, está muy a gusto. Con la mano que le queda libre se las arregla para darle un sorbo a su bebida, cuidando de que el movimiento pase desapercibido en el otro extremo de su cuerpo.

Pero qué extraño estar ahora aquí sentado, junto a una Charley sollozante, y recordar la noche en que recibió la llamada a larga distancia desde Ohio. Un tío de Jim, al que George no conocía, intentó ser comprensivo en un primer momento e incluso le reconoció el derecho a compartir una pequeña parte del sagrado dolor familiar; pero luego, conforme hablaban, se fue enfriando ante los lacónicos «sí, entiendo, sí» de George, ante el tajante «no, gracias» con que rechazó la invitación al funeral, y concluyó que, después de todo, quizá el compañero de piso del que tanto había oído hablar no había sido un amigo tan íntimo... Y luego, a los cinco minutos de haber colgado el teléfono, cuando le alcanzó la primera onda de choque y la noticia carente de sentido comenzó de pronto a cobrar significado, la demencial carrera colina arriba, dando traspies en la oscuridad, los golpes en la puerta de Charley, los gritos, los sollozos, los alaridos en su hombro, en su regazo, en ella; y Charley, que lo estrujaba, le acariciaba el pelo, le decía... lo que se suele decir en situaciones así... Ya avanzada la tarde siguiente, cuando se sacudió el sopor de los calmantes que ella le había dado, lo único que sintió fue indignación: te he traicionado, Jim, he traicionado nuestra vida en común, te he convertido en una historia lacrimógena de señoras. Pero era pura histeria: parte de la segunda onda de choque. Pronto pasó. Y entretanto Charley, bendito sea su perpetuo optimismo, se hizo cargo de la situación: cocinaba para él, le llevaba la comida a casa cuando él había salido, las fuentes envueltas en papel de estaño, listas para recalentar; le dejaba notas en las que insistía en que la llamara siempre que quisiera sin importar la hora, incluso de madrugada; ocultó la verdad tan bien a sus amigos que debieron pensar que Jim había huido de California por algún escándalo sexual..., hasta el punto de transformar la muerte de Jim en otra cosa, en un producto de su imaginación, en una gran farsa. (Ahora George sonríe para sí). Por supuesto que se alegra de haber recurrido a ella aquella noche. Porque aquella noche, sin saberlo, Charley le dio una lección que jamás olvidará: a saber, que no se puede traicionar—¡qué expresión tan idiota!—a ningún Jim, ni la vida con ningún Jim, por mucho que te lo propongas.

Los sollozos de Charlotte se han ido calmando. Después de un par de hipidos, dice de nuevo

«lo siento» y se detiene.

—No dejo de preguntarme cuándo empezaron a ir mal las cosas...

—¡Por el amor de Dios, Charley! ¿De qué te sirve eso?

—Si por lo menos Buddy y yo no nos hubiéramos separado...

—Nadie podrá decir que fue culpa tuya.

—Siempre es cosa de dos.

—¿Has sabido algo de él últimamente?

—Uy, sí, de vez en cuando. Aún viven en Scranton. Él está en paro. Y Debbie acaba de tener otro bebé; es el tercero, otra niña. No sé cómo se las arreglan. No quiero que me siga mandando dinero, aunque sea para Fred. Pero es tan terco, el pobre, cuando cree que algo es su deber... Bueno, supongo que ahora tendrán que acordarlo entre él y Fred. Yo ya no pinto nada...

Se produce una pausa sombría. George le da una palmadita en el hombro, intentando animarla.

—¿Qué tal si tomamos un par de copas rápidas antes del estofado?

—¡Creo que es una idea genial!—responde Charlotte, y ríe alborozada. Pero cuando George le coge el vaso, ella le roza la mano regresando por un instante a la autocompasión—. Eres tan bueno conmigo, Geo...—Sus ojos se inundan de lágrimas.

No obstante, él se las apaña para fingir que no se ha dado cuenta, y se aleja.

Si me hubiera atropellado a mí el camión, se dice mientras entra en la cocina, ahora sería Jim quien estaría aquí esta noche, y sería él quien cruzaría este umbral con los dos vasos en la mano. Las cosas son así de sencillas.

—Aquí estamos—dice Charlotte—, solos tú y yo. Tú y yo.

Están tomando café después de la cena. El estofado ha resultado un éxito, aunque no se diferenciaba gran cosa de los otros estofados de Charlotte; el único vínculo que tenía con Borneo era literario.

—Solos tú y yo—repite.

George le sonrío vagamente; aún no está seguro de si esto es el prelude de algo o de si se trata únicamente del sentimentalismo sentencioso que suscita el vino. Se han bebido botella y media entre los dos.

Pero luego, lentamente, pensativa, como si no fuera más que una reflexión femenina intrascendente, añade:

—Supongo que en un día o dos tendré que desocupar la habitación de Fred. —Una pausa—. Lo que quiero decir es que hasta que no lo haya hecho no seré consciente de que todo ha terminado. Uno tiene que hacer algo para convencerse. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, Charley. Creo que sí.

—Mandaré a Fred todo lo que necesite, por supuesto. Lo demás lo guardaré en algún sitio. Hay un montón de espacio en el sótano.

—¿Piensas alquilar la habitación?—pregunta George (porque si quiere llegar a alguna parte, lo mejor es ir al grano).

—¡Ah, no, no podría...! Al menos a un extraño. No le podría dar suficiente intimidad. Tendría que ser como de la familia... ¡Santo cielo!, tengo que dejar de utilizar esa expresión; es la costumbre... En cualquier caso, tú me entiendes, Geo. Tendría que ser alguien a quien yo conociera muy bien...

—Es lógico.

—¿Sabes? Es gracioso... En realidad, tú y yo estamos en el mismo barco. Nuestras casas se nos han quedado grandes y, al mismo tiempo, son demasiado pequeñas.

—Depende de cómo lo mires.

—Sí... Geo, cariño... Si te pregunto una cosa, no es que quiera meterme donde no me llaman, ni nada parecido...

—Dime.

—Ahora que..., bueno, ahora que ha pasado algún tiempo..., ¿continúas queriendo vivir solo?

—Nunca he querido vivir solo, Charley.

—¡Ay, bien que lo sé! Perdóname, no quería decir...

—Lo sé. No te preocupes.

—Sé perfectamente cómo te debes sentir en esa casa... Nunca has pensado en mudarte, ¿verdad?

—No..., al menos nunca en serio.

—No...—dice pensativa—. Supongo que no te gustaría. Imagino que vivir allí te hace sentir cerca de Jim. ¿No es así?

—Quizá sí.

Ella toma la mano de George y la estrecha un buen rato en señal de comprensión profunda. Entonces, al tiempo que apaga el cigarrillo en el cenicero, animosa ahora por los dos, dice radiante:

—¿Nos tomamos unas copas, Geo?

—Los platos primero.

—Pero, querido, ¡déjalos, por favor! Ya los fregaré yo por la mañana. De verdad, lo prefiero. Así tendré algo que hacer. Tengo tan pocas cosas...

—¡No hay nada que discutir, Charley! Si no me ayudas, lo haré solo.

—¡Ay, Geo...!

A la media hora vuelven a estar en el salón, con otra bebida en la mano.

—¿Cómo puedes pretender que no te gusta?—le pregunta, entre coqueta y burlona, con tono de reproche—. Lo echas de menos, te gustaría volver, y lo sabes. —Es uno de sus temas favoritos.

—¡Por favor, Charley, yo no pretendo nada! Sigues pasando por alto el hecho de que he vuelto varias veces, y tú no... Estoy totalmente dispuesto a admitir que cada vez que voy me gusta más. De hecho, ahora mismo, creo que probablemente es el país más extraordinario del mundo... por su maravillosa mezcla. Todo ha cambiado y, sin embargo, nada ha... Creo que nunca te lo he contado: el año pasado, en pleno verano, cuando Jim y yo estábamos allí, ¿recuerdas que viajamos por los Cotswolds? Bueno, una mañana íbamos en ese trencito que recorre la región y bajamos en un pueblo que parecía sacado de un poema de Tennyson: prados apacibles, vacas perezosas, tórtolas y olmos añosos, una casa solariega isabelina asomando entre los árboles. En el andén había dos mozos, vestidos como lo han hecho desde el siglo XIX. Sólo que eran negros de Trinidad. Y el interventor era chino. Casi me da un ataque de risa. Era el toque que le había faltado todos esos años. Por fin era un lugar perfecto.

—No estoy segura de si me gustaría ese detalle—dice Charlotte. Ha hecho flaquear la idea romántica que tiene de Inglaterra, como era de suponer. En realidad, sólo se lo ha contado para

hacerla rabiarse. Pero no se da por vencida. Quiere más. Está achispada y le apetece soñar despierta —. Y luego os fuisteis al norte, ¿verdad?—le apunta—, a ver la casa donde naciste.

—Sí.

—¡Cuéntamelo!

—¡Pero, Charley, si te lo he contado ya mil veces!

—¡Cuéntamelo otra vez, por favor, Geo!

Es insistente como una cría y a George le resulta difícil negarse, sobre todo después de unas cuantas copas.

—En sus tiempos fue una granja, ya sabes. La construyeron en 1649: el año en que decapitaron a Carlos I.

—¡1649! ¿Te imaginas, Geo?

—Hay otras granjas en los alrededores que son mucho más antiguas... Por supuesto, ha sufrido muchos cambios. Los dueños actuales (él es un productor de televisión de Manchester) han reformado prácticamente todo el interior. Han puesto una escalera nueva y otro cuarto de baño y han modernizado la cocina. Y hace unos días me escribieron contándome que ya tienen calefacción central.

—¡Qué espanto! Debería haber una ley que prohibiera estropear esas casas antiguas tan hermosas. Qué manía de modernizar las cosas... Seguro que les viene de este maldito país.

—¡No seas tonta, Charley querida! Tal y como estaba, la casa era inhabitable. Se construyó con una piedra de la región que parece absorber toda la humedad del aire. Y hay mucha en ese horrible clima. Hasta en verano las paredes solían estar frías y húmedas, y en invierno, si entrabas en una habitación en la que hacía días que no encendían el fuego, te morías de frío. La bodega, de hecho, olía a tumba. Los libros estaban llenos de moho, el empapelado de las habitaciones se desprendía continuamente y los marcos de los cuadros estaban moteados de manchas de humedad.

—Digas lo que digas, querido, siempre suena tan romántico, es una maravilla, ¡igual que en *Cumbres borrascosas*!

—Hoy en día es casi una zona residencial. Bajas por un pequeño sendero y ya estás en la carretera principal, por donde pasan cada veinte minutos autobuses hacia Manchester.

—Pero ¿no me dijiste que la casa está al borde los páramos?

—Bueno, sí..., así es. Eso es precisamente lo que la hace extraña. Es como si estuviera entre dos mundos... Cuando se asoma uno por la parte de atrás, desde la habitación donde, para ser exacto, nació, la vista no ha cambiado en absoluto desde que era pequeño. Apenas se divisan casas, sólo campo abierto, las tapias de piedra que lo atraviesan y, si acaso, unas pocas granjas que salpican de blanco el paisaje. Y, desde luego, los árboles que bordean el viejo corral los plantaron muchísimo antes de que yo naciera para proteger la casa; hace mucho viento allá arriba, en la cumbre; hayas gigantes hacen un ruido como de olas furiosas; es uno de los primeros sonidos que recuerdo... A veces me pregunto si es por eso que siempre he querido vivir cerca del mar.

Algo le pasa a George. Para complacer a Charley, ha empezado a recitar un conjuro que ahora parece haberse apoderado también de él. Es perfectamente consciente de ello..., pero ¿qué tiene de malo? Es divertido: hace que estar borracho adquiera una dimensión totalmente nueva. ¡Mientras sólo le oiga Charley! Ella suspira profundamente en señal de complicidad y placer, el placer del drogadicto cuando otra persona le confiesa que también está enganchada.

—En lo alto del páramo hay un pequeño pub, es la última casa del pueblo; en realidad está en el antiguo camino de carruajes que recorría las colinas, ahora prácticamente abandonado. Jim y yo solíamos ir por las tardes. Se llama The Farmer's Boy. Tiene el techo bajo y bien macizo, ya sabes, de ésos con vigas de roble combadas, y una gran chimenea. Las paredes están decoradas con cabezas de zorro disecadas, y un grabado de la reina Victoria montada en un poni, en los Highlands...

Charlotte disfruta tanto que hasta aplaude.

—¡Oh, Geo, es como si lo estuviera viendo!

—Una noche nos dejaron quedarnos hasta tarde porque era el cumpleaños de Jim. Bueno, cerraron la puerta y siguieron poniendo copas como si nada. Estábamos muy a gusto, y bebimos pintas y más pintas de Guinness, muchas más de las que realmente nos apetecían, sólo porque era ilegal. Y además había «un personaje» (así lo describían todos: «¡Menudo personaje!», decían) llamado Rex: una especie de beatnik rústico. Trabajaba de peón agrícola, pero sólo cuando no tenía más remedio. Empezó hablándonos con tono de superioridad, para impresionarnos. «¡Vosotros los yanquis vivís en un mundo de fantasía!», le dijo a Jim, pero luego se volvió mucho más amigable. De vuelta al hostel donde nos hospedábamos, beodos como cubas, Rex y yo descubrimos que teníamos algo en común: ambos nos sabíamos de memoria el poema «Vítæ Lampada» de Newbolt,^[4] que habíamos aprendido en la escuela. Así que no falta hace que diga que nos pusimos a recitar a voz en grito: «¡Vamos, vamos! ¡A jugar!». Y cuando llegamos a la segunda estrofa, la de las arenas del desierto empapadas en sangre, yo dije: «El coronel se ha encasquillado, la ametralladora está muerta», y Rex juró que era el mejor chiste que había oído en la vida, y Jim se sentó en la carretera, se llevó las manos a la cabeza y gruñó horrorizado...

—¿Quieres decir que no se lo estaba pasando bien?

—¿Qué Jim no se lo estaba pasando bien? ¡Como nunca en la vida! Durante un tiempo creí que jamás conseguiría llevármelo de Inglaterra. ¡Y no sabes cómo se enamoró de aquel pub! Hay que reconocer que el resto de la casa es muy bonito. En el piso de arriba hay una sala de estar a la que se podría sacar mucho partido. Y el jardín es grande. Jim quería que la compráramos, que viviéramos allí y lleváramos el negocio entre los dos.

—¡Qué idea más maravillosa! ¡Qué lástima que no pudierais!

—En realidad no habría sido imposible. Indagamos un poco y creo que habríamos podido persuadirlos de vender. Y no me cabe ninguna duda de que Jim habría aprendido a llevar el pub, como hacía con todo lo demás. Por supuesto, habríamos tenido que hacer muchos trámites, permisos y cosas así... Vaya si lo discutimos..., incluso hablamos de volver este año y estudiar la cosa con un poco más de detenimiento...

—Entonces..., si Jim no..., ¿realmente la habríais comprado y os habríais instalado allí?

—¿Quién sabe? Siempre estábamos haciendo planes. No solíamos contárselos a nadie, ni siquiera a ti. Quizá porque en el fondo sabíamos que eran locuras. Aunque, en realidad, locuras hicimos unas cuantas, ¿no? En fin, nunca lo sabremos... Charlotte, cariño, los dos necesitamos otra copa.

De repente oye a Charlotte decir:

—Supongo que para un hombre es diferente...

(¿Qué es diferente? ¿Será que se ha quedado dormido unos segundos? George se sacude el

sueño).

—¿Sabes? Yo pensaba lo mismo de Buddy. Podía vivir en cualquier sitio. Era capaz de recorrer kilómetros y kilómetros no importa por dónde, y de pronto plantaba la tienda de campaña y daba nombre al lugar. Aquello se convertía en un lugar simplemente porque él le había puesto un nombre. Después de todo, eso fue lo que hicieron en este país los primeros colonos, no hace tanto tiempo. Buddy debía llevarlo en la sangre..., aunque, bien mirado, no puede ser. Debbie no aguantaría algo así... No, Geo, lo juro, de verdad, no lo digo con mala intención. Yo tampoco lo habría aguantado a la larga. Las mujeres somos así: echamos raíces y no hay quien nos mueva. Nos pueden trasplantar, de acuerdo..., pero debe hacerlo un hombre, y una vez lo ha conseguido tiene que quedarse con nosotras y marchitar..., quiero decir, regar..., es decir, las raíces nuevas se marchitan si no se riegan. —Se le empaña la voz. Sacude bruscamente la cabeza, como George hace un momento—. ¿Me explico?

—Sí, Charley. Intentas decirme que has decidido volver, ¿no?

—¿Quieres decir volver a casa?

—¿Estás segura de que aún lo es?

—¡Ay! No estoy segura de nada..., pero ahora que Fred ya no me necesita... ¿Quieres decirme, Geo, qué pinto yo aquí?

—Tienes muchos amigos.

—Sí, ya lo sé. Amigos. Y de verdad que son encantadores. Sobre todo los Peabody y los Garfein, y también Jerry y Flora, y Myrna Custer me cae de maravilla. Pero ninguno de ellos me necesita. La idea de dejarlos no me hace sentir culpable... Geo, sé sincero: ¿hay alguien por quien debería sentirme culpable si me marchó?

«Estoy yo». No, se niega a decirlo. Semejante coqueteo es indigno de ellos, aunque estén borrachos.

—Sentirse culpable no es razón para quedarse ni para irse—le dice amable pero con firmeza—. La cuestión es: ¿quieres irte? Si quieres irte, debes hacerlo. No te preocupes por los demás.

Charlotte asiente con tristeza.

—Sí, supongo que tienes razón.

George va a la cocina y prepara otra ronda. (Parece que ahora beben mucho más deprisa. Ésta debería ser la última). Cuando regresa, Charlotte está sentada con las manos entrelazadas, mirando fijamente frente a sí.

—Creo que voy a volver, Geo. Me horroriza..., pero empiezo a pensar que volveré...

—¿Por qué te da miedo?

—Me da miedo en cierto sentido. Para empezar, está Nan...

—Pero no tendrías que vivir con ella, ¿no?

—No tengo por qué. Pero lo haría. Estoy segura.

—Pero, Charley... Siempre he tenido la impresión de que os detestáis.

—No es que nos detestemos exactamente. De todas formas, en una familia, al final no es eso lo que importa: quiero decir que puede venir o no al caso. Es difícil que lo entiendas, Geo, porque te quedaste huérfano de pequeño, ¿no? Yo no diría que nos detestamos. Aunque, desde luego, cuando conocí a Buddy, o sea, cuando Nan se enteró de que me acostaba con él, se enfadó muchísimo. Bueno, en realidad me tenía envidia. La verdad es que por aquel entonces Buddy era un auténtico

príncipe azul. Cualquier hermana se habría puesto celosa. Pero eso no era lo peor. Lo que de verdad le molestaba era que Buddy fuera un soldado estadounidense y que, una vez casados, me llevara a Estados Unidos. La cuestión es que Nan se moría de ganas de venir aquí, ¿sabes? (como muchas inglesas en la postguerra, por la escasez de alimentos y todo lo demás), pero habría muerto antes que admitirlo. Le parecía que el mero hecho de desearlo era una deslealtad a Inglaterra. Creo que habría preferido mil veces admitir que estaba celosa de mí y de Buddy. ¿No es gracioso?

—Pero sabe que tú y Buddy habéis roto, ¿no?

—¡Por supuesto! Tuve que decírselo enseguida. De lo contrario, habría tenido miedo de que lo averiguara por su cuenta de alguna manera; me habría muerto de la vergüenza... Así que le escribí, y me contestó con una carta horrible, triunfal y serena, en la que me decía: «Supongo que ahora no tendrás más remedio que regresar..., volver al país que abandonaste»; se sobreentendía perfectamente la intención. Así que perdí por completo la cabeza (¡ya me conoces!) y le contesté que aquí estaba divinamente y que nunca, nunca, volvería a poner los pies en su deprimente isleta. Y entonces (nunca te lo he contado porque me daba vergüenza), después de haber escrito aquella carta, me sentí tan culpable que me dediqué a enviarle cosas; ya sabes, exquisiteces de las tiendas de lujo de Beverly Hills, un montón de quesos y de cosas en frascos y botes. De hecho, aunque vivía en este país de Jauja, apenas podía permitírmelo. ¡Qué idiota fui! No me paré ni un momento a pensar en mi falta de tacto. En realidad, estaba haciéndole el juego a Nan. Verás, dejó que siguiera enviándole todas esas cosas durante cierto tiempo (y supongo que se las comía), y luego contraatacó de verdad. Me preguntó si en Estados Unidos no nos habíamos enterado de que la guerra había terminado hacía tiempo y que ya no era necesario enviar paquetes de ayuda.

—¡Qué mujer más encantadora!

—No, Geo..., en el fondo, Nan me quiere de verdad. Lo que pasa es que pretende imponerme su punto de vista. Es dos años mayor que yo, ¿sabes?, y eso significaba mucho cuando éramos niñas. Para mí siempre ha sido una especie de camino..., quiero decir, ella te *lleva* a alguna parte. Con ella nunca perderé el rumbo... ¿Entiendes lo que intento decirte?

—No.

—Bueno, no importa... No es lo único que me preocupa de volver a casa: el pasado también está ligado a Nan. Es como regresar al lugar donde elegí otro camino, ¿entiendes?

—No. No lo entiendo.

—Pero, Geo: ¡el pasado! No puedo creer que no entiendas lo que quiero decir.

—El pasado no es más que lo que ya ha ocurrido.

—¡Ay, de verdad! ¿Cómo puedes ser tan pesado?

—No, Charley, lo digo en serio. Lo pasado, pasado está. Las personas fingen que no es así, y te enseñan cosas en los museos. Pero eso no es el pasado. No encontrarás el pasado en Inglaterra. Ni en ningún otro sitio.

—¡Eres inaguantable!

—Escucha, ¿por qué no vas simplemente de visita? Ve a ver a Nan, si quieres. Pero, por el amor de Dios, no te dejes engatusar.

—No, si vuelvo, será para siempre.

—¿Por qué?

—No aguanto ni un minuto más de indecisión. Esta vez tengo que quemar las naves. Cuando

vine aquí con Buddy creí que lo había hecho, pero esta vez tengo que...

—¡Oh, por el amor de Dios!

—Sé que todo habrá cambiado. Sé que habrá muchas cosas que odiaré. Sé que echaré de menos los supermercados, los electrodomésticos y demás comodidades de este país. Seguro que pescaré un catarro tras otro después de vivir en este clima. Y supongo que tienes toda la razón: seré desgraciada viviendo con Nan... Pero no puedo hacer nada para evitarlo. Al menos allí sabré dónde estoy.

—¡Jamás en la vida he oído semejante sarta de sandeces masoquistas!

—Sí, ya sé que da esa impresión. ¡Y puede que sea verdad! ¿Crees que el masoquismo es nuestra manera de ser patriotas? ¿O será al revés? ¡Qué gracia! Cariño, ¿no podríamos tomar otra copita? ¡Brindemos por el masoquismo de la vieja Inglaterra!

—No, preciosa. Es hora de irse a la cama.

—¡Geo! ¿Te marchas ya?

—Ya es hora, Charley.

—¿Y cuándo volveré a verte?

—Muy pronto. A no ser que te marches ya a Inglaterra.

—¡No te rías de mí! ¡Sabes perfectamente que no! Sólo los preparativos me llevarían siglos... A lo mejor no me marchó nunca. ¿Cómo voy a hacer frente al jaleo de la mudanza, las despedidas..., todo el esfuerzo? No..., quizá nunca me vaya...

—Ya hablaremos. Largo y tendido... Buenas noches, Charley, cariño.

Ella se levanta justo en el momento en que él se inclina para darle un beso. Chocan tan torpemente que a punto están de perder el equilibrio y caer al suelo. George la sostiene como puede.

—No me gustaría nada dejarte, Geo.

—Pues no lo hagas.

—Vaya manera de decirlo. Parece que te traiga sin cuidado si me voy o me quedo.

—¡Claro que me importa!

—¿De verdad?

—¡De verdad!

—¿Geo?

—¿Sí, Charley?

—No creo que Jim quisiera que te dejara aquí solo.

—Pues entonces no me dejes.

—¡No..., hablo en serio! ¿Recuerdas cuando fuimos a San Francisco? Debió de ser en septiembre del año pasado, justo después de que volvieras de Inglaterra...

—Sí.

—Ese día Jim no podía acompañarnos, no recuerdo por qué, así que tomó un avión al día siguiente para reunirse con nosotros. Bueno, el caso es que cuando nos subíamos al coche Jim me dijo una cosa. Algo que no he olvidado... ¿Te lo he contado alguna vez?

—Creo que no.

(Se lo ha dicho por lo menos seis veces; siempre cuando estaba muy borracha).

—Me dijo: «Vosotros dos, cuidaos el uno al otro».

—¿Eso te dijo?

—Así es. Ésas fueron sus palabras exactas. Y, Geo, creo que no se refería sólo a que fuéramos con cuidado. Se refería a algo más...

—¿A qué?

—Fue menos de dos meses antes de que se marchara a Ohio, ¿no? Pienso que me dijo «cuidaos el uno al otro» porque sabía...

Tambaleándose un poco, lo contempla seria, con la vista algo empañada, como si fuera un pez, observándolo a través de todo el alcohol que ha bebido.

—¿Tú no lo crees, Geo?

—No hay manera de averiguar lo que sabía, Charley. En cuanto a lo de cuidarnos el uno al otro, podemos estar seguros de que lo habría querido. —George apoya las manos en los hombros de ella—. Así que ahora digámonos el uno al otro que es hora de ir a dormir, ¿de acuerdo?

—No, espera. —Es como una niña que intenta retrasar el momento de irse a la cama haciendo preguntas—. ¿Crees que el pub seguirá en venta?

—Supongo... ¡Qué buena idea! ¿Por qué no lo compramos, Charley? ¿Qué dices? Podríamos emborracharnos y ganar dinero al mismo tiempo. Sería más divertido que vivir con Nan.

—¡Oh, querido, sería maravilloso! ¿De verdad crees que podríamos comprarlo? No..., no hablas en serio, ¿verdad? Ya veo que no, pero no me lo digas. Hagamos planes, como Jim y tú solíais hacer. Le gustarían nuestros planes, ¿a que sí?

—Seguro... Buenas noches, Charley.

—Buenas noches, Geo, mi amor. —Mientras se abrazan, le besa de lleno en la boca. Y, de pronto, introduce la lengua en ella. No es la primera vez que lo hace. Es una de esas ideas descabelladas fomentadas por el alcohol que, al menos en teoría, podría, tras diez mil intentos, arrancar una relación de su órbita y hacer que saliera disparada hacia otra. ¿Dejarán las mujeres de intentarlo alguna vez? No. Pero, como nunca cejan, al menos han aprendido a ser buenas perdedoras. Cuando, tras una pausa conveniente, él comienza a retroceder, ella no intenta aferrarse a él. Y ya no se resiste a su marcha. La besa en la frente. Es como una niña que al fin se resigna a que la arropen en la cama.

—Que descanses.

George se vuelve, abre la puerta, da una zancada y, ¡uy!, a punto está de caer rodando escaleras abajo, abajo del todo, e incluso más allá, de caer diez, cincuenta, un millón de metros, en la insondable oscuridad de la noche. Sólo lo salva haberse agarrado del tirador de la puerta.

Vacilante, con el corazón desbocado, se vuelve para tranquilizar a Charlotte con una sonrisa; pero, por suerte, ya no está. No le ha visto hacer semejante estupidez. Lo cual es realmente providencial, pues si lo hubiera visto, habría insistido en que se quedara a pasar la noche, cosa que habría significado, como mínimo, un desayuno tan tardío que se habría convertido en almuerzo, lo que a su vez habría supuesto más alcohol, y luego la siesta y la cena, seguidas de más y más y más alcohol... Y no habría sido la primera vez.

No obstante, esta vez ha logrado escapar. Cierra la puerta de la casa con el sigilo de un ladrón, se sienta en el escalón superior, inspira profundamente y, con calma pero severo, se lee la cartilla. Estás borracho. Estúpido vejestorio, ¿cómo se te ocurre emborracharte así? Bien, ahora escucha: vamos a bajar las escaleras muy despacio, y una vez abajo nos iremos derechos a casa y nos meteremos en la cama, sin siquiera lavarnos los dientes. ¿Está claro? Pues adelante...

Todo eso está muy bien, pero ¿cómo explicar, entonces, que con un pie en el puente que cruza el riachuelo, George se dé la vuelta de repente, se ría entre dientes y, con el ademán de un niño que escapa de las manos de un adulto—¡corteza cerebral, viejo ángel de la guarda!—, corra carretera abajo, riendo a carcajadas, hacia el océano?

Al salir de Camphor Tree Lane en dirección a Las Ondas, ve los círculos luminosos de las claraboyas verdes de The Starboard Side, al final del paseo marítimo, frente a la playa, que brillan en señal de bienvenida.

The Starboard Side se remonta a los primeros tiempos de la colonia. En su barra, antes el mostrador de una cafetería, se sirvió a los vecinos las primeras cervezas tras la prohibición, e incluso Tom Mix honró en alguna ocasión el espejo que hay detrás con su reflejo. Pero su época de mayor esplendor llegó más tarde. ¡El verano del 45! La guerra casi había terminado. Los apogones ya no eran nada más que una excusa para ocultar una orgía en plena calle. Sobre la barra había un cartel que decía: EN CASO DE IMPACTO DIRECTO, CERRAMOS DE INMEDIATO. Por supuesto, pretendía ser gracioso. Y sin embargo, al otro lado de la bahía, en aguas profundas al pie de los acantilados de Palos Verdes, yacía un auténtico submarino japonés repleto de cadáveres de auténticos soldados japoneses, bombardeado a gran profundidad tras haber hundido dos o tres buques frente a la costa de California.

Para entrar había que correr la tupida cortina del local y abrirse paso a codazos a través de la multitud, prácticamente sin poder respirar ni ver nada a causa del humo. Allí, en la intimidad del alboroto y la muchedumbre, te insinuabas a tu ligue a gritos. Se podía flirtear pero no pelear; no había sitio ni para dar una bofetada. Para eso había que salir a la calle. ¡Ay, las peleas sangrientas y las vomitonas en las aceras! Los puñetazos volaban a diestro y siniestro, las cabezas se golpeaban contra los guardabarros de los coches aparcados. Corpulentas tortilleras repartían leña con mucha más saña que los hombres. Llegaba la policía con el gemir de las sirenas, las súbitas redadas de la patrulla costera. Las chicas salían a toda prisa de sus apartamentos para rescatar a algún jovencito guapo y ebrio, ponerlo a salvo y servirle el desayuno en la cama a la mañana siguiente, ¡oh, milagrosa felicidad! Militares que hacían autoestop se demoraban allí horas, noches, días enteros, y retomaban finalmente el camino con los ojos morados, ladillas, gonorrea y un recuerdo borroso de su *partenaire*.

Y luego llegaron el fin de la guerra y el frenesí de conducir por la autopista sin racionamiento de gasolina, perdiendo trozos de neumáticos por el camino hasta llegar a Malibú. Y más tarde los meses de playa de 1946. La sórdida magia de aquellas noches sofocantes en que la costa entera cobraba vida con las hogueras de una vasta tribu de bárbaros desnudos—todos parejas o grupos aislados que no se metían con nadie y sin embargo participaban en la vida del campamento tribal—que nadaban en la oscuridad, asaban pescado, bailaban al son de la radio, copulaban sin pudor en la arena. George y Jim—que acababan de conocerse—estuvieron allí noche tras noche, aunque no lo suficiente como para satisfacer ahora la triste e insaciable sed de recuerdos que se apodera de él mientras rememora anhelante aquel glorioso veranillo de San Martín pleno de lujuria.

Hoy en día apenas hay soldados autoestopistas, y casi todos están domesticados: van y vienen de la base militar a sus hogares y mujeres. Las hogueras en la playa están prohibidas, salvo en zonas habilitadas para pícnic en las que uno debe comer en mesas comunitarias y no está permitido follar. Aunque gran parte de aquella gloria se ha disipado—gracias a los antiguos dioses del desorden, perseguidos pero indestructibles—, la última manzana de Las Ondas tiene

aún mala reputación. La gente respetable la evita instintivamente. Los agentes inmobiliarios se lamentan de ella. El valor del suelo es muy bajo. Los moteles son de nueva construcción, pero, arracimados unos contra otros, tienen una pinta miserable, parecen tugurios; se especializan en estancias de una noche. Y aunque los restos calcinados de las hogueras de aquellas orgías bárbaras hace mucho que quedaron enterrados bajo la arena, esta parte de la playa aún está llena de basura; pandillas de estudiantes todavía pintarrajean enormes palabrotas en el muro de la playa y es más difícil encontrar conchas que preservativos usados.

También se ha disipado la gloria de The Starboard Side: sólo un auténtico devoto como George aún es capaz de percibir en él un último y tenue resplandor. Lo han desprovisto de todos sus polvorientos trofeos marinos y de las amarillentas fotografías de grupo. Después de Año Nuevo será sometido a lo que osan llamar una redecoración, es decir, será profanado en beneficio de la chusma de forasteros anónimos que llegarán en verano. Ya hay una nueva máquina de discos y han fijado un televisor nuevo bien alto en la pared; de esta forma, uno se acoda en la barra y, con sólo girarse ligeramente a la derecha, puede adormilarse mientras lo mira. Eso es justo lo que está haciendo la mayoría de los clientes cuando entra George.

Avanza con paso vacilante pero resuelto hacia su mesa favorita del rincón, desde donde no se ve el televisor. En la mesa de al lado, otros dos inconformistas, inmunes a la hipnosis, una pareja mayor que pertenece al puñado de colonos supervivientes, se entrega a su particular tipo de amor: un alcoholismo leve, pendenciero, que les permite jugar a ser pareja, como si fueran niños. «¡Vieja bruja!», «¡Serás cretino!», «¡Y tú arpía!», «¡Cabronazo!»: ira sin resentimiento, insultos sin inquina. Así seguirán, hasta el fin. Ojalá no se separen nunca y mueran la misma noche a la misma hora en su cama manchada de cerveza.

George recorre la barra con la mirada; se detiene al llegar a un individuo solitario sentado en el extremo más cercano a la puerta. El joven no mira la televisión; es más, está concentrado escribiendo algo en el reverso de un sobre. Lo hace con una sonrisa en los labios, frotando la punta de su pronunciada nariz con el dedo índice. Es Kenny Potter.

Al principio George no se mueve, apenas parece reaccionar. Luego, lentamente, una gran sonrisa se dibuja en sus labios. Se inclina hacia delante, contemplando a Kenny con el deleite de un naturalista que acaba de descubrir un pinzón rosado de las montañas en un árbol de un parque urbano. Al cabo de un minuto se levanta, se acerca medio a hurtadillas a la barra y se desliza sobre el taburete contiguo al de Kenny.

—¡Hola!, ¿qué tal?

Kenny se vuelve rápidamente y, al ver quién es, se ríe con fuerza, arruga el sobre y lo tira, por encima de la barra, a un cubo de basura.

—Hola, señor.

—¿Por qué haces eso?

—Ah, por nada.

—Te he interrumpido. Estabas escribiendo.

—Sólo era un poema.

—¡Y ahora el mundo lo ha perdido!

—Lo recordaré. Ahora que ya lo he escrito.

—¿Quieres recitármelo?

La pregunta hace que Kenny estalle en carcajadas.

—¡Es una tontería! Es...—Sofoca la risa—. Es un... ¡un haiku!

—Bueno, ¿y qué tiene de tonto un haiku?

—Tendría que contar las sílabas primero.

Pero está claro que Kenny no las va a contar ahora. Así que George dice:

—No esperaba encontrarte por estos pagos. ¿No vives en la otra punta de la ciudad, cerca de la universidad?

—Cierto. Pero a veces me gusta salir de allí.

—Pero ya es casualidad que hayas escogido precisamente este bar.

—Ah, es porque uno de los chicos me dijo que usted venía mucho por aquí.

—¿O sea que has venido a verme?

Quizá George lo haya dicho con demasiado entusiasmo. En cualquier caso, Kenny hace caso omiso y sonrío burlón.

—Quería averiguar qué clase de garito era.

—Ya no es lo que era. Solía ser un sitio estupendo. Me he acostumbrado a venir aquí. Vivo muy cerca.

—¿En Camphor Tree Lane?

—¿Cómo demonios lo sabes?

—¿Acaso es un secreto?

—¡No..., por supuesto que no! De vez en cuando vienen a verme estudiantes. Quiero decir, por cuestiones de trabajo. —George se da cuenta enseguida de que sus palabras delatan la culpabilidad y la necesidad de justificación que siente. ¿Lo habrá notado Kenny? Éste sonrío, pero no ha hecho otra cosa en todo este rato. George añade con un hilo de voz—: Parece que sabes mucho sobre mí y mis costumbres. Mucho más de lo que yo sé sobre cualquiera de vosotros...

—Supongo que no hay gran cosa que saber de nosotros. —Kenny le lanza una mirada entre burlona y desafiante—. ¿Qué le gustaría saber de nosotros, señor?

—Bueno, ya se me ocurrirá algo. A ver... Por ejemplo, ¿qué estás tomando?

—¡Nada!—Kenny deja escapar una risita—. Ni siquiera me ha visto. —En realidad, el barman está absorto viendo un combate de lucha libre en la televisión.

—Bueno, ¿qué quieres tomar?

—¿Qué está tomando usted?

—Whisky escocés.

—Vale—dice Kenny, en un tono que sugiere que se habría avenido con la misma facilidad a un vaso de leche desnatada.

George llama al barman (en voz bien alta, para que no pueda aparentar que no le ha oído) y pide. El barman tiene ganas de fastidiar un poco y exige ver la documentación de Kenny. No les queda más remedio que pasar por el aro. George le dice con tono de desaprobación:

—A estas alturas ya debería conocerme. ¿De verdad me cree tan idiota como para intentar comprar alcohol a un menor?

—Tenemos que asegurarnos—replica el barman sin inmutarse. Les da la espalda y se aleja.

Por un momento, George siente que lo invade una rabia contenida. Lo han hecho quedar como un imbécil y, encima, delante de Kenny.

Mientras esperan las bebidas, pregunta:

—¿Cómo has venido hasta aquí? ¿En coche?

—No tengo coche. Me ha traído Lois.

—¿Y dónde está?

—Se habrá ido a casa, supongo.

George se da cuenta de que algo no encaja. Pero, sea lo que sea, a Kenny no parece preocuparle. Añade vagamente:

—Estaba pensando en dar una vuelta por aquí.

—Pero ¿cómo vas a volver?

—Ah, ya me las arreglaré.

(Una voz en el interior de George dice: podrías invitarlo a pasar la noche en tu casa. Dile que lo llevarás a casa por la mañana. Pero ¿por quién demonios me tomas?, le pregunta George. Sólo era una sugerencia, responde la voz).

Llegan las bebidas. George le dice a Kenny:

—Oye, ¿por qué no nos sentamos ahí enfrente, en la mesita del rincón? La dichosa televisión no hace más que distraerme.

—Muy bien.

Qué divertido sería, piensa George, si los jóvenes fueran un poquito menos pasivos. Pero es pedir demasiado. Te tienes que adaptar a ellos o dejarlos tranquilos. Mientras se sientan, uno frente a otro, George le informa:

—Aún tengo el sacapuntas. —Lo saca del bolsillo y lo tira sobre la mesa como si fuera un dado.

—¡Yo ya he perdido el mío!—ríe Kenny.

Ha pasado más o menos una hora. Ambos están borrachos. Kenny bastante. George mucho. Pero está borracho en el buen sentido, cosa que raramente consigue. Trata de describirse a sí mismo en qué consiste una borrachera así. Bueno, para decirlo lisa y llanamente, es algo platónico; es como un diálogo de Platón. Un diálogo entre dos personas. Pero no es un diálogo platónico en el sentido de buscarle tres pies al gato, de tergiversar las palabras y querer tener siempre la razón; tampoco es una competición de falsa modestia, ni un debate sobre un tema árido impuesto de antemano. Uno puede hablar de cualquier cosa y cambiar de tema siempre que quiera. De hecho, lo importante no es el tema de conversación, sino la relación que se establece entre ambos. George no se imagina manteniendo un diálogo así con una mujer, porque las mujeres sólo pueden hablar en términos personales. Un hombre de su edad le serviría si existiera entre ellos algún tipo de polaridad; por ejemplo, si fuera negro. En cierto sentido, los interlocutores deben ser opuestos. ¿Por qué? Porque deben convertirse en figuras simbólicas, como, en este caso, la Juventud y la Madurez. ¿Por qué tienen que ser simbólicas? Porque el diálogo es, por naturaleza, impersonal. Es un encuentro simbólico. No compromete personalmente a ninguna de las partes. Por eso, en el transcurso de un diálogo, se puede decir cualquier cosa. Hasta la confidencia más íntima, el secreto más inconfesable, se toma objetivamente, como una mera metáfora o un simple ejemplo, que jamás podría utilizarse en nuestra contra.

George quisiera explicarle todo esto a Kenny. ¡Pero es tan complicado! No quiere correr el riesgo de descubrir que no le comprende. Desea con todas sus fuerzas que Kenny le comprenda, quiere creer que Kenny sabe de qué va este diálogo. Y de hecho, en este momento, da la impresión

de que Kenny lo sabe. George prácticamente siente el campo magnético del diálogo irradiar a su alrededor. Él desde luego siente que brilla. Y en cuanto a Kenny, está guapísimo. «Irradia empatía» es la expresión que encuentra George para describirlo. Pues lo que Kenny desprende no es mera inteligencia ni un encanto corriente. Ambos están sentados, sonriéndose el uno al otro; es más, transmiten una comprensión mutua.

—Di algo—le ordena a Kenny.

—¿Es necesario?

—Sí.

—¿Y qué he de decir?

—Cualquier cosa. Lo que en este momento te parezca importante.

—Ése es el problema. No sé qué es importante y qué no. Es como si tuviera la cabeza llena de cosas que no tienen importancia, para mí, quiero decir.

—¿Como por ejemplo...?

—No quiero que piense que lo digo por usted, señor..., pero..., bueno, los rollos que nos meten en clase...

—¿No te interesan?

—¡Por Dios!, señor..., ya le he dicho que no me refiero a usted. Sus clases son de las mejores, todos lo pensamos. Y usted intenta adaptar todos esos libros a lo que ocurre hoy..., sólo que..., no es culpa suya, pero..., es como si al final nos quedáramos empantanados en el pasado, como esta mañana con Titono. Mire, no es que quiera dejar de lado el pasado; a lo mejor, cuando sea mayor, será muy importante para mí. Lo que digo es que el pasado no interesa a la mayoría de los chicos de mi edad. Si a veces fingimos que sí, es por simple cortesía. Supongo que eso se debe a que no tenemos un pasado propio..., excepto las cosas que queremos olvidar, como los recuerdos del instituto o las veces que nos hemos portado como imbéciles...

—Bueno, claro, eso lo puedo entender. Todavía no necesitáis el pasado. Con el presente os basta.

—¡Sí, pero el presente es una verdadera lata! Odio el presente..., es decir, odio cómo están las cosas... Bueno, menos esta noche, por supuesto... ¿De qué se ríe, señor?

—¡Esta noche *oui!* ¡El presente *non!*—George levanta demasiado la voz. Algunas personas del bar vuelven la cabeza—. ¡Bebamos a la salud de esta noche!—Levanta el vaso y bebe.

—¡Esta noche *oui!*—Kenny se ríe y bebe.

—Está bien—dice George—. ¡El pasado... no sirve para nada! ¡El presente... tampoco! ¡De acuerdo! Pero hay algo que no puedes negar: vais a tener que apechugar con el futuro.

—Supongo que sí. Lo que quede de él. Quizá no sea mucho con todos esos misiles.

—La muerte.

—¿La muerte?

—Eso he dicho.

—¿Cómo? No le sigo.

—He dicho «la muerte». ¿Piensas mucho en la muerte?

—Bueno, no. Casi nada. ¿Por qué?

—La muerte es lo que nos depara el futuro.

—Ah, ya. Quizá tenga razón. —Kenny sonrío abiertamente—. ¿Sabe qué? Es posible que las generaciones anteriores pensarán en la muerte mucho más que nosotros. Quiero decir, los chicos

deben de haberse cabreado mucho al darse cuenta de que los mandaban a morir en una guerra inútil mientras sus padres se quedaban en casa, dándose las de patriotas. Pero eso no volverá ocurrir. Nosotros estaríamos todos en el mismo barco.

—Siempre puedes enfadarte con la gente mayor por todos los años adicionales que habrán vivido antes de volar por los aires.

—Sí, es cierto, podría, ¿verdad? Quizá lo haga. A lo mejor me enfado con usted, señor.

—Kenneth...

—¿Señor?

—Por puro interés sociológico, ¿por qué insistes en llamarme señor?

Kenny sonríe burlón.

—Si quiere dejen de hacerlo.

—No te he pedido que dejaras de hacerlo. Te he preguntado por qué.

—¿Por qué no le gusta? Supongo que a ninguno de ustedes le gusta.

—¿Quieres decir que a ninguno de nosotros los viejos?—George sonríe benévolo. No obstante, siente que la relación simbólica se le está escapando de las manos—. Normalmente es porque no nos gusta que nos recuerden...

Kenny niega con un tajante movimiento de cabeza.

—No.

—¿No qué?

—Que usted no es así.

—¿Debo tomarlo como un cumplido?

—Puede ser... La cuestión es que me gusta llamarle señor.

—¿De veras?

—Uno de los grandes engaños de nuestra época es toda esta familiaridad. Pretender que todos somos iguales..., es justo lo que usted decía esta mañana sobre las minorías. Si no hay ninguna diferencia entre usted y yo, ¿qué podemos ofrecernos el uno al otro? ¿Cómo podremos ser amigos?

Sí que lo entiende, piensa George, complacido.

—Pero dos chicos pueden ser amigos, ¿no?

—Eso es otra cosa. Pueden, sí, a su manera. Pero siempre se interpone la cuestión de la rivalidad. Por así decirlo, los jóvenes compiten unos con otros, ¿sabe?

—Supongo que sí..., a menos que estén enamorados.

—Incluso entonces. Quizá ése es el problema con... —Kenny se interrumpe de pronto. George lo observa, a la espera de alguna confidencia sobre Lois. Pero no llega. Es evidente que Kenny tiene otra cosa en mente. Permanece sentado, sonriendo en silencio un momento y..., sí, es un hecho, ¡se está sonrojando!—. Esto va a sonar muy cursi, pero...

—No importa. Continúa.

—A veces deseo..., quiero decir, cuando lees novelas victorianas... No me habría gustado nada vivir en esa época, salvo por una cosa... ¡Maldita sea! ¡No puedo decirlo!—Se interrumpe, rojo como un tomate, riendo.

—¡No seas tonto!

—Cuando lo digo suena tan cursi... Pero bueno... Me habría gustado vivir en la época en que uno trataba de «señor» a su propio padre.

—¿Vive tu padre?

—Sí, claro.

—¿Por qué no lo tratas de señor, entonces? Algunos hijos lo hacen, incluso a día de hoy.

—No a mi padre. No es de éstos. Además, se largó de casa hace un par de años, nos abandonó... ¡Mierda!

—¿Qué ocurre?

—¿Por qué le he contado todo esto? ¿Estoy borracho o qué?

—No más que yo.

—Debo de haber agarrado una buena cogorza.

—Escucha..., si te molesta..., olvidemos que me lo has contado.

—Yo no lo olvidaré.

—¡Uy!, y tanto que lo harás. Porque lo digo yo.

—¿Seguro?

—¡Segurísimo!

—Bueno, si usted lo dice..., de acuerdo.

—De acuerdo, *señor*.

—¡De acuerdo, *señor!*—De pronto, Kenny sonríe radiante. Está muy contento, tanto que se avergüenza—. Verá, el caso es que... cuando decidí venir aquí..., o sea, cuando se me ocurrió que igual me lo encontraba aquí esta noche..., quería preguntarle algo. Acabo de recordar qué era. —Apura el resto de su bebida de un largo trago—. Es sobre la experiencia. La gente te dice una y otra vez que, cuando seas mayor, tendrás experiencia..., y parece la gran cosa. ¿Qué piensa usted, señor? ¿De verdad diría que sirve para algo?

—¿Qué tipo de experiencia?

—Bueno..., los sitios donde uno ha estado, las personas a las que ha conocido. Las situaciones por las que uno ya ha pasado y sabe por tanto cómo sobrellevarlas si se repiten. Se supone que todo esto lo hace a uno sabio, de mayor.

—Mira, Kenny. No puedo hablar por boca de otras personas..., pero en lo que a mí respecta, nada me ha hecho más sabio. Desde luego, he pasado por tal cosa y tal otra, y cuando se repiten me digo: ya estamos otra vez. Pero no me sirve de nada. En mi opinión, con el tiempo me he vuelto cada vez más tonto... y eso es un hecho.

—¿En serio, señor? ¡No puede ser verdad! ¿Más tonto que cuando era joven?

—Más, mucho más.

—¡Vaya! ¿Así que la experiencia no sirve de nada? ¿Quiere decir que podría haber sido mejor que no hubiera pasado?

—No. No digo eso. Quiero decir que no puedes sacarle provecho. Pero si no lo intentas, si te conformas con constatar que está ahí, que la posees, entonces puede ser algo maravilloso...

—Vamos a darnos un baño—dice Kenny bruscamente, como si estuviera aburrido de tanta conversación.

—Muy bien.

Kenny echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas.

—¿Qué estupendo!

—¿El qué?

—Era una prueba. Creía que me estaba tomando el pelo con eso de que es más tonto que antes. Me he dicho: voy a proponerle algo descabellado, y si pone pegas o duda, sabré que es mentira... No le molesta que se lo diga, ¿verdad, señor?

—¿Por qué habría de molestarme?

—¡Qué estupendo!

—Bien, no te estaba tomando el pelo, así que... ¿a qué esperamos? Tú tampoco hablabas por hablar, ¿o sí?

—¡En absoluto!

Se levantan de un salto, pagan, salen corriendo del bar y atraviesan la autopista. Kenny salta el guardarraíl y se deja caer unos dos metros y medio hasta la playa. George, entretanto, trepa por encima, algo rígido. Kenny lo mira desde la arena; las farolas del paseo marítimo aún le iluminan la cara.

—Ponga los pies sobre mis hombros, señor.

George obedece, confiado a causa del alcohol, y Kenny, con la pericia de un bailarín de ballet, lo sujeta por los tobillos y las pantorrillas y lo deposita casi instantáneamente sobre la arena. Durante el descenso sus cuerpos apenas se rozan brevemente. El campo magnético del diálogo se ha roto. Su relación, sea lo que sea ahora, ya no es simbólica. Se vuelven y comienzan a correr hacia el océano.

Las luces parecen haber quedado lejos, muy lejos. Brillan pero no se proyectan sobre la arena: quizá estén difuminadas por una alta capa de niebla. Apenas alcanzan a ver las olas del mar, que se extiende ante ellos: son negras, inmensas, frías, húmedas. Kenny se quita la ropa entre gritos de alegría. La poca cautela que le queda a George le permite advertir las luces y la posible intromisión de los coches patrulla y la policía, pero no vacila, ya no puede; esta carrera desde el bar sólo puede terminar en el agua. Se desviste con torpeza, tropezando al quitarse los pantalones. Kenny, que ya está desnudo, se ha lanzado al agua y avanza mar adentro, como un intrépido guerrero nativo al encuentro de las olas. La resaca es muy fuerte. George lucha por mantenerse a flote unos instantes sobre un remolino de piedras. Cuando logra atravesarlo y pisar arena, Kenny surge de la oscuridad dejándose arrastrar por las olas, y pasa veloz junto a él, sin mirarlo; una criatura acuática absorta en su elemento.

Pero las olas son demasiado grandes para George. Se ven realmente enormes: se alzan y arremolinan en la propia negrura, chispeando misteriosas, espeluznantes, y se quiebran con un estruendo de espuma fosforescente. George tiene el cuerpo cubierto de perlitas de espuma y ríe de la emoción al verse adornado con piedras preciosas. Ríe, jadea, se atraganta con el agua, demasiado borracho para tener miedo; el agua salada que traga resulta tan embriagadora como el whisky. De vez en cuando ve a Kenny, magnífico, descender a toda prisa por una avalancha de espuma. Después, concentrado en sus propios ritos de purificación, George avanza tambaleante una vez más, con los brazos abiertos, para recibir el anonadante bautismo del oleaje. Abandonándose a él, se libera de todo pensamiento, palabra, emoción, deseo, de su personalidad, de su vida entera; vuelve una y otra vez, sintiéndose cada vez más limpio, más libre, más ligero. Se siente íntima y totalmente feliz; le basta con saber que Kenny y él son los únicos que comparten el elemento marino. Las olas, la noche y el ruido existen sólo para su disfrute. Entretanto, a no más de doscientos metros, las luces de la orilla resplandecen y los automóviles pasan fugaces por la autopista, dejando tras de sí una estela de luz. En las oscuras laderas de las colinas se divisan luces en las ventanas de las casas, que están secas, cuyos secos habitantes se disponen a meterse

secamente en sus secas camas. Pero George y Kenny son prófugos de la sequedad; han cruzado la frontera y escapado al mundo acuático, dejando atrás la ropa a modo de arancel.

Pero, súbitamente, aparece una ola enorme, apocalíptica. George está lejos de la orilla, prácticamente no hace pie: es una figura diminuta bajo la cresta de una ola atronadora que está a punto de romperse. Intenta sumergirse para atravesarla—ni siquiera ahora tiene miedo—, pero la ola lo embiste, lo arrastra, lo sacude una y otra vez; él agita los brazos y patalea para llegar a la superficie, pero ya no sabe dónde está, si hacia arriba, hacia abajo, hacia la izquierda o hacia la derecha.

Y ahora Kenny lo arrastra hacia la orilla tambaleante, sujetándolo por las axilas. Se ríe y, como si fuera una niñera, dice:

—¡Ya basta por hoy!

George, aún ebrio de agua, balbucea:

—Estoy bien. —E intenta volver al agua.

Pero Kenny le dice:

—Pues yo no... Yo tengo frío.

Y como una niñera seca a George ayudándose de su propia camisa, hasta que George le pide que pare porque le hace daño en la espalda. En ese momento, la relación niñera-criatura es tan convincente que George está tentado de acurrucarse y quedarse dormido allí mismo, en brazos de Kenny, junto a la envergadura del cual George parece un niño. El cuerpo de Kenny parece haberse vuelto gigantesco desde que han salido del agua. Todo en él es exuberante: la blanca dentadura que enseña al sonreír, los anchos hombros empapados, el torso espigado y esbelto del que pende el sexo rotundo y las largas piernas, que ahora comienzan a tiritarle.

—¿Podemos ir a su casa, señor?—pregunta.

—Claro. ¿Adónde si no?

—¿Adónde si no?—repite Kenny, al que parece haberle hecho mucha gracia la respuesta de George. Recoge la ropa y se vuelve, desnudo aún, hacia la autopista y las luces.

—¿Estás loco?!—le grita George.

—¿Qué ocurre?—Kenny se vuelve a mirarlo, sonriendo.

—¿Vas a ir así? ¿Estás loco? ¡Llamarán a la policía!

Kenny se encoge de hombros; está de buen humor.

—Nadie nos habría visto. Somos invisibles... ¿No lo sabía?

Aun así se viste, y George hace lo mismo. Mientras suben de nuevo por la playa, Kenny rodea con un brazo los hombros de George.

—¿Sabe qué, señor? No puede ir solo por ahí. Se puede meter en graves problemas.

La caminata de vuelta despeja a George. Para cuando llegan a casa, ya no se ve a sí mismo, ni a Kenny, como una criatura acuática salvaje, sino como un profesor entrado en años, con el pelo mojado, que se lleva a casa a un estudiante calado hasta los huesos en plena noche. George se muestra cohibido, casi brusco.

—El baño está arriba. Voy a por una toalla...

Kenny responde de inmediato ante su formalidad.

—¿No se va a duchar usted también, señor?—pregunta con un tono deferente, ligeramente desilusionado.

—Ya lo haré luego... Ojalá tuviera ropa de tu talla para prestarte. Tendrás que envolverte en una manta mientras ponemos tus cosas a secar en el radiador. Nos llevará un rato, me temo, pero no se me ocurre nada mejor.

—Verá, señor. No quiero ser ninguna molestia. Será mejor que me marche.

—No seas idiota. Cogerías una pulmonía.

—Ya se me secará la ropa. Estaré bien.

—¡Tonterías! Ven conmigo, que te enseñaré dónde está cada cosa.

La negativa de George a dejarlo marchar parece haber complacido a Kenny. Por lo menos, arma un buen escándalo en la ducha, porque más que cantar se dedica a pegar gritos. Seguro que despierta a los vecinos, piensa George, pero ¿qué importa? George vuelve a estar de buen humor: está contento, animado, lleno de vida. Se desviste rápidamente en su habitación, se pone un grueso albornoz blanco, baja corriendo las escaleras, pone la tetera al fuego y prepara unos cuantos sándwiches de atún y tomate con pan de centeno. Cuando Kenny resurge, torpemente envuelto en una manta a la manera de un náufrago, todo está dispuesto en la sala sobre una bandeja.

Kenny no quiere ni té ni café; prefiere, según dice, una cerveza. George le da una lata de la nevera y, sin pensarlo, se sirve un whisky bien cargado. A la vuelta, encuentra a Kenny contemplando la estancia con gran fascinación.

—¿Vive solo, señor?

—Sí—responde George, y añade con un punto de ironía—: ¿Te sorprende?

—No. Uno de los chicos de clase me dijo eso, que creía que vivía solo.

—De hecho, solía compartir la casa con un amigo.

Pero Kenny no muestra curiosidad alguna por el amigo.

—¿Ni siquiera tiene un gato, un perro o algo?

—¿Crees que debería?—pregunta George con cierta agresividad. El pobre vejstorio no tiene a nadie, debe de pensar Kenny.

—¡En absoluto! ¿No fue Baudelaire quien dijo que tienen tendencia a convertirse en demonios y dominar tu vida?

—Algo así... Aunque el amigo del que te hablo tenía muchos animales, y no creo que nos dominaran... Por supuesto, las cosas son distintas cuando hay dos personas. Siempre decíamos que no nos quedaríamos con los animales si faltaba el otro.

No. A Kenny le trae sin cuidado. En realidad, está concentrado en dar un enorme bocado a su sándwich. George le pregunta:

—¿Está bueno?

—¡Ya lo creo!—Sonríe a George con la boca llena, traga y añade—: ¿Sabe, señor? Creo que ha descubierto el secreto de la felicidad.

—¿Ah, sí?—George acaba de beberse de un trago casi la cuarta parte del whisky para calmar un espasmo provocado por el recuerdo de Jim y los animales. Ahora siente que el alcohol le está afectando de lleno. Es estimulante pero actúa demasiado rápido.

—No sabe cuántos chicos de mi edad sueñan con la vida que usted tiene aquí montada. O sea, ¿qué más se puede pedir? No le debe explicaciones a nadie. Puede hacer lo primero que se le pase por la cabeza, por loco que sea.

—¿Y eso es lo que tu entiendes por felicidad?

—¡Pues claro!

—¿En serio?

—¿Qué pasa, señor? ¿No me cree?

—Lo que no entiendo muy bien es, si tanto te apetece vivir solo, ¿qué haces con Lois?

—¿Lois? ¿Qué tiene que ver ella?

—Mira, Kenny..., no quiero ser indiscreto..., pero, con razón o sin ella, tenía la impresión de que estabais considerando...

—¿Casarnos? No. Eso ni pensarlo.

—¿Ah, no?

—Dice que no quiere casarse con un occidental. Dice que no consigue tomarse en serio a la gente de este país. Cree que nada de lo que hacemos tiene sentido. Quiere volver a Japón y dedicarse a la enseñanza.

—Pero ¿no es estadounidense?

—Sí. Sus padres son japoneses. Pero de todas formas internaron a toda su familia en un campo de concentración de las sierras nada más empezar la guerra. Su padre tuvo que malvender el negocio, regalarlo como quien dice a unos tiburones que se apropiaban de los bienes de los japoneses y presumían de estarse vengando por lo de Pearl Harbor. Lois era muy pequeña entonces, pero nadie olvida una cosa así. Dice que los trataron como a forasteros, como a enemigos, que nadie se molestó en averiguar de qué lado estaban. Según dice, los únicos que se portaron bien con ellos fueron los negros. Y unos cuantos pacifistas. ¡Y tanto que tiene derecho a odiarnos a muerte! Pero no lo hace. Tiene la capacidad de ver siempre el lado cómico de las cosas.

—¿Qué sientes por ella?

—Oh, me gusta mucho.

—Y tú a ella, ¿verdad?

—Creo que sí. Mucho.

—Pero ¿no quieres casarte con ella?

—¡Ah, sí! Claro que sí. Si cambiara de actitud. Pero dudo que lo haga. Y, de todas formas, no tengo prisa por casarme con nadie. Hay muchas cosas que quiero hacer antes. —Kenny hace una pausa y contempla a George con su sonrisa más traviesa, más penetrante—. ¿Sabe lo que pienso, señor?

—¿Qué piensas?

—No creo que le interese demasiado si me caso o no con Lois. Me parece que quiere preguntarme otra cosa, pero no está seguro de cómo me lo voy a tomar.

—¿Y qué es lo que quiero preguntarte?

La situación empieza a convertirse, por ambas partes, en un claro flirteo. La manta de Kenny, bajo la relajante influencia de la charla y la cerveza, se ha ido cayendo, dejando al descubierto un brazo y un hombro, y convirtiéndose en una prenda de la antigua Grecia, la clámide del joven discípulo—el favorito, sin duda—de un filósofo. En este momento es tremenda, peligrosamente atractivo.

—Quiere saber si Lois y yo... nos lo montamos juntos.

—¿Y bien?

—¡Así que tenía yo razón!—Kenny se ríe con aire de triunfo.

—Puede que sí. Puede que no. ¿Y qué...?

—Lo hicimos una vez.

—¿Por qué sólo una vez?

—No hace mucho. Fuimos a un motel, cerca de la playa; no muy lejos de aquí, en realidad.

—¿Por eso habéis venido esta noche?

—Sí..., en parte. Intentaba convencerla de ir allí de nuevo.

—¿Y por eso habéis discutido?

—¿Quién dice que hayamos discutido?

—Has dejado que vuelva sola a casa, ¿no?

—Ah, bueno, eso fue porque... No, tiene razón... No le apetecía..., ya no le gustó el motel la primera vez que fuimos y no la culpo. La recepción, el encargado, el registro..., toda la mierda por la que te hacen pasar. Y, por supuesto, saben muy bien a lo que vas..., y eso hace que se le conceda demasiada importancia al asunto, que se convierta en algo cursi, como si fuera un gran pecado o algo así. ¡Y cómo te miran! A las chicas eso les afecta mucho más que a nosotros.

—Así que ella no quiere saber nada más del tema...

—¿Qué va! ¡No, no es para tanto! No es que esté en contra, ¿sabe? No por principio. De hecho, está claro que... Bueno, da igual... Creo que podremos solucionarlo. Ya veremos.

—¿Te refieres a buscar un lugar más íntimo y menos incómodo?

—Eso sería estupendo, no hay duda. —Kenny sonríe, bosteza, se estira. La clámide se desprende del otro hombro. Se la coloca de nuevo sobre ambos hombros mientras se levanta, lo que hace que vuelva a parecer una manta y él, un desgarrado chico estadounidense del siglo XX atrapado allí sin su ropa—. Señor, se ha hecho tarde. Me tengo que ir.

—¿Adónde? Si me permites la pregunta.

—De vuelta, al otro lado de la ciudad.

—¿Y cómo piensas llegar?

—Puedo coger un autobús, ¿no?

—No empiezan a circular hasta dentro de dos horas, como pronto.

—Da igual.

—¿Por qué no te quedas? Mañana te llevaré yo.

—No creo que...

—Si empiezas a dar vueltas por el barrio en plena noche, ahora que los bares ya han cerrado, la policía te parará para preguntarte qué estás haciendo. Y perdona que te lo diga, no estás precisamente sobrio. Podrían llevarte a comisaría.

—De verdad, señor, no me pasará nada.

—Creo que no estás en tus cabales. Está bien, ya hablaremos de eso luego. Ahora siéntate. Quiero decirte algo.

Kenny se sienta obediente, sin rechistar. Quizá sienta curiosidad por saber qué se trae George entre manos.

—Ahora escucha con atención. Voy a limitarme a constatar un hecho. O hechos, en plural. No hace falta que digas nada. Si quieres, puedes decidir que no te concierne en absoluto. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Una conocida mía vive cerca de aquí; una buena amiga mía. Cenamos juntos al menos una vez por semana, a veces incluso más. De hecho, esta noche hemos cenado juntos. Ahora bien..., a

ella le da igual el día. Y he decidido (que quede claro que no te concierne lo más mínimo *necesariamente*) que a partir de ahora cenaré con ella la misma noche cada semana. Siempre la misma noche. Ésta precisamente, quiero decir. ¿Está claro por ahora? No, no digas nada. Sigue escuchando, porque estoy a punto de llegar a la cuestión clave... Las noches que vaya a ver a mi amiga no llegaré a casa, nunca, bajo ninguna circunstancia, antes de medianoche. ¿Me sigues? ¡No, no respondas! Nunca cierro con llave, porque si alguien quisiera podría entrar con sólo romper uno de los cristales de la puerta. Habrás observado que arriba, en mi estudio, hay un sofá cama. Lo tengo siempre hecho, con sábanas limpias, por si resulta que llega un huésped inesperado..., como tú esta noche... ¡No, escúchame bien! Si alguien usara esa cama cuando yo no estuviera y la volviera a dejar bien hecha antes de marcharse, yo ni me enteraría. Y si mi asistenta advirtiera algo, se limitaría a quitar las sábanas para llevarlas a la lavandería; supondría que yo habría tenido un invitado y olvidado decírselo... ¡Listo! Lo he decidido y he querido decírtelo, como te podría haber dicho que me he propuesto regar el jardín un determinado día de la semana. También te he contado algunas cosas acerca de la casa. Puedes tomar nota u olvidarlas. Eso es todo. — George mira fijamente a Kenny. Éste le responde con una leve sonrisa, pero está..., sí, un poco... incómodo—. Y ahora ponme otra copa.

—Sí, señor. —Kenny se levanta ágilmente de la silla, visiblemente contento de romper la tensión. Coge el vaso de George y va a la cocina.

George le grita:

—¡Y ponte una tú también!

Kenny asoma la cabeza por la puerta de la cocina, sonriendo:

—¿Es una orden, señor?

—¡Desde luego!

—Supongo que me tomas por un viejo verde, ¿no?

Mientras Kenny preparaba las bebidas en la cocina, George ha notado que entraba en una nueva fase. Y ahora, cuando Kenny vuelve a tomar asiento, aunque no ha podido darse cuenta todavía, está en presencia de un George transformado, de un George imponente, que habla con voz pastosa pero clara, con un tono de amenaza en sus palabras. Un George inquisitivo, un juez, quizá a punto de dictar sentencia. Un profeta a punto de hablar en lenguas extrañas.

Esto no se parece en nada a la borrachera de *The Starboard Side*. A Kenny y a él ya no los une la relación simbólica del diálogo; esta nueva fase de comunicación es mucho más personal. Y, sin embargo—¡paradojas de la vida!—, Kenny parece estar más lejos de él, no más cerca; se ha retirado más allá de los posibles límites de un campo magnético. Es más, George sólo alcanza a distinguirlo con claridad de vez en cuando: una luz cegadora inunda la habitación y el rostro de Kenny se difumina bajo el resplandor. Además, un fuerte zumbido ensordece los oídos de George; es tan intenso que no puede precisar si Kenny ha contestado o no a su pregunta.

—No hace falta que digas nada—le insiste a Kenny, con lo que abarca ambas posibilidades—. Lo admito, naturalmente que lo admito: soy un viejo verde. El noventa y nueve por ciento de los viejos son verdes. Siempre, claro, que quieras utilizar ese término, que insistas en recurrir a semejante tópico. No me quejo de cómo decidas o no llamarme, sino de una actitud..., y lo hago por tu bien, no por el mío...

»Mira..., hoy en día la cosa ya está bastante mal de por sí, ya tenemos suficientes líos, semánticos y de otra clase, para encima enredarnos con esas categorías deprimentes. Es decir:

¿para qué se supone que vale nuestra vida? ¿Debemos pasarla identificándonos unos a otros en catálogos, como turistas en una galería de arte? ¿No deberíamos tratar de intercambiar alguna señal, por confusa que sea, antes de que sea demasiado tarde? ¿Contéstame a eso!

»Para vosotros los jóvenes es muy fácil acercaros a mí en la universidad para decirme que soy muy reservado. Por Dios... ¡reservado! ¿No se os ocurre nada mejor? ¿No tenéis ni la menor idea de cómo me siento, de lo deseoso que estoy de hablar?

»Me has preguntado por la experiencia. Y te he dicho la verdad: la experiencia no sirve para nada. Aunque, desde otro punto de vista, podría servir de algo. Si no fuéramos todos unos desdichados, mojigatos y cobardes. Sí, tú también, hijo. ¡Y no te atrevas a negarlo! Lo que te he dicho antes sobre la cama del estudio... te ha escandalizado. Porque estabas decidido a escandalizarte. Te has negado por completo a comprender mis razones. ¡Madre mía!, pero ¿no te das cuenta? Esa cama, lo que esa cama significa, ¡eso es experiencia!

»En fin, no te lo reprocho. El milagro sería que lo entendieras. No importa. Olvídalo. Yo estoy aquí y tú allí..., envuelto en esa maldita manta; ¿por qué no te la quitas de una vez, por el amor de Dios? ¿Por qué digo nada? También lo vas a malinterpretar, ¿no? Bueno, si es así, me importa un carajo. La cuestión es que estamos aquí, y por una vez no nos va a molestar nadie. Puede que nunca se vuelva a repetir. ¡Lo digo en serio! Y el tiempo se acaba. Venga, pongamos las cartas sobre la mesa. ¿Qué haces aquí, en esta habitación, ahora mismo? ¡Esperas que te diga algo! Por eso has venido desde la otra punta de la ciudad. Quizá hayas creído de buena fe que lo que pretendías era llevarte a Lois a la cama. ¡Ojo!, que no voy a decir nada en contra de ella. Es una preciosidad. Pero a mí no me engañas; un viejo verde no se pone sentimental con los amores de juventud; sabe el valor exacto que tienen, que es considerable pero no lo es todo. No, Kenneth, querido..., has venido a verme a mí, fueras consciente de ello o no. En el fondo sabías perfectamente que Lois se negaría a volver al motel, y que eso te daría una excusa para mandarla a casa y quedarte aquí. Temo que la pobre chica se esté sintiendo fatal ahora mismo, llorando sobre la almohada. Debes ser muy cariñoso con ella la próxima vez que la veas...

»Pero me voy por las ramas. El hecho es que has venido a preguntarme algo muy importante. ¿Qué sentido tiene avergonzarse y negarlo? Ya lo ves, te conozco bien. Sé exactamente lo que quieres. Quieres que te diga lo que yo sé...

»¡Ay, Kenneth, Kenneth, créeme..., nada me gustaría más! Me muero de ganas de decírtelo, pero no puedo. De verdad que no puedo. Porque, ¿no te das cuenta?, lo que sé es lo que soy. Y eso no te lo puedo decir. Tendrás que averiguarlo por ti mismo. Soy como un libro que has de leer. Un libro no puede leerse a sí mismo. Ni siquiera sabe de qué trata. Yo no sé cómo soy...

»Tú podrías conocerme. Podrías. Pero no vas a molestarte. ¿Sabes?, creo que eres el único chico del campus que podría. Por eso todo es tan banal, tan trágico. En lugar de molestarte en conocerme, caes en el tópico inexcusable de decir que soy un viejo verde y conviertes esta noche, que podría ser la más preciada e inolvidable de tu juventud, en un flirteo. No te gusta esa palabra, ¿verdad? Pero es la palabra correcta. Es la gran tragedia de nuestros días. El flirteo. Flirtear en lugar de follar, si me perdonas la grosería. No hacéis más que flirtear, dejar que un hombre asome por debajo de la manta y quejaros de los moteles. Y dejáis pasar lo único que podría (y no te lo digo por decir, Kenneth) cambiar de verdad vuestra vida.

Por un momento, la cara de Kenny se transforma. Sonríe de forma deslumbrante. Luego su sonrisa se quiebra, se refracta—¿se dice así?—en un arcoíris de luz. Los arcoíris resplandecen. George, cegado, cierra los ojos. Y ahora el zumbido en sus oídos ruge como el Niágara.

Media hora..., una hora más tarde—no mucho más, en cualquier caso—, George parpadea y se despierta.

Todavía es de noche. Oscuridad. Calor. Cama. ¡Estoy en la cama! Se yergue bruscamente, apoyándose en un codo. Enciende la lamparita de la mesilla. Lo hace con la mano; el brazo le asoma por una manga, la manga del pijama. ¡Estoy en pijama! ¿Por qué? ¿Cómo ha sido?

¿Dónde está él?

George se levanta de la cama tambaleándose, aturdido, algo mareado, totalmente sobresaltado. Se dirige dando tumbos a la habitación de enfrente. No..., espera. Hay un papel apoyado en la lámpara:

He pensado que tal vez lo mejor sea que me largue. Me gusta pasear de noche. Si los polis me paran, no les diré dónde he estado... ¡Lo prometo! ¡Aunque me torturen!

Ha sido una noche magnífica. Tenemos que repetirla, ¿de acuerdo? ¿O no le van las segundas partes?

No he podido encontrar ningún pijama en uso, así que he cogido uno limpio del cajón. ¿Duerme desnudo? No he querido arriesgarme. No vaya a ser que agarre una pulmonía...

Gracias por todo,

KENNETH

George se sienta en la cama a leer. Luego, algo impaciente, como un general que acaba de ojear un comunicado sin importancia, deja caer el papel al suelo, se levanta, va al baño, orina y, sin mirarse en el espejo ni dar la luz, vuelve a la cama, se tapa y apaga la lamparita.

Menudo gracioso..., piensa sin el menor resentimiento. Menos mal que no se quedó.

Pero, tumbado boca arriba en la oscuridad, algo le impide dormir: un cosquilleo en la sangre y en los nervios de la entrepierna. El alcohol le pica en las partes.

Acostado a oscuras, se imagina a Kenny y a Lois en su coche y los lleva a Camphor Tree Lane, donde aparcan un poco antes de llegar a su casa, por si acaso hay algún vecino indiscreto, atraviesan el puente a toda prisa, abren la puerta—se resiste, ella se ríe nerviosa—, chocan con los muebles del salón—una leve exclamación de alarma en japonés—y suben de puntillas la escalera sin encender las luces...

No, no le sirve. George lo intenta varias veces, pero no hay manera de que Lois suba al piso de arriba. Cada vez que la sitúa al pie de la escalera, parece desmaterializarse. (Ahora está completamente seguro de que Kenny no podrá convencerla nunca de que entre en la casa).

Pero la función ha comenzado y George no está dispuesto a detenerla. Hay que buscarle un compañero a Kenny. George convierte a Lois en el tenista mexicano, el atractivo felino de piel morena. ¡A él no le cuesta nada subir la escalera! Ahora está con Kenny en la habitación delantera. George oye caer un cinturón al suelo. Se están desnudando.

La sangre palpita en la entrepierna de George. De pronto, el miembro se le pone erecto, se excita. Se quita el pijama que sobra y lo tira al suelo.

George oye a Kenny susurrarle al mexicano: «¡Venga, tío!», así que se vuelve invisible para colarse en la habitación, y los encuentra a punto de acostarse juntos.

No. Esto tampoco le sirve. A George no le gusta la actitud de Kenny. No se toma en serio su propio deseo; de hecho, parece estar a punto de echarse a reír. ¡Rápido..., necesitamos un sustituto! A toda prisa, George transforma a Kenny en el muchachote rubio de la pista de tenis.

¡Ah, mucho mejor! ¡Perfecto! Ahora sí que se pueden abrazar, ahora puede comenzar el salvaje cuerpo a cuerpo de la lujuria. George se cierne sobre ellos, observándolos; luego entra y sale de sus cuerpos entrelazados, jadeantes. A veces es uno, a veces es el otro. A veces es los dos al mismo tiempo. ¡Ah, qué gusto! ¡¡¡Ah..., ah...!!!

Viejo idiota, dice la mente de George. Pero él no está avergonzado. Le habla a su cuerpo, ahora exhausto y sudoroso, con paciencia y buen humor, como a un perro viejo y glotón que acaba de engullir un trozo de carne demasiado grande. Bien, ¿nos dejarás dormir a los dos ahora? Busca un pañuelo bajo la almohada y se seca el vientre.

Conforme el sueño se va apoderando de él, se pregunta: ¿me dará vergüenza mirar a Kenny a la cara el lunes en clase?

No, en absoluto. Incluso si le ha dicho a Lois—cosa que dudo—: lo desvestí, lo acosté, estaba borracho como una cuba. Porque entonces tendría que contarle también lo del baño. ¿Tendrías que haberlo visto en el agua..., loco como un crío! No se le puede dejar solo, le dije.

George sonríe para sí, muy satisfecho. Sí, estoy loco. Ése es mi secreto, mi fuerza.

Y voy a volverme mucho más loco, anuncia. ¡Vais a ver! ¿Y sabéis qué? ¡En Navidad me voy a México! ¿Que no me atrevo? ¡Lo primero que haré por la mañana será reservar los billetes!

Se duerme, aún sonriendo.

Después sale a la superficie, aunque no completamente. Apenas asoma la cabeza por la calmada superficie del agua. La mayor parte del cuerpo de George sigue sumergida en el sueño.

En las profundidades, protegido por el cráneo y apoyado en la almohada, el cerebro funciona a medio gas; no como durante el día. Es incapaz de decidir nada. Pero quizá es precisamente por eso que, en este estado, es consciente de ciertas decisiones que, al parecer, aún no ha tomado. Unas decisiones parecidas a los codicilos firmados, atestiguados en secreto y puestos a buen recaudo a la espera del momento de su ejecución.

El George diurno puede incluso interrogar al autor de tales decisiones, pero no se le permitirá recordar las respuestas por la mañana.

¿Y si Kenny se ha asustado? ¿Y si no vuelve?

Que no vuelva. George no lo necesita, ni a él ni a ninguno de esos chicos. No busca un hijo.

¿Y si Charlotte regresa a Inglaterra?

Puede pasar sin ella si es preciso. No necesita una hermana.

¿Volverá George a Inglaterra?

No. Se quedará aquí.

¿Por Jim?

No. Ahora Jim pertenece al pasado. Ya no es útil para George.

Pero George le recuerda tan fielmente...

George se aferra a su recuerdo. Teme olvidarle. Jim le da sentido a mi vida, dice. Pero tendrá que pasar página si quiere seguir viviendo. Jim es la muerte.

¿Entonces qué sentido tiene que George se quede aquí?

Aquí conoció a Jim. Cree que aquí encontrará a otro Jim. No es consciente de ello, pero ya lo está buscando.

¿Por qué cree George que lo encontrará?

Lo único que sabe es que debe encontrarlo. Cree que lo conseguirá porque debe hacerlo.

Pero George se está haciendo viejo. ¿No será pronto demasiado tarde?

Nunca le digas eso a George. Se negará a escucharte. No se atreve. Al diablo con el futuro. El futuro es para Kenny y los otros chicos. Y para Charley, el pasado. George se aferra sólo al presente. Es ahora cuando tiene que encontrar a otro Jim, ahora cuando debe amar, ahora cuando tiene que vivir...

Entretanto, el cuerpo conocido como cuerpo de George yace en su cama dormido, roncando. La húmeda brisa del océano afecta a sus senos nasales, y de todos modos después de haber bebido siempre ronca más fuerte. Jim lo despertaba a patadas, lo obligaba a cambiar de postura o, en un ataque de furia, se iba a dormir a la habitación delantera.

Pero ¿acaso está George presente por completo?

Unos pocos kilómetros más al norte, en unos arrecifes de lava bajo los acantilados, se forman muchas pozas entre las rocas. Se pueden visitar cuando baja la marea. Cada poza es diferente, fácilmente identificable, y si uno tiene imaginación puede nombrarlas: George, Charlotte, Kenny, señora Strunk. Del mismo modo que, por comodidad, se considera a George y a los demás como entidades individuales, se puede considerar un charco de marea como una entidad; aunque, por supuesto, no lo es. En las aguas de su conciencia—por decirlo de alguna manera—prolifera inquietudes perseguidas, codicias de siniestra dentadura, intuiciones rápidas como flechas, obstinaciones arraigadas como crustáceos a las rocas, secretos que brillan en las profundidades, aún por desvelar, ominosos organismos proteicos que avanzan misteriosamente, quizá proféticamente, hacia la luminosa superficie. ¿Cómo pueden convivir tal variedad de criaturas? Porque no tienen alternativa. Las rocas de las pozas mantienen su mundo cohesionado. Y durante el día de la bajamar no conocen otro.

Pero el largo día declina al fin y da paso a la noche: la marea alta. Y así como las aguas del océano, al crecer, inundan y oscurecen las pozas, también cubren a George y a todo aquel que duerme las aguas de otro océano, de la conciencia que no pertenece a nadie en particular y que sin embargo abarca a todo el mundo y todas las cosas, pasadas, presentes y futuras, y se extiende, sin interrupción, hasta el firmamento. Es de suponer que, en la oscuridad de la pleamar, algunas de esas criaturas se dejan llevar por la corriente, que las empuja de las pozas hacia el mar profundo. Pero cuando regrese el día de la bajamar, ¿traerán consigo alguna presa? ¿Nos podrán comunicar de alguna manera cómo ha sido su viaje? ¿Tendrán siquiera algo que contar, salvo que las aguas del océano son ni más ni menos las mismas de las pozas?

Dentro del cuerpo acostado en la cama, la gran bomba funciona sin parar, inagotable. Por toda la embarcación, que palpita apaciblemente, la tripulación del esqueleto realiza pequeños ajustes. De lo que ocurre en cubierta, sólo conocen las señales de peligro, casi siempre falsa alarma: luces rojas que el tronco cerebral dispara presa del pánico y que las luces verdes de la sensata corteza cerebral contradicen tajantemente. Pero ahora todos los controles funcionan en modo automático. La corteza cerebral dormita, el tronco cerebral registra únicamente alguna pesadilla ocasional. Todo está dispuesto, al parecer, para funcionar de manera rutinaria de aquí al amanecer. El riesgo de accidente es mínimo. La garantía de seguridad de este tipo de embarcación es asombrosa.

Supongamos, sin embargo...

Retrocedamos justo al instante, años atrás, en que George entró en The Starboard Side y vio

por primera vez a Jim, que aún servía en el ejército, tan arrebatador con el uniforme de la Marina que quitaba la respiración. Supongamos que, en ese mismo instante, en lo más profundo de una de las ramas principales de la arteria coronaria de George, dio comienzo un proceso apenas perceptible. Por alguna razón—los médicos son incapaces de decirnos con exactitud por qué—el revestimiento arterial comienza a endurecerse. Uno a uno, sobre la superficie endurecida del endotelio, empiezan a depositarse iones de calcio que transporta la corriente sanguínea... Y así, lenta e imperceptiblemente, con la mayor discreción, sin que los alborotadores del cerebro tengan el menor indicio de lo que ocurre, se llega a una situación tan melodramática que resulta indecente: la formación de la placa ateromatosa.

Supongámoslo, simplemente. (El cuerpo tumbado en la cama sigue roncando). La probabilidad de que ocurra es remota. Uno podría apostar miles de dólares a que no va a suceder ni hoy ni ninguna otra noche. Y sin embargo podría estar a punto de pasar en los próximos cinco minutos.

Muy bien. Supongamos que es la noche, la hora y el minuto señalados.

Ahora.

Quizá el cuerpo se mueva un poco en la cama, pero no grita, no se despierta. No se aprecian señales externas del choque instantáneo, fatal. La corteza y el tronco cerebrales perecen en la oscuridad tan rápido como la víctima de un estrangulador indio. Desprovisto de oxígeno, el corazón se contrae y se para. Los pulmones se detienen al perder su fuente de energía. En todo el cuerpo, las arterias se obstruyen. Si el bloqueo no hubiera sido total, si la oclusión se hubiera producido en una de las ramas menores de la arteria, la tripulación del esqueleto habría podido hacerse cargo de la situación: son capaces de obrar milagros. Con tiempo suficiente, habrían podido practicar desvíos, abrir vías colaterales, sellar el área dañada con una cicatriz. Pero no hay tiempo. Mueren en sus puestos, sin previo aviso.

Durante unos minutos, quizá, la vida perdura en los tejidos de algunas zonas periféricas del cuerpo. Luego, una a una, las luces se apagan y se hace la oscuridad. Y si alguna parte de la entidad que llamábamos George estaba ausente en el momento del choque terminal, allá lejos en aguas profundas, se encontrará al volver con que no tiene morada. Pues ya no puede unirse con lo que yace en la cama, sin roncar. Lo que yace ahí se asemeja más a la basura del porche trasero. Ambos habrán de retirarse y eliminarse dentro de poco.

NOTAS

[1] Miembro o simpatizante de la John Birch Society, una asociación conservadora y anticomunista estadounidense fundada en 1958. (*Todas las notas son de la traductora*).

[2] *Cockney*, acento del East End londinense, y *gorbals*, acento de un barrio obrero de Glasgow.

[3] En español en el original.

[4] El poema más célebre de sir Henry Newbolt (1862-1938), que habla de la incansable dedicación al deber que un futuro soldado aprende en la infancia a través del críquet.